

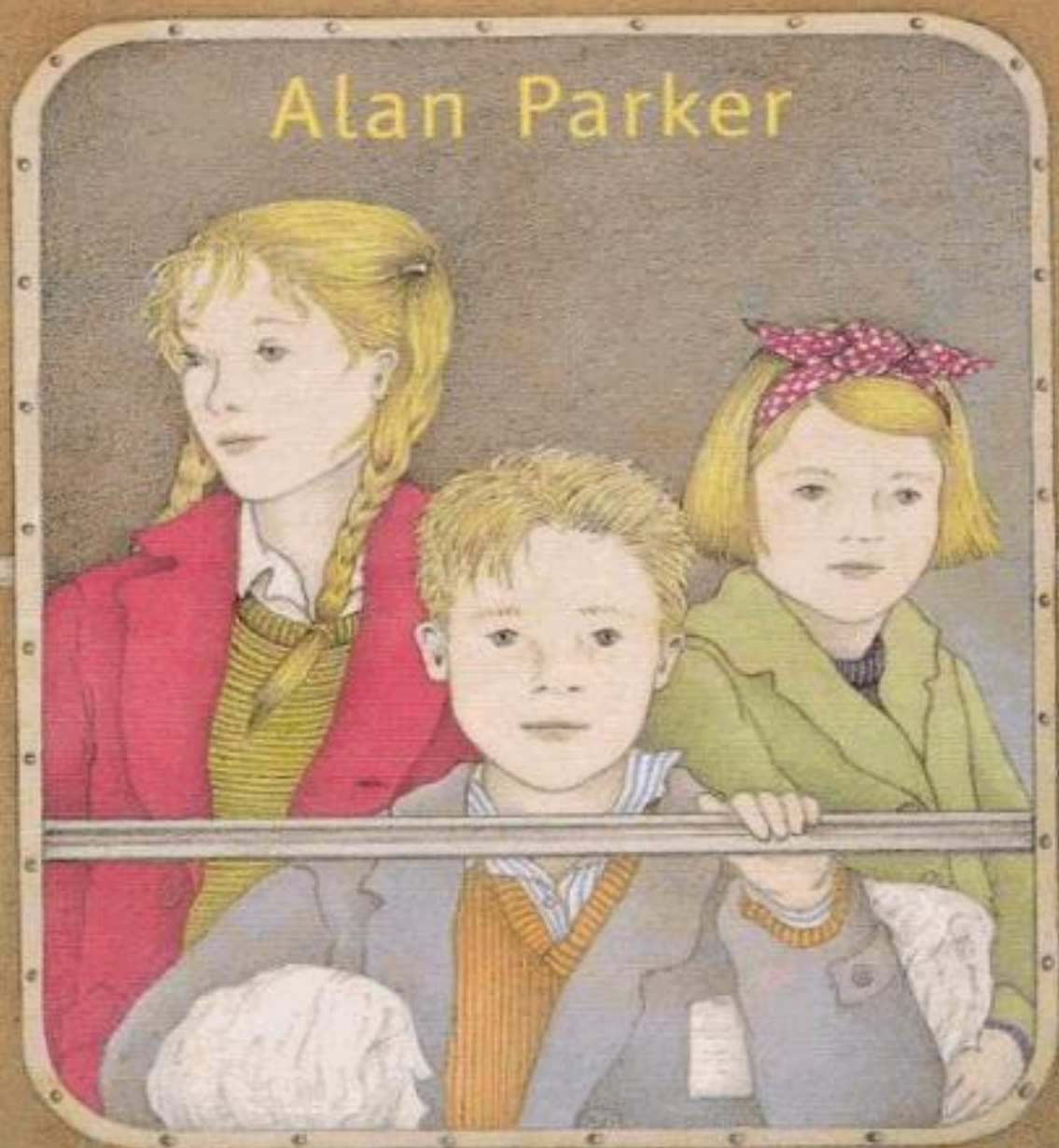
EL BARCO



DE VAPOR

Charcos en el camino

Alan Parker



16ª EDICIÓN

sm

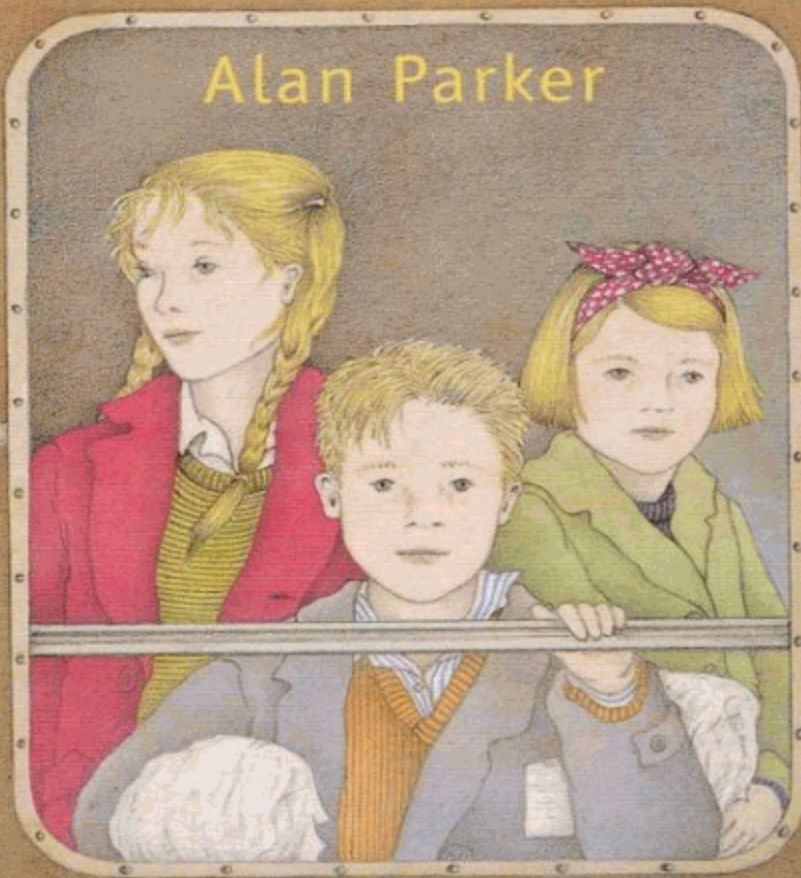
EL BARCO



DE VAPOR

Charcos en el camino

Alan Parker



16ª EDICIÓN

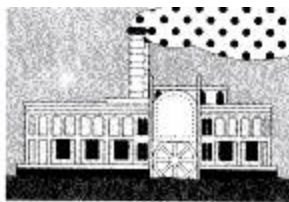
sm

Alan Parker

Charcos en el Camino

OceanofPDF.com

EL BARCO



DE VAPOR

Colección dirigida por Marinella Terzi

Primera edición: abril 1980

Decimosexta edición: abril 1996

Traducción: *Pedro Barbadillo*

Ilustraciones y cubierta: *Antonio Tello*

Título original: *Puddles in the laNe*

Andre Deutsch Limited

105 Great Russell Street

Londres WC1B 3LJ

© Alan Parker, 1977

© Ediciones SM, 1980

Joaquín Turina, 39 – 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA – Aguacate, 43 – 28044 Madrid

ISBN: 84-348-0818-8

Depósito legal: M-13842-1996

Fotocomposición: Grafilia, SL

Impreso en España/Printed in Spain

Imprenta SM – Joaquín Turina, 39 – 28044 Madrid

Esto es una copia de seguridad de mi libro original en papel, para mi uso personal. Si ha llegado a tus manos, es en calidad de préstamo, de amigo a amigo, y deberás destruirlo una vez lo hayas leído, no pudiendo hacer, en ningún caso, difusión ni uso comercial del mismo.

Edición digital: Adrastea, Junio 2008.

A Annie, que odia las historias de guerra,

pero a quien le gustan los niños.

Bueno, excepto los que no son suyos.

OceanofPDF.com

1 . La familia Harris

Nadie que hubiera paseado su mirada por la calle Paxton en septiembre de 1940 pensaría que se estaba en guerra, de no ser por el extraño montón de sacos terreros y las tiras de papel de color pardo pegadas en los cristales de las ventanas.

La luz del sol atravesaba el brumoso aire otoñal y se reflejaba, zigzagueando, en los pequeños charcos que se habían formado durante la noche en las desgastadas piedras de la acera victoriana.

Resulta curioso pensar que, quienquiera que fuese el que inventó este tipo de acera, nunca pudo sospechar que estaba también inventando el *hop-scotch* [\[1\]](#). *Este era el juego preferido en la calle Paxton, cerca de la tienda de conservas de Tommy. Los cuadrados dibujados con tiza contorneaban las hendiduras de las losas grises de la acera, que se alineaban a lo largo de la calle empedrada.*

Un reducido grupo de niños se amontonaba alrededor. En tiempos de paz, hubiera habido muchos más, el aire se hubiera llenado con docenas de gritos amistosos y hubiera llevado mucho tiempo conseguir turno. Sin embargo, ahora no ocurría eso. La guerra duraba ya un año entero y la mayor parte de los niños de la calle habían sido evacuados al campo, lejos de las bombas.

Vee Harris, una rubita de once años, era la próxima.

Su verdadero nombre era Verónica pero, cuando nació, su hermana Joyce, dos años mayor, no podía pronunciar el nombre completo y la llamaba *Vee*. Y desde entonces había sido Vee. Sus compañeros de colegio la llamaban también *Ronnie* y, a veces, sus hermanos pequeños, Wib y Freddy, la

llamaban *Bombachos*. Huelga decir que ella prefería que la llamaran Vee.

Al lado del *hop-sotch*, su hermano Wib Harris se hallaba cómodamente sentado en un sillón de mimbre que había tomado en una casa cercana que había sido bombardeada. Wib no era muy aficionado a los juegos, y siempre hacía de árbitro o algo semejante. Otros muchachos se sentaban alrededor en ingeniosos asientos hechos con los sacos terreros cogidos de las defensas que los hombres de la A. R. P. [\[2\] habían construido alrededor de la tienda de la esquina.](#)

—Tú eres el siguiente, Wormy -gritó Sheila Dexter.

Su padre era el dueño de la pescadería, y por eso ella gritaba más que nadie.

—¡Wormy! — gritaron al unísono los demás muchachos.

—No os impacientéis, ya voy -dijo un muchacho flacucho que jugaba en el bordillo, esperando su turno. Era de cara pálida y delgada, rematada con un corte de pelo que el señor Willcock, el peluquero, llamaba su «todo incluido por tres peniques». El pedazo de pizarra, lanzado por Wormy, se deslizó dentro del cuadrado. Le llamaban Wormy porque en una ocasión tuvo lombrices[\[3\]. Los restantes muchachos no sabían a ciencia cierta lo que esto quería decir. Podría incluso tratarse de una de esas palabrejas que los adultos emplean cuando no les interesa que uno se entere de su significado. Pero, fuese lo que fuese lo que significaba «tener lombrices», le habían dejado como secuela unas rodillas torcidas que siempre parecía que iban a desmoronarse en mitad del salto.](#)

—Has pisado la línea -gritaron Vee y Sheila Dexter.

—No la he pisado -protestó Wormy.

Wib se incorporó de su sillón de árbitro y miró la suela de Wormy. Allí con toda nitidez, estaba la marca de tiza.

—Lo siento, Wormy. Las reglas son las reglas.

En el otro extremo de la calle, Sidddy surcaba los charros con su estropeado triciclo rojo. A sus cinco años, era el más pequeño de la familia Harris. Las ruedas húmedas trazaban intrincados caminos que cruzaban y volvían a cruzar las hendiduras de la acera, hasta que Sidddy se marcó tanto que volcó. Se levantó y se frotó los ojos. El mareo se le pasó justo a tiempo de ver al señor Pollock avanzando, con grandes zancadas, en dirección a la calle Paxton.

—¡Cuidado, la *poli*! ¡Que viene Pollock!

El señor Pollock era el guardia especial encargado de vigilar la calle Paxton, y había tomado a su cargo el cuidado de la zona en lo referente a cualquier imprudencia que pudiera obstaculizar el esfuerzo bélico. Y dentro de esta categoría entraba el jugar con cosas hurtadas de entre las ruinas producidas por el bombardeo.

El aviso de la llegada de Pollock fue de especial interés para Freddy, el hermano de Sidddy, que en aquel momento se encontraba patas arriba, medio escondido en un gran cubo de basura.

—¡Asqueroso *metomentodo*! -gritó. Dentro del cubo, su voz apagada sonó como la de quien habla por un megáfono obstruido con un calcetín.

Freddy, de diez años, era el anterior a Sidddy. Era un niño silencioso y malhumorado, hermano gemelo de Wib. Este, que había nacido veinte minutos antes, era un tipo alborotador y charlatán, que había tomado sobre sí la responsabilidad de ser el portavoz de los gemelos. Como consecuencia de ello, Freddy sólo hablaba en contadas ocasiones. Sólo cuando era realmente necesario.

La razón por la que estaba cabeza abajo en el cubo de la basura era la de asegurar algo de comer a Darkie, un perro vagabundo de pelo largo y descuidado que se había incorporado a la familia Harris. Sin embargo, el contenido del cubo estaba destinado a los cerdos de Su Majestad[4] y no a los hambrientos perros callejeros. El perro se relamía cuando Freddy separaba una exquisita y jugosa tajada de entre las mondas de patatas, despreciadas también las hojas de repollo. La llegada del señor Pollock puso fin a las perspectivas de una cena temprana.

Los muchachos que jugaban se dispersaron en todas direcciones. Wib arrojó su silla de mimbre al jardín de la señora Ockshaw y, en pocos segundos, él, Freddy, Vee y Siddy desaparecieron en el número 8 de la calle Paxton.

Joyce Harris recordaría siempre la primera semana de septiembre. Para empezar, el día primero era el cumpleaños de Vee; la guerra estalló el tercero, y su padre les abandonó dos días después: el quinto. Eso había ocurrido hacía precisamente algo más de un año. Su marcha se produjo sin escándalos, sin gritos ni lamentos. Simplemente se puso su sombrero y su abrigo en el vestíbulo, asomó un momento su cabeza en la habitación delantera y dijo: «¡Que os zurzan, chavales; yo me marchó!»

Vee, Freddy, Wib y Siddy apenas prestaron atención. Pensaron que, probablemente, iría a la taberna. Pero Joyce era la mayor y se dio cuenta de lo que ocurría. Fue la única que dijo adiós. Había murmurado suavemente: «¡Adiós, papá!» Ojalá estuviera equivocada. Preferiría no haber oído ninguna discusión a través de las delgadas paredes que separaban su dormitorio del de sus padres. Le hubiera gustado levantarse y precipitarse a la calle Paxton diciendo: «Por favor, papá, no te vayas; vuelve.» Pero sabía que eso sólo hubiera servido para prolongar la infelicidad de sus padres. Ciertamente iba a ser duro estar sin él, pero, al menos, había la posibilidad de que mamá volviera a sonreír; algo que hacía mucho tiempo que no sucedía. Los vecinos pensaron que se había enrolado en el ejército, y la señora Harris nunca les hizo pensar lo contrario.

La familia iba a ser evacuada al estallar la guerra, pero la señora Harris

había preferido permanecer en Londres. Al fin y al cabo, ella era londinense y tenía en la Cooperativa un buen trabajo que no quería dejar a la ligera. Y en cuanto a la posibilidad de separarse de sus hijos, era algo totalmente descartado. El abandono por parte de su marido había hecho que ella se aferrara más a su familia. Bastante era ya una separación en su vida. Pero desde que arreciaron los bombardeos, en septiembre, empezó a cambiar de opinión.

Violeta Harris contempló su cara arrugada en el espejo resquebrajado que colgaba tras la puerta de la cocina. Quedaban algunos polvos en su polvera y se los puso en su rostro envejecido. Algo ayudó, pero no mucho. Desde la marcha precipitada del señor Harris, se había obligado a sí misma a salir.

«Con guerra o sin ella -pensaba-, es la noche del sábado y aún puedo divertirme un poco. Nunca voy a ser más joven que ahora.»

Joyce desenvolvió el pescado y las patatas fritas del periódico en que los había envuelto y lo distribuyó en cuatro platos, guardando el resto para ella en el mismo envoltorio. El aspecto de aquello era mejor fuera del envoltorio del papel de periódico; el vinagre empapaba el papel y daba un sabor peculiar al pescado y a las patatas fritas.

En la pequeña cocina Vee acercó las sillas a la mesa y dio unos golpes a un cojín para ponerlo más mullido, de modo que Sidy pudiera alcanzar su comida. Wib abrió una lata de *Players Navy Cut*[\[5\]](#) y sacó un montón de cromos, que puso encima de la mesa. Vee mordisqueó un trozo de pescado.

—Este pescado está malo.

—El mío está bueno, no seas tan remilgada -le interrumpió Joyce al tiempo que introducía en su boca media cebolla de aspecto delicioso.

—¿Por qué tienes tú una cebolla y nosotros no?

–Sencillamente, porque yo fui quien aguantó la cola en la pescadería! ¡Por eso, *sabelotodo!*

Vee se encogió de hombros y miró por encima de Wib a las ordenadas filas de cromos. Como no se sentía muy capaz de hacer callar a Joyce, pinchó a Wib.

–Tienes dos repetidos -señaló dos cromos que Wib había colocado. Los dos eran de futbolistas. Los dos jugadores tenían los brazos cruzados, sus rostros eran inexpresivos y el pelo grasiento, echado hacia atrás, dejaba ver la frente, con los lados tan rectos que podrían haber sido cortados con una navaja. Wib ni siquiera se molestó en mirar. Hizo un gesto como queriendo poner de manifiesto la ignorancia de su hermana en este tema.

–No lo son. A ti te parecen iguales porque no entiendes una palabra ni de cromos ni de fútbol.

Si había alguna cosa que Wib conocía bien eran los cromos de las cajas de cigarrillos. Los guardaba siempre en la lata de *Navy Cut*, que aseguraba con dos gomas que la envolvían. Solía leer religiosamente la parte posterior de los cromos, lo que traía como consecuencia el que no sólo fuera un as en el palmoteo[6] [de cromos de cigarrillos, sino también en una enciclopedia viviente en cosas tan inútiles como ¿quién marcó el gol de la victoria en la final de la Copa de 1932? y ¿quién consiguió marcar seis goles en un partido? Vee trataba en vano de apabullar a su hermano.](#)

–Bueno, pero las camisetas y pantalones que llevan son iguales.

Wib parpadeó de nuevo.

–Uno es del Bolton y el otro del Fulham.

–*Parecen* iguales.

—Los escudos son diferentes. A ti te parecen iguales porque no tienes ni idea de esto. — Estas palabras, que soltó de forma dura y vulgar, le cayeron a Vee como un jarro de agua fría y le hicieron enmudecer.

En el otro extremo de la mesa, Freddy compartía su comida con Darkie, que estaba pacientemente sentado a su lado, seguro de que alguna sabrosa patata frita iría a parar a él. Darkie era, antes que nada, amigo de Freddy. Esto no quería decir que despreciara al resto de la familia Harris. Pero cuando llegaban esas desapacibles noches invernales en que el aire era tan frío que el aliento parecía el vapor que se escapa de una tetera, Darkie se retiraba con Freddy al oscuro dormitorio y se acurrucaba, junto a su cálido cuerpo, entre las mantas.

—¡Darkie, ven aquí! — Freddy lanzó al aire una patata frita y Darkie la atrapó con la habilidad de un experto artista de circo. Vee había conseguido despertar el interés de Joyce por los cromos de Wib, y también ésta miró las cuidadas hileras. Señaló un cromo color sepia que Wib había separado del resto. ¿Ese cuál es? Es uno especial. ¿Qué tiene de especial?

—Que es más fácil de palmotear y darle la vuelta.

Joyce cogió cuidadosamente el cromo bajo la mirada desconfiada de Wib. Ciertamente era un poco más grueso que los otros, lo que influía, sin duda, en que fuera especial para poder darle la vuelta cuando jugaban. La imagen sepia se estaba empezando a desvanecer, con el paso del tiempo y el constante palmoteo. Pero no había duda de quién era la señora que representaba.

—Se parece a la señora Johnson, la de arriba -dijo Vee.

—La señora Johnson -confirmó Wib-. Me la dio ella misma hace mucho tiempo.

—Es verdad -dijo Joyce mirando por encima de su pescado y sus patatas-. Es de cuando era joven y trabajaba en el *music-hall*. En las tablas, como dice ella. Yo creo que era una bailarina o algo así. Fíjate, no sé cómo se las

arreglaría para salir entera en la fotografía. Si bailase ahora, probablemente se caería del escenario.

Vee rió el chiste de Joyce. Siempre lo hacía. Era el mejor modo de ganársela, y así se podría quedar levantada un poco más que los chicos.

La señora Harris entró en la cocina con un montón de horquillas entre los dientes. Metió su blusa rosa por la falda, se chupó un dedo y peinó suavemente sus cejas. Su maquillaje estaba ahora completo.

Los polvos habían tapado un poco las arrugas, y la barra de labios, que le había costado un chelín en el mercado negro, había convertido sus labios delgados y pálidos en dos aceptables arcos de Cupido de tono rojizo.

—Bueno, ya estoy lista. ¿Estáis todos bien?

Wib pegó un brinco. Sabía que su madre siempre se sentía un poco culpable al dejarlos solos un sábado por la noche, máxime con el peligro que suponían las bombas. Era una oportunidad que él no podía desperdiciar:

—Aún tengo hambre. ¿Hay algo más?

—¿Algo más de qué?

—De comer.

—¿Como por ejemplo...?

Normalmente él no se habría atrevido a decirlo, pero añadió:

—Por ejemplo, un helado.

Su petición no era tan tonta como parecía. Los vecinos de la calle Paxton tenían la suerte de que el señor Palermo, que poseía un puesto de helados en el otro lado de la calle, hacía una misteriosa mezcla de leche en polvo y harina en un garaje cerrado, en frente precisamente de la casa de los Harris.

Todos habían olvidado hacía mucho tiempo a qué sabía un helado de verdad y, si le daban la lata lo suficiente, saldrían con un cacharro lleno sin tener que pagar nada.

—Joyce, dale un poco de pan con mermelada -dijo la señora Harris aparentando ignorar que lo que él pretendía era algo más sabroso.

—No queda mermelada -replicó Joyce.

—Entonces dale un poco de la manteca que quedó al hacer la comida. Hay un poco en un cacharro que está en la parte de atrás de la despensa.

—Eso no me gusta. Me sienta mal si no tiene sal -Wib se daba cuenta de que se estaba erigiendo en vencedor.

Joyce abrió la puerta del armario y sacó el cacharro.

—Le pondré sal, no te preocupes. Bastará con que cierres los ojos y te imagines que es mermelada.

Freddy lanzó otra patata frita a Darkie, lo que no agradó en absoluto a la señora Harris.

—No regales tu comida, Freddy. Estás tan flaco como él. Dentro de poco no se te va a poder ni ver cuando te pongas de perfil.

En ese momento el pequeño Siddey se quedó medio dormido. De no haber sido por el mullido almohadón en el que Vee le había sentado, probablemente se habría caído de cabeza en su pescado y sus patatas.

La señora Harris se recogió el pelo por detrás de las orejas para dejar a la vista sus dorados pendientes.

—Bueno, me voy. Joyce, ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Seguro que te las arreglarás bien?

—Desde luego -Joyce miraba atentamente a su madre que jugueteaba con los botones de su abrigo.

—Odio dejaros. Pero sólo estaré fuera una hora. Hora y media como mucho. Y si necesitáis alguna cosa, en el piso de arriba está la señora Johnson. Recuerda, Joyce, bájales al refugio en cuanto hayáis terminado de comer. Y tú, Freddy, no me gusta que comas a medias con ese perro. Y tú, Wib, no te hurgues la nariz, cariño. ¡Cuántas veces tendré que decírtelo! Como sigas así vas a tener unos agujeros como los del túnel de Blackwall. No digas que no te aviso.

Wib apartó su mano. Para él era un constante motivo de disgusto el haber nacido con unos agujeros de la nariz tan pequeños y con unos dedos tan excesivamente gordos.

—Adiós, mamá.

Los chicos dijeron adiós al unísono. Cuando la señora Harris había dado la vuelta y bajaba hacia el pasillo, volvió los ojos un instante a Joyce. Era una simple mirada, pero Joyce captó bien su significado.

Vi Harris cerró de golpe la puerta tras de sí. Ninguna madre hubiera dejado solos a sus hijos con unas incursiones aéreas tan inquietantes. Joyce lo sabía; su madre también.

Como de costumbre, Freddy no habló mucho, porque tampoco hacía falta. En cualquier caso, teniendo a Wib a su lado le era imposible meter baza. Por el momento, sin embargo, Wib guardaba silencio debido a un gran bocado de pan y manteca. Así que Freddy aprovechó la oportunidad para hacer una pregunta.

—¿Por qué sale mamá los sábados por la noche?

—Para ir al bar.

Desgraciadamente la respuesta de Vee no era demasiado convincente.

—¡Pero si el bar lleva ya varios meses cerrado!

Todo el mundo lo sabía. Incluso habían cerrado temporalmente el *Odeón*, por si le caía encima una bomba.

Vee trató de tranquilizarlos. Era mayor que ellos y quería convencerse a sí misma de que sabía un poco más.

—Se ha ido a ver a una persona.

—¿A quién?

—Es un secreto.

—Lo que pasa es que no lo sabes -comentó Freddy contradiciéndola.

—Claro que lo sé. Va a ver al tío Stanley. Vive en el piso de abajo del bar y es un amiguete de mamá.

Al oír aquello, Joyce arrojó a Vee el papel arrugado donde habían traído el pescado y las patatas fritas.

—Cuidado con lo que dices. No les digas cosas que no entienden, porque se supone que tú tampoco lo sabes. Es un secreto. No deberías haberlo dicho. No te volveré a decir ningún secreto si a cada momento lo vas soltando por ahí.

Pero ya era demasiado tarde, porque lo dicho había despertado el interés de Freddy. Con una pícara sonrisa preguntó:

—¿Qué es un amiguete?

Wib, bien informado como siempre, tragó rápidamente su pan con manteca para dar una explicación:

—¿No lo sabes? Es un hombre que...

Joyce pensó hacerle callar metiéndole a la fuerza el pan y la manteca por la boca, pero no fue necesario. Las sirenas que avisaban de un ataque aéreo le ahorraron el trabajo. El frío lamento atravesó el aire de la noche y llenó de miedo la cocina de los Harris.

OceanofPDF.com

2. Un río de helado

Todos levantaron la mirada hacia el techo, excepto Siddy que se había quedado dormido frente a su plato de patatas. Joyce lo tomó en brazos y comenzó a dar instrucciones:

—Freddy, toma tu edredón. Vee, trae el dominó y el muñeco de trapo de Siddy. Wib, toma el bolso negro del aparador.

Los chicos obedecieron sus órdenes. Después de tres semanas de bombardeo se habían acostumbrado a ello y, por primera vez en su vida, obedecían lo que se les ordenaba. Wib corrió a la habitación que daba a la calle y tomó el bolso negro del aparador. En él se guardaban las pertenencias de los Harris. Nada de joyas ni de piedras preciosas, sino las cartillas de racionamiento, los carnés de identidad, algunas instrucciones del Gobierno y cuatro billetes de una libra, cuidadosamente doblados, que Vi Harris guardaba para un caso de apuro.

En el cercado de detrás de la casa, Vee ayudaba a Freddy a meter la manta de su cama en el *refugio Anderson* [\[7\]](#), *que había sido su segunda casa durante las últimas semanas.*

El pequeño refugio de planchas de acero ondulado estaba instalado en una esquina del minúsculo jardín, entre el lavadero exterior y el muro que les separaba de su vecina, la señora Ockshaw. Había el sitio justo para ellos seis, si se acurrucaban bien, y algo más de espacio los sábados, mudo mamá estaba fuera. Había sido motivo de diversión al principio, una especie de secreto compartido sólo por ellos; algo así como un juego de vaqueros e indios, en que el refugio era su campamento, reuniéndose alrededor de una vela, que era como su hoguera. Pero, a medida que las bombas se habían ido acercando y sus explosiones sonaban más próximas, se había estropeado su juego, debido al espantoso estruendo de las granadas antiaéreas,

disparadas ciegamente al cielo de la noche.

Joyce se agachó para poder pasar por la minúscula puerta del refugio. En sus brazos, Sidy seguía durmiendo a pesar de las bombas.

Freddy y Vee se acurrucaron bajo las mantas grises.

—¿Donde está Wib? – gritó Joyce-. ¡Wib, ven aquí!

Wib respondió desde el fregadero:

—Estoy buscando las máscaras antigás.

Apareció con varias cajas de máscaras antigás en sus brazos. Mientras empujaba la cortina de la entrada, tropezó con el pie de Freddy y las cajas rodaron por el suelo.

—¡Quita esos pies, estúpido!

—Lo siento, Wib. – Freddy se disculpó ante su hermano gemelo.

El techo de acero ondulado del refugio se curvaba sobre ellos, haciéndoles sentirse algo más holgados. Aunque no amortiguaba el estruendo de las bombas, era cómodo y, al cabo de media hora de estar bajo las mantas, resultaba bastante cálido.

Vee ordenó cuidadosamente las cajas de las máscaras en el fondo del refugio. No las habían usado hasta entonces, pero en el colegio les habían dicho que las llevaran siempre consigo, y resultaba tranquilizador tenerlas a mano.

Wib dispuso sus cromos bajo la llama vacilante de la vela que Joyce había colocado cuidadosamente dentro de una salsera, en el centro del refugio. Freddy, acurrucado junto a Darkie y Vee, vació la caja de las fichas de dominó sobre la manta. De pronto, Sidy se agitó mientras dormía. Durante un angustioso instante Joyce pensó que se iba a despertar y a ponerse

insoponible. Lanzó un suspiro de alivio cuando cesó la inquietud de su hermano.

Las primeras bombas de la noche parecían caer bastante lejos, pero sus vibraciones sacudían el refugio, dando la sensación de que estaban muy cerca.

—¡Cuidado, te estás apoyando en mis cromos! —dijo Wib apartando a Vee-. Ella se hizo la distraída. Wib siempre se ponía así cuando se trataba de sus cromos.

—Me gustaría saber dónde está mamá, Joyce -dijo Vee-. ¿Crees que estará en un refugio?

—Probablemente, o quizá en una bodega -tranquilizó Joyce a su hermana y, algo menos, a sí misma.

—Los bares tienen unas bodegas muy grandes -explicó Wib-. Allí es donde guardan la cerveza. Yo bajé una vez a una bodega, cuando estaban descargando en el *King's Nead*. Hay sitios fantásticos, con un montón de barriles y cestos, y huele como a podrido.

—Eso es porque está bajo tierra -dijo Freddy-. Los sitios húmedos huelen siempre así.

—No, no es eso. Es el olor de la cerveza. Es horrible.

El ataque aéreo terminó pronto. No había sido muy largo, puesto que Joyce y Vee sólo habían tenido tiempo de jugar tres partidas de dominó, y tanto Wib como Freddy estaban, al igual que Siddy, en el país de los sueños.

Vee empezó pronto a bostezar. Se echó la manta sobre los hombros y recostó su cabeza, junto a Joyce, sobre la almohada sin funda.

El imponente silencio que siguió a la incursión aérea les ayudó a dormirse pronto. A lo lejos, la señal de que el peligro había pasado, indicó el final del

ataque aéreo. Pero ninguno la oyó.

Joyce no sabía el tiempo que llevaba durmiendo, cuando Vee la despertó sacudiéndola.

—¡Joyce, Joyce, despierta! — Esta miró a Vee a través de sus ojos somnolientos, medio cerrados.

—¿Qué pasa?

—Freddy, que se ha orinado otra vez.

—¿Está despierto?

—No, está dormido.

—Entonces, déjalo hasta mañana. No quiero despertarlo ahora.

Las palabras tranquilizadoras y suaves de Joyce no convencieron a Vee, que se apoyó en un codo y se separó de su hermano todo lo que le permitió el estrecho refugio. Frunció el ceño y se quejó:

—Pero, Joyce... es que llega hasta aquí.

Joyce suspiró fuertemente y no le hizo caso.

—No puedo dormir así, huele mal -insistió Vee.

Joyce mascullando sus palabras lo más fuerte que se atrevió, terminó con los lamentos de su hermana:

—¡Oh! ¿Quieres callarte de una vez? No paras de quejarte, eres como una plaga. Duérmete y calla. A veces eres como una pesadilla, Vee. Te lo aseguro.

De mala gana, Vee se acostó de nuevo y cerró sus ojos, pero no pudo

dormirse. El sonido que más les atemorizaba -la sirena- había empezado a sonar de nuevo. Para los chicos no era la señal de otro ataque aéreo. Era una llamada, al son de trompeta, hacia una aventura diferente que podía hacer cambiar sus vidas durante la guerra, quizá para siempre.

Las bombas eran muy ruidosas. Más ruidosas que nunca. Tanto como cuando cayeron en la calle Dorkin y convirtieron en un macabro solar en ruinas, lleno de ladrillos y vigas, lo que antes habían sido viviendas.

Joyce estaba asustada. Vee lo notó en su cara. El acero ondulado del refugio se movía y vibraba como no lo había hecho nunca antes.

—Es como viajar en el metro -dijo Wib en un esfuerzo por quitar importancia a la cosa. Pero Joyce no estaba para bromas.

—No seas idiota, Wib, esto es más serio de lo que parece. Voy a subir a ver a la señora Johnson. Joyce retiró su manta y salió del refugio.

—No tardes, Joyce.

Joyce no le oyó. Las explosiones eran violentísimas, estallaban alrededor de ella e iluminaban el cielo como si fuera de día.

Dio un fuerte empujón a la puerta trasera, entró corriendo en la casa sin luz y se detuvo al pie de la escalera. De repente cayó una bomba, al parecer al lado de la casa. Joyce titubeó un momento al saltar hecha añicos la ventana de la habitación delantera de la casa, con un ruido espantoso de cristales rotos. Gritó hacia la estrecha escalera:

—¡Señora Johnson! ¿Está usted ahí? ¡Soy Joyce, señora Johnson! — Gritó aún más fuerte-: ¿Está usted ahí, señora Johnson? Estamos asustados. ¿Quiere usted venirse con nosotros hasta que pase el bombardeo? ¡Por favor, señora Johnson, conteste!

En lugar de una respuesta, lo que oyó fue otra explosión que voló los abrigos del perchero y a ella la tiró por el suelo. Quedó tendida, sin

atreverse a hablar ni a moverse. Con voz débil llamó una vez más a la señora Johnson, aunque sabía que no estaba. Durante una semana la anciana había estado repitiendo que prefería refugiarse en el metro, y esta noche, sin duda, se había ido allá.

Joyce corrió de vuelta al jardín y entró en el refugio. Ni siquiera se paró a contemplar el cielo. Resultaba aterrador, algo así como los fuegos artificiales en la noche del 5 de noviembre[8].

Todos estaban despiertos en el refugio, incluso Sidy. No atinaba a comprender lo que estaba pasando, pero la expresión que se reflejaba en las caras de sus hermanos la asustó. Vee fue la primera en hablar.

—¿Qué vamos a hacer, Joyce? ¿Dónde está la señora Johnson?

—No está aquí. Se ha ido al metro.

—¿Qué vamos a hacer entonces, Joyce? — Wib trató de que su voz no pareciera asustada, pero algo se le atragantó en la garganta y no pudo evitarlo. Fingió una tosecilla para disimular.

Freddy pasó su mano por el lomo tembloroso de Darkie, que gemía asustado por los horribles estruendos de las explosiones.

En esto se oyó una nueva explosión, más fuerte que las anteriores. Era como si el objetivo principal de la aviación alemana fuera la calle Paxton. La bomba cayó en la tienda de ultramarinos de la señora Huckle, en la esquina de las calles Paxton y Rochester. Afortunadamente, la señora Huckle había sido evacuada a la casa de su hermana en Pontypool, lo que fue una suerte, ya que la explosión arrasó la pequeña tienda. Las tres casas cercanas se derrumbaron también, con la misma facilidad que lo hubiera hecho una hilera de fichas del dominó de Vee y de Joyce.

Eso fue demasiado para Darkie. Saltó repentinamente de los brazos

protectores de Freddy y corrió fuera. Gruñía y ladraba moviéndose hacia delante y hacia atrás, como preso de un ataque de locura que en parte era instinto y en parte terror. Joyce sujetó a Freddy, que quería salir tras Darkie, pero se le escapó de entre las manos.

—¡Freddy, Freddy, ven aquí! ¡Quédate en el refugio, no seas loco!

Darkie estaba totalmente atontado. Los alrededores de la calle Paxton estaban iluminados por el resplandor de los incendios y Freddy pudo ver perfectamente la cara de su perro. Los ojos del animal delataban un pánico cerval que Freddy no pudo interpretar bien, ya que tampoco él entendía lo que estaba sucediendo. Sujetó su collar para apaciguarlo y le dio unas palmadas en la cabeza para que dejara de temblar.

En ese momento Joyce salió del refugio y dio un tirón del chaleco a Freddy, obligándole a soltar el collar de Darkie. El perro, asustado, salió corriendo hacia el muro del jardín y trepó por él.

—¡Déjame, Joyce! — Freddy estaba furioso contra ella—. Tengo que buscar a Darkie. Has dejado que se escape.

—¡Tú te vuelves al refugio!

—¡Tengo que ir a buscar a Darkie! — Freddy forcejó con su hermana. Ella agarró más fuerte aún el chaleco, pero él ya había perdido de vista al perro, con lo que su enfado aumentó. Al tirar para librarse, se soltaron las costuras de las mangas. Joyce le gritó al tiempo que él escalaba el muro en busca de Darkie. El cielo estalló en llamas de nuevo. Parecía que las bombas caían cada vez más cerca.

—¡Vuelve, Freddy, no seas loco! ¡Deja el perro! ¡Se lo diré a mamá! ¡Debes volver al refugio, Freddy! ¡Pueden matarte! ¡Freddy! ¡Freddy!

En aquel momento salió Wib del refugio y, antes de que Joyce pudiera detenerlo, se dirigió hacia el muro y se subió en él. Joyce estaba fuera de sí, aterrorizada. Era la mayor y aquello no tenía ninguna gracia.

—¡No, Wib! ¿Tú también? ¡No! ¡Vuelve! — gritó Joyce, pero no hubo nada que hacer, pues ya se había ido en busca de su hermano.

Wib no podía dar crédito a sus ojos al contemplar lo que habían hecho las bombas en la calle Paxton. La explosión había abierto un enorme boquete en mitad de la calle, tan grande que cabía en él un autobús de dos pisos. El boquete se había tragado también el *hop-sotch* y había destrozado el muro delantero de las terrazas de las casas. Lo que quedaba de éstas, todo agrietado y agujereado, parecía ridículo, con camas y mesillas asomándose al exterior, como si las paredes hubiesen sido arrancadas de casas de muñecas gigantes. La nave del señor Palermo se había derrumbado y un lechoso río de helado corría por la acera.

Freddy alcanzó a ver cómo desaparecía el rabo negro de Darkie detrás de los sacos terreros que había junto a la pescadería. Sin embargo, la cerca de afilados barrotes del jardín de la señora Saunders resultó ser más difícil de traspasar para un chico de diez años que para un perro asustado y aturdido. Con grandes esfuerzos, Freddy intentó trepar pero ello le retrasó lo suficiente para que le alcanzara Wib.

—No seas bobo, Freddy, no podrás pararlo. Deja que se vaya, mañana iremos a buscarlo. Debemos volver al refugio. Aquí pueden matarnos.

Freddy no estaba con ánimos para escuchar y Wib no fue capaz de detenerlo, aunque le agarró fuertemente por el pelo. Freddy se desprendió de su hermano, que se quedó con un mechón de cabellos en la mano.

Mientras Freddy corría por la calle hacia la pescadería, cayó otra bomba. Lo hizo en la calle adyacente, pero la explosión fue tan fuerte que derribó a Freddy lanzándolo a un boquete abierto por una bomba anterior. Wib tuvo suerte. Había un murete entre él y la explosión y, salvo una lluvia de hollín que cayó sobre él haciéndole toser, resultó ileso. Se lanzó hacia el lugar donde había desaparecido Freddy. Descendió por los laterales del boquete y cruzó por encima de una viga de madera, arrojada allí por la explosión. En el fondo del boquete, Freddy se estaba levantando, por lo que Wib dedujo

que nada grave le había ocurrido.

—¿Estás bien? — dijo Wib cuando llegó a su lado.

—¿Qué?

—¡Que si estás bien!

—No puedo oírte -replicó Freddy.

Wib se dio cuenta de que por la parte posterior del cuello de su hermano corría un poco de sangre. Pasándole un brazo por la cintura, le ayudó a salir del boquete y, cruzando la calle, pronto estuvieron a salvo en el refugio del jardín.

Joyce echó una manta a Freddy por la espalda, y los demás, Sidy, Vee y Wib, permanecieron quietos, mirándole fijamente, sin saber qué decir o hacer. Asustado y aturdido como estaba, la cara de Freddy parecía aún más pálida que de costumbre. Especialmente en contraste con Wib, quien, con la cara llena de hollín, parecía un carbonero. Freddy se llevó las manos a los oídos y frunció el ceño:

—Me duelen los oídos.

—¿Puedes oír bien? — dijo Joyce.

—No sé lo que me pasa -dijo Freddy-. No oigo más que pitidos, como los de un tren.

—¿Pero puedes oírnos a nosotros? — insistió Wib.

—Sí, pero muy mal. Es como un pitido.

Ninguno dijo nada. Todos miraban a Freddy.

—Parece que ahora estoy un poco mejor -dijo retirando sus manos de los

oídos.

—¿Puedes oírnos ahora? — dijo Joyce.

—Perfectamente. Sólo me duele la cabeza.

—¿Y a los demás no? — dijo Wib, tranquilizado al ver que su hermano volvía a la normalidad.

Joyce levantó su mirada y lanzó un suspiro de alivio.

—De momento tenemos que permanecer todos aquí. Vee, dame la manta que sobra, para Siddy.

Joyce pasó sus brazos alrededor de Siddy y Vee. Freddy y Wib se acurrucaron aún más y los cinco permanecieron en silencio.

La llama agonizante de la vela se movía a causa del aire pero, afortunadamente, no se apagó. Su cálido resplandor era su único confort.

Cuando empezó a desaparecer el ruido de las bombas, habló Joyce:

—¿Estáis todos bien?

Wib fue el único que contestó:

—Ya falta menos para las vacaciones.

Vee y Joyce se rieron con ganas de la tonta salida de Wib. De cualquier forma, mejor era eso que llorar.

3. Un pitido en los oídos

Joyce no se atrevía a mirar fuera del refugio. El continuo lamento de las sirenas anunciaba que la incursión aérea había terminado y que, por el momento, los bombarderos se habían marchado.

Fuera, los estampidos ensordecedores de las explosiones y de las granadas antiaéreas habían dado paso a un silencio, roto en seguida por las campanas de los coches de bomberos y los gritos de urgencia de los hombres del A. R. P.[\[9\]](#) y de otros servicios de salvamento.

Wib había guardado sus cromos en la caja de cigarrillos *Player's*, que guardó en su chaleco. El interior del refugio estaba caldeado y muy cargado, al contrario del frío de otras noches. El humo y el polvo de fuera penetraban al interior haciendo llorar los ojos de Siddy y cosquillear la nariz de Vee, que comenzó a estornudar repetidamente.

—Jesús! — decía Joyce cada vez.

—¿Crees que deberíamos ponernos las caretas antigás, Joyce? — preguntó Vee estornudando una vez más.

—No es gas, boba, es humo -dijo Wib.

—¿Cómo sabes que no es gas? ¡Tío listo!

—Porque hubiéramos oído el ruido de las granadas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo dijo el señor Cadwaller. Por eso tiene esa tos. Le gasearon en el frente en la última guerra. Lee las instrucciones. Allí viene todo.

Wib señaló hacia la ordenada pila de cajas de cartón que guardaban las preciadas caretas antigás. Siddy comenzó a toser y se restregó los ojos. Joyce apartó su mano.

—No hagas eso, es peor -intentaba que pareciera que todo iba bien, pero el humo se hacía cada vez más espeso. Había formado como una nube, bien visible a la luz de la vela. Habló Wib:

—¿Crees que debería ver si todo va bien fuera, Joyce?

—No. Quédate donde estás. Mamá dijo que estuviéramos quietos si pasaba algo.

—¿Por cuánto tiempo? — preguntó Freddy-. Podríamos permanecer aquí un montón de días y nadie lo sabría. Abrió la boca y se metió un dedo en el oído, tratando de parar el pitido de su cabeza.

Wib se apoyó sobre una mano y jugueteó con la cera de la vela que caía sobre la salsera. Bostezó mientras decía:

—He leído algo acerca de un hombre que podía oler si había muertos bajo un montón de escombros.

—Nosotros no estamos muertos. ¿No es verdad? — dijo Freddy.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿a qué viene eso de hablar de muertos, tonto? — replicó Vee.

—Pues porque no he leído nada acerca de ningún hombre que oliera vivos, eso es todo.

De repente, todas las preguntas quedaron contestadas. Oyeron el sonido que había estado esperando oír desde que había empezado el bombardeo: la voz de su madre.

–¡Joyce! ¿Estás ahí? ¿Estáis bien?

Joyce contestó ansiosamente:

–Sí, mamá, estamos bien. Sólo Freddy tiene lastimados los oídos.

La cortina que tapaba la entrada del refugio se abrió, dando paso no a su madre sino a un vigilante, cuyo gorro blanco y su cara roja estaban negros de hollín.

–Salid fuera, chicos, ya pasó todo. Vuestra madre está aquí.

El vigilante salió del refugio llevando a Siddy, a quien la señora Harris tomó en sus brazos. Uno tras otro salieron los chicos, que se abrazaron fuertemente a su madre. Ni Vi Harris ni los chicos dijeron nada. Estos estaban tan contentos de verla, que sobraban las palabras. Freddy olvidó por un momento el zumbido de sus oídos y miró alrededor buscando a Darkie, pero no había rastro de él.

Joyce, Vee y Wib miraron asombrados a su casa o, mejor, a lo que había quedado de ella. Al igual que las casas de al lado, mostraba un enorme agujero en la fachada y el lecho se había desplomado, arrastrando consigo la mayor parte del piso superior.

Vee observó que su cama había bajado un piso entero y que ahora estaba de pie sobre el fogón de la cocina.

–¡Qué suerte que no nos haya pillado durmiendo! – dijo.

–Ahora mama podrá preparar la comida sin salir de la cama -dijo Wib en plan de broma.

Joyce le dio un golpe en la espalda.

–Cállate, Wib. No tiene ninguna gracia.

En un rincón del jardín, sin que pudieran oírla los chicos, la señora Harris mantenía una viva discusión con el vigilante. Ella señalaba hacia la casa y parecía cada vez más enfadada. Cambiaba a Sidy de un brazo cansado al otro. El vigilante se limitaba a mover la cabeza y, cuanto más hacía esto, más enfadada parecía la señora Harris. Estaba claro que nadie podría vivir en la casa bombardeada, pero Vi Harris no estaba dispuesta a abandonarla así como así. Vee y Wib se sentaron en la pequeña bañera que, boca abajo, había sido lanzada por encima del muro del jardín.

Otro vigilante de aspecto amistoso colocó un vendaje blanco alrededor de la cabeza de Freddy. Este sonrió, haciéndole sentirse muy importante el hecho de recibir su atención. Wib miraba, un poco envidioso por no poder enseñar ninguna herida.

Freddy dio un respingo cuando el vigilante tocó su oído.

—¡Oh! Tenga cuidado, señor.

El vigilante presionó con suavidad alrededor del oído una vez más.

—¿Te duele, hijo?

—Un poco. Es como si me zumbaran los oídos.

—Le sorprendió una explosión en la calle -dijo Wib.

Joyce intentó callarlo, haciéndole una señal con la mano, pero ya la señora Harris lo había oído.

—¿Qué estaba haciendo en la calle, Joyce? Te dije que nadie saliera del refugio.

—Estaba tratando de buscar a Darkie, mamá. Yo le dije que no lo hiciera, te lo aseguro, pero no me hizo caso. Darkie se escapó y él salió a buscarle.

–No fue culpa suya, mamá -Wib y Vee salieron en defensa de su hermana.

–Salir tras Darkie. ¡Qué estúpido! Le dijimos que no lo hiciera.

El vigilante les interrumpió:

–Bien, amiga, tiene que llevarlo al hospital, aunque sólo sea para estar seguros. Que lo miren. Los oídos son delicados y usted no puede hacer nada.

El vigilante del gorro que alguna vez había sido blanco acercó unas tazas de té caliente a Vee y Joyce.

–Tomad, chicas, repartidlo entre todos. – Le dio otra taza a la señora Harris, que se tranquilizó considerablemente luego de beber el líquido humeante.

El vigilante le dijo con suavidad:

–Sugiero que lleve a estos chicos al refugio municipal de la calle Mannix durante el resto de la noche. Le traeremos al muchacho una vez que lo hayan visto en el hospital.

La señora Harris asintió y terminó su té. Hizo una mueca mientras bebía las últimas gotas.

–Venga, niños, nos vamos. Freddy, cariño, tú te vas con este señor tan simpático al hospital.

–¿Por qué? Te aseguro que es sólo un dolor de cabeza -a Freddy no le gustaba la idea de estar solo.

–No te preocupes, cariño, es cosa de media hora o así. En cinco minutos te mirarán los oídos y te darán algo para el dolor de cabeza.

Freddy no parecía muy convencido, pero consintió en marcharse con el vigilante.

—¿Qué pasa con nuestras cosas, mamá? — Joyce estaba preocupada por dejar sus pocas pero preciadas pertenencias, con la casa abierta de par en par.

—Es mejor que vuelvas mañana por tus cosas, hija mía -dijo el vigilante-. Ahora es peligroso entrar.

Los dos vigilantes ayudaron a la señora Harris y a los niños a franquear el muro posterior. Los reflectores que barrían el negro cielo en busca de bombarderos enemigos rezagados iluminaban la barrera de globos antiaéreos. Todo parecía en calma, al menos por el momento.

El gran letrero en letras rojas y blancas que había junto al edificio de ladrillos, al final de la calle Mannix, decía: «Refugio para 80 personas», y una gran flecha roja indicaba la entrada disimulada al mismo.

El aviso exterior había sido flagrantemente ignorado, ya que en su interior había unas 200 personas. En circunstancias normales, el encargado del refugio hubiera rechazado a los sobrantes, pero con los estragos que estaban causando las bombas, se pasaban por alto las normas y los avisos oficiales.

Vi Harris empujó a sus hijos dentro de un espacio estrecho que había entre dos filas de literas de madera, que aparecían ocupadas por los refugiados habituales.

A un lado había una familia compuesta por personas de aspecto un tanto cómico, todos pelirrojos. La madre estaba sentada en una litera de arriba, como si fuera un enorme pollo, y distribuía tazas de té y bocadillos de mermelada a sus pelirrojos hijos. Con un marcado acento de los barrios bajos londinenses, decía:

—Toma tú éste, Elsie; toma tú éste, Arthur; toma tú éste, Derek.

En cambio, no podía distinguirse la familia que estaba al otro lado; eran media docena de bultos que roncaban bajo las mantas. Vi Harris y los

chicos se acomodaron lo mejor que pudieron. El aspecto de Sidy era de lo más lastimoso, y su atención se polarizó en un señor cuya cabeza asomaba por entre las mantas y que estaba en la litera inferior, a su lado. Aquel hombre llevaba un gorro *Balaclava*[\[10\]](#). [Hizo rechinar los dientes, para atraer la atención de Sidy. Este bostezó y arrugó su nariz, para luego mirar al hombre, bizqueando. Fue una buena idea. El hombre sacó una tableta de chocolate medio comida, de debajo de su manta gris. Partió un trozo, pequeño pero de aspecto delicioso, y se lo largó a Sidy, que se lo arrebató con cierta brusquedad. Wib, que había observado con gran interés toda la operación, se relamió cuando Sidy se metió el chocolate en la boca. No se podía desperdiciar ninguna oportunidad, por lo que dijo:](#)

—¡Eh! Supongo que habrá un segundo trozo, ¿no, amigo? – el señor Balaclava, refunfuñando, ofreció otro trozo de chocolate a Wib, quien guiñó un ojo en prueba de agradecimiento.

A su otro lado, Vee y Joyce se habían acurrucado juntas y ya estaban dormidas. Wib, saboreando el resto de chocolate que quedaba en su boca, miró hacia Sidy:

—¿Está rico?

Sidy asintió. Ciertamente que lo estaba. Muy probablemente, era el mejor que había probado en su vida.

4. Esqueletos de madera

El problema de los refugios es que nunca se sabía cuándo era de día. No había ventanas, y la cortina de arpillera de la entrada impedía que la luz del interior se viera fuera y que entrara la luz del sol.

La familia de los pelirrojos fue la primera en despertarse. El padre era un hombre alto y larguirucho, de ojos sanguinolentos y ojerosos rodeados de pelo que hacían juego con su cabellera roja. No es exagerado decir que parecía una zanahoria.

Siddy fue el primero de la familia Harris que se despertó. Con las manos en los bolsillos recorrió indolentemente el refugio, mirando arriba y abajo las filas de literas de madera. Se detuvo ante una en la que una señora rolliza, rodeada de media docena de bultos, enrollaba su pelo, sucio y seco, en unos rulos metálicos. Esto interesó no poco a Siddy, que permaneció quieto, mirando descaradamente, hasta que recibió un sopapo y un *¡fuera!*

La señora Harris despertó al resto de los niños. Wib miró a su alrededor buscando a Freddy, pero no había el menor rastro de él.

—¿Dónde está Freddy, mamá? —dijo, bostezando tan fuerte que se podían ver sus amígdalas.

—Está aún en el hospital. Allí le cuidarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo han dicho.

—¿Quién?

—El vigilante.

–¿Cuándo? Yo no he visto ningún vigilante.

–Cuando estabas dormido. No hagas más preguntas y arréglate. No olvides tu careta antigás.

Wib estaba asombrado consigo mismo, por haberse dormido y haberse perdido algo.

–¿Adónde vamos, mamá? – preguntó Joyce.

–¿Adónde crees? A casa, por supuesto... y luego al hospital a buscar a Freddy.

Joyce y Vee se extrañaron un poco. Ellas habían visto con sus propios ojos que su casa había sido dañada seriamente y no admitía reparación alguna; pero parecía que su madre no lo había notado. Sin embargo, los cuatro la siguieron hacia la puerta. Se pararon brevemente a mirar a un hombre que, desnudo de cintura para arriba, se estaba lavando en una cacerola de metal rojizo. La vista del agua fría les hizo tiritar.

–¿Quieres lavarte, hijo? – preguntó aquel hombre a Wib, que miró con horror el agua helada.

–No señor, gracias. Soy alérgico al agua. Me salen manchas.

La luz del sol les deslumbró al salir del refugio y la señora Harris se encaminó con paso vivo por la calle Mannix.

Por todos lados se notaban los espantosos resultados del ataque de la noche anterior. Se veían grupos de personas que habían perdido sus casas, vagando en todas direcciones, transportando sus pertenencias o empujando cochecitos de niño llenos hasta los topes de paquetes y objetos que habían podido salvarse.

Varios soldados, vestidos con largas cazadoras de cuero, procedían a derribar las paredes que ofrecían peligro de las casas bombardeadas. Wib

sonrió a un bombero de cara sucia que enrollaba la manguera con aspecto cansado, después de una noche de combatir los incendios.

La señora Harris hizo dar un rodeo a los niños, para evitar una cañería rota de la que brotaba un chorro de agua que había formado un gran charco en la calle. Wib chapoteó en él, con gran desagrado por parte de la señora Harris.

—No hagas eso, Wib, ¡pareces tonto! Te vas a mojar los calcetines.

—Lo siento, mamá.

Daba la impresión de que todas las calles por las que pasaban habían sido alcanzadas por las bombas. Las calles laterales y las callejuelas estaban bloqueadas por montones de escombros y de vigas de los techos hechas añicos. Algunas tiendas que les eran familiares parecían ahora esqueletos renegridos y vacíos, totalmente irreconocibles. Vee observó una moto destrozada en lo alto de un montón de escombros.

—Joyce, ¿crees que el bombardeo habrá destruido el columpio del jardín?

Joyce se encogió de hombros. Las suelas empapadas de Wib producían un ruido peculiar mientras correteaba tras ellos.

—Con un poco de suerte, a lo mejor han bombardeado también la escuela. Si bombardean tu escuela te mandan a casa. Eso es lo que pasó en la de Santa María, donde los chicos estuvieron sin clase durante varias semanas.

En la Calle Mayor notaron que el señor Palermo había cambiado su nombre por el de Palerm. Con grandes letras blancas había escrito sobre su heladería SÚBDITO BRITÁNICO. La ventana aparecía destrozada, ya sea como consecuencia de una bomba, o bien por alguien a quien no le gustaban los italianos. Nunca se sabe.

Doblaron la esquina de *Reparación de calzados Bestworks*. En el escaparate siempre había un letrero que decía: *Arregle las suelas de su*

calzado por 116 d[11], escrito con hermosas letras de color marrón y oro. Pero ahora se hallaba vacío, y varias docenas de botas y zapatos estaban desparramados por la acera, mezclados con los restos del viejo escaparate.

Pero no era precisamente a *Bestworks* adonde miraban. Wib tragó saliva con dificultad al ver lo que quedaba de la calle Paxton.

—¿Dónde se han ido las casas?

Toda la calle había sido devorada por el fuego. Las malditas casas que ellos habían dejado, se habían transformado en una hilera de esqueletos de madera calcinados que proyectaban su silueta sobre un cielo sin nubes.

—¿Dónde vamos a vivir ahora, Joyce? — murmuró Vee.

—¡Chis! ¿Qué vamos a hacer, mamá? — preguntó Joyce por todos.

La señora Harris no había dicho una sola palabra. También ella había experimentado una impresión tremenda y no sabía qué hacer.

—No lo sé. Realmente no lo sé, Joyce.

En aquel momento salió un vigilante de la A. R. P. de *Bestworks*, con una carpeta. Hablaba con esa voz sorda y monótona que a veces tienen las personas que llevan carpetas.

—¿Vive usted en esta calle, señora?

—Sí.

—¿Qué casa?

—La número ocho, allí.

La señora Harris señaló el patético resto humeante.

—¿Nombre?

—Harris.

—¿Cuántos son de familia?

—Seis. Bueno, ahora cinco, porque uno está en el hospital.

—Está bien, señora. Donde tiene usted que ir es al Centro de Recepción de la escuela de la calle Larkwood. Allí les arreglarán todo en seguida, no se preocupe.

Su insulsa voz oficial no demostraba en absoluto ninguna emoción. Pero, cosa rara, era tranquilizadora. Y su sonrisa se contagió a todos.

—Iré allí ahora. ¿Puedo dejar a éstos en la escuela?

—¿Qué escuela?

—La *William Ockforth*, contestaron los chicos al unísono. Se la conocía como la escuela de la calle Buxley, hasta que alguien del Consejo tuvo la brillante idea de cambiarle el nombre. Nadie sabía quién era William Ockforth salvo que, por supuesto, algo tendría que ver con el Consejo.

El vigilante movió la cabeza:

—Lo siento, no ha tenido suerte. Le cayó una también. Anoche había bombas incendiarias por todos lados. Mi consejo es que se dirijan en seguida a Larkwood y se inscriban. Allí le arreglarán todo.

La señora Harris salió de la calle Paxton y los cuatro niños la siguieron.

Resultaba gracioso no tener casa ni bienes, ni tan siquiera escuela adonde ir. Pero, cosa curiosa, no estaban tristes. Wib sujetó su cajita de cromos y silbó su canción preferida, *El hombre del paraguas*, situándose el último del

pequeño grupo.

En cierto modo parecía como si, al alejarse de las ruinas de su vieja casa, se encaminaran desde un mundo viejo hacia otro nuevo. Esta perspectiva hizo que Wib silbara aún más fuerte.

OceanofPDF.com

5. La tía Dolly

El cartel oficial colocado en la pared de la escuela Larkwood decía: «Plato de carne, cuatro peniques; postre, dos peniques; té, un penique; raciones para niños, a mitad de precio.» Y en letras aún más grandes: TERMINANTEMENTE PROHIBIDO REPETIR: ESTAMOS EN GUERRA.

Joyce entregó los vales familiares de comida gratuita que le habían entregado en el vestíbulo del piso inferior. A través del mostrador les sirvieron cinco platos grandes, esmaltados en blanco, llenos hasta rebosar con un estofado humeante. Los grandes trozos de carne y las patatas sobresalían de la salsa oscura; a Wib se le hizo la boca agua ante su aspecto tan delicioso. Les sirvieron también un plato grande con pan y margarina. La señora Harris llegó trayendo un puñado de instrucciones e impresos oficiales. Los rellenó mientras los niños comían con apetito su estofado.

—¿De qué se trata, mamá? — dijo Wib levantando momentáneamente la vista de su plato. La señora Harris no contestó. Se arregló el pelo por detrás de las orejas y agitó la cabeza como dando a entender que no quería que la distrajeran.

Wib ojeó uno de los impresos oficiales que había sobre la mesa y lo leyó en voz alta:

«Después del ataque aéreo. Guarda este impreso y haz lo que en él se indica. Nuestra ayuda te espera. Que el Gobierno, tus conciudadanos y tus vecinos vean que nos ocupamos de los luchadores de primera línea.»

A Wib le encantaba la idea de ser uno de los «luchadores de primera línea», especialmente si se conseguía estofado gratis. La señora Harris levantó la vista del último impreso.

—Bueno, ya está. Ahora, Joyce, fíjate bien en lo que quiero que hagas. Vas a

llevar a Wib y a Vee a casa de la tía Dolly. Yo me llevo conmigo a Siddy al hospital para recibir a Freddy.

—¿La tía Dolly? — dijo Vee algo sorprendida.

La tía Dolly era hermanastra de su madre y rara vez se veían. Cuando lo hacían solían acabar discutiendo. En realidad, los niños ni siquiera la conocían. La señora Harris continuó dando instrucciones a Joyce.

—Aquí tienes su dirección. — Arrancó una esquina de uno de los impresos y escribió con rapidez algo.

—Pasas el puente del canal y es la tercera casa a la izquierda, antes de llegar a la fábrica de gas. Dile quiénes sois y pídele que os deje pasar allí la noche. Yo me marcho ahora mismo y os iré a buscar cuando haya visto cómo está Freddy.

—¿Sabe ella que vamos, mamá? — tuvo que preguntar Joyce, sabiendo lo poco que les quería la tía Dolly.

—No, pero cuéntale lo que ha pasado con nuestra casa y ya le explicaré yo el resto cuando la vea.

La señora Harris comió un par de trozos de carne de su estofado y lo apartó de sí. Wib y Vee se inclinaron sobre la mesa y lo terminaron con un par de rápidas cucharadas.

—¡Venga, tenemos que irnos! Primero habrá que buscar alguna ropa.

Como si fuera una indirecta, Siddy estornudó sobre su plato vacío.

—Jesús! — dijeron Joyce y Vee al tiempo.

—¿Qué clase de ropa? — preguntó Wib, con la esperanza de que le equiparan con un uniforme de bombero.

—Ropa de abrigo. No podéis andar por la calle tal como vais, ¿no te parece? Os moriríais de frío.

La familia se dirigió hacia la salida del comedor de emergencia. Al pasar frente al mostrador, Wib se dio cuenta de que la corriente de aire que entraba por la puerta había volado varios vales de comida gratuita. Se detuvo un instante fingiendo que se ataba el cordón de su zapato y, con toda rapidez, se metió un puñado en el bolsillo. Podían serle útiles porque, tal como iban las cosas, no se sabía cuándo los necesitaría.

La señora Harris les hizo entrar en una habitación que decía:
DAMNIFICADOS POR EL BOMBARDEO. ROPAS. A Vee no le agradaba ser una «damnificada» ni el aspecto del enorme montón de ropa usada «generosamente donada».

Todo lo que se probaban parecía ser tres tallas mayor que la suya, y Joyce y Vee comenzaron a reírse a la vista de las mangas tan largas y holgadas de sus abrigos, que tan mal les sentaban.

—No seáis maleducados; tenéis suerte -dijo la señora Harris.

Se volvió a la señora del W. V. S. [\[12\]. que les estaba facilitando las ropas.](#)

—No parecen maleducados, señora. En realidad, son muy agradables.

Vee no parecía muy contenta. No le gustaba nada ni su gorro ni su abrigo. El cuello duro en forma de cono le picaba y la boina marrón parecía arrope [\[13\]. Prefería su abrigo, perdido en el bombardeo. Aunque tenía los codos rotos, había crecido muy apegada a él.](#)

La señora del W. V. S. sacó un par de sombreros del montón de ropa y se los dio a la señora Harris. Wib dejó caer un cumplido:

–Es precioso, mamá, realmente bonito.

Con cumplido o sin él, la señora Harris se probó otro sombrero que le gustaba más. Wib no se dejaba intimidar.

–Ese es precioso, mamá, más que los otros.

La señora Harris sonrió a la señora del W. V. S.

–Muchas gracias, querida. ¿Cómo se dice, niños?

–Muchas gracias, señorita.

Vee no estaba tan satisfecha y salió sin decir nada. Seguía prefiriendo su propio abrigo, con agujeros en los codos o sin ellos.

La casa de la tía Dolly se encontraba en un estrecho callejón, en la parte de atrás de una carbonería. Todo cuanto la señora Harris había escrito era: «Detrás de *Beechams*.» Joyce confrontó lo escrito en el trozo de papel con el nombre que había sobre la entrada de la tienda: *Beechams Best Nuts*.

–Creo que es aquí -dijo.

Lentamente, muy lentamente, entraron de puntillas en el interior oscuro y lóbrego de la tienda.

El carbón estaba apilado a ambos lados, como si se tratara de dos enormes escombreras. De la parte trasera de la tienda llegaba el resplandor de una luz amarillenta y se oía un carraspeo continuo. Joyce y Vee giraron hacia la parte trasera.

–¿Diga? ¿Cuánto quieren? – la voz, bronca y potente, provenía de una señora más bien baja, de cabellos grises y que tenía unos brazos flácidos de color muy pálido. Vertía el carbón con vigorosas paletadas en un recipiente metálico que colgaba, por medio de unas cadenas, del brazo de

una enorme romana.

—No queremos carbón, señora. Buscamos a nuestra tía Dolly -dijo Joyce.

—¿Dolly? Es ahí arriba -dijo la forzuda mujer, sujetándose el delantal negro y señalando hacia unos escalones de piedra con el codo.

—Tened cuidado con la escalera. Es muy empinada y peligrosa. — Continuó echando paletadas de carbón como si los tres niños no estuviesen allí.

La escalera de piedra carecía de pasamanos, por lo que subieron con dificultad. Al final había una puerta cubierta de hollín, que manchó las manos de Joyce en cuanto tocó la aldaba. Vee y Wib miraron hacia abajo a la mujer que seguía retirando el carbón.

Una niña, cuya nariz llena de mocos precisaba con urgencia de un pañuelo, abrió la puerta de la casa de la tía Dolly. Joyce se agachó para hablar con ella.

—¿Quieres hacer el favor de avisar a tu madre?

Los tres chicos esperaron mientras la niña desaparecía del vestíbulo; era aquella una habitación que parecía aún más negra que la carbonería.

La tía Dolly surgió del fregadero situado en la parte de atrás. Era una mujer desaliñada, de rostro duro y basto y ojos lóbregos y muy hundidos. Fijándose detenidamente, podría encontrarse un ligero parecido con la señora Harris, pero muy pequeño. Para Joyce, Vee y Wib era una perfecta desconocida.

—¿Qué hay? ¿Qué queréis?

Mientras hablaba se secaba las manos con una servilleta de té.

—Esto... ¿eres la tía Dolly? Nuestra madre es tu hermana Vi. Estos son Vee y Wib y yo soy Joyce. Mamá dijo que viniéramos.

—¿Que vinierais aquí? ¿Para qué?

—Es que..., mira, anoche sufrimos un bombardeo y nuestra casa se ha quemado, así que mamá pensaba si nos podríamos quedar aquí...

—¿Quedaros aquí?

—A pasar la noche.

—¿Los tres? — la voz de la tía Dolly no era precisamente la más agradable que habían escuchado nunca. Todas las historias que Joyce había oído sobre las dos hermanastras pasaron por su mente. Historias horribles de peleas alborotadas, tirones de pelo y vecinos que avisaban a la policía. Joyce continuó, intentando ignorar el tono frío de la voz de su tía.

—Bueno, ahora somos tres, pero mamá va a venir más tarde con Sidy; es nuestro hermano pequeño y si Freddy mejora de los oídos, vendrá también. Es otro hermano nuestro, gemelo de Wib, aunque no se parecen nada.

—Estás bromeando. No puedo alojaros porque está aquí mi familia política, que también sufrió un bombardeo la semana pasada. No hay más sitio. Además tengo tres hijos, no lo olvides. No tiene sentido que tu madre os envíe aquí.

Joyce no sabía qué hacer. Las instrucciones de su madre eran ir y quedarse en casa de la tía Dolly, pues ésta no les iba a dejar en la calle. Wib, por su parte, estaba muy contento. No le había gustado nada de lo que había visto en el vestíbulo de la casa de la tía Dolly y, por lo que se refiere a ésta, se encontraría más que satisfecho de no tener ningún trato con ella.

—Lo siento, pero es imposible... No es que no quiera, sino que no hay sitio para todos, ¿comprendes? Te doy mi palabra de que os aceptaría si pudiera. Pero no puedo hacer milagros. Es que, realmente, no hay sitio.

Era una embustera redomada y sus ojos la delataban. Joyce asintió e indicó

a sus hermanos que la siguieran escalera abajo.

—Gracias. ¡Adiós!

—¡Adiós! — dijeron Vee y Wib con la mayor educación. Pasaron junto a la señora fortachona del delantal negro y salieron a la luz del día.

Joyce estaba dudosa acerca de lo que debían hacer. Vee se remeti6 la falda en sus bombachos y dio un manotazo a la pared. Wib trep6 a una farola y se desliz6 por su brazo metálico, cayendo al final sobre la acera. Sus zapatos de lona, de suelas desgastadas, no eran ciertamente una protecci6n adecuada y sintió una punzada en la planta de los pies.

—¡Bueno! — dijo Joyce animándose. No tiene sentido quedarnos aquí. Tenemos que ir a buscar a mamá.

—Pero, ¿ad6nde, Joyce?

—Al hospital.

—¿A qué hospital?

—No lo sé. Tendremos que preguntar en todos. Empezaremos por el Hospital General de Hackney.

Mientras se alejaban por el callej6n abajo, los observaba la hija de la tía Dolly, que apretaba la cara contra la ventana. Su nariz seguía necesitando un pañuelo y, como no lo tenía, ech6 mano de la cortina.

6. Perdidos

Aparte de la cañería reventada, de la que aún fluía agua, la Calle Mayor estaba volviendo poco a poco a la normalidad. Por todas partes la gente limpiaba el suelo de cristales rotos y retiraba los montones de escombros. Había carteles en los escaparates anunciando que «el negocio seguía como de costumbre». Incluso en la tienda de helados del señor Palermo, lo que no era verdad, pues hasta Wib sabía que no le quedaba ninguno.

Joyce condujo a Wib y Vee por la calle, pasando delante de tiendas que les eran familiares, que conocían de toda la vida. Pasaron por la lavandería de Beckie y la peluquería de Willcock, donde se podía conseguir un corte de pelo normal por cuatro peniques, y un corte «al cero» por tres peniques. Pasaron por la tienda de alfombras de Rosie Long donde, por alguna razón extraña, se vendía carne de gato, cuyo olor se percibía dos calles más allá. Pasaron por la confitería de Granny Elliot, donde por un penique se podía tomar una copita como aperitivo, y por un cuarto de penique un trozo de palodú que nunca se terminaba. En aquel momento no podían saberlo, pero estaban pasando ante todas aquellas tiendas familiares por última vez.

Sobre el puente del canal, Wib señaló hacia una sección de soldados que, en fila de a dos, recorrían a paso rápido el camino de sirga [\[14\] en el Muelle del Águila. Antes de la guerra, el camino de sirga del canal había sido un sitio secreto de juegos para Wib y Freddy, pero ahora era un lugar prohibido para todo aquel que no llevara un brazalete oficial.](#)

Joyce subió corriendo la escalera del Hospital General de Hackney seguida muy de cerca por los demás. Un muro enorme de sacos terreros protegía la entrada principal y tuvieron que recorrer un pequeño laberinto en zig-zag hasta llegar al cuchitril del portero. Joyce asomó la cabeza por la ventanilla.

—Perdón, señor. ¿Puede decirme si Freddy Harris se encuentra aquí?

—¿Harris? ¿Cuándo se supone que lo trajeron?

—Anoche.

—¿Cómo dices que se llama?

—Freddy... es decir, Frederick... Resultó dañado en los oídos.

El portero recorrió con el dedo, de arriba abajo, una larga lista de nombres, pero no pudo encontrar a Freddy Harris.

—Hockstead, Hickney, Horry, Hutchinson... pero Harris no. Lo siento, guapa, aquí no hay ningún Harris.

Joyce insistió:

—Harris. Freddy Harris. ¿Seguro que no está aquí? ¿No sabría usted, por casualidad, en qué otro sitio puede estar?

El portero se levantó la gorra y se rascó en la cabeza, calva y sudorosa.

—Mirad en el hospital *Lotts Lane*. Quizá esté allí, pues hay muchos heridos del bombardeo.

—Gracias. Miraremos allí.

El hospital *Lotts Lane* tampoco había registrado a ningún F. Harris. Tampoco los centros de las calles Port-church y Gaston, ni, lo que aún era peor, en el de la calle Larkin, tenían noticias de Freddy. Y mucho menos de mamá y Sidy. La dureza del ataque de la noche anterior había sumido al ya agotado personal del centro en una confusión mayor que nunca. Joyce había preguntado a tanta gente y había revisado tantas listas, que empezaba a desesperarse. Todo el mundo se comportaba con ellos educadamente, pero daba la impresión de que intentaban eludirlos y mandarlos a otras personas. Joyce y Vee dejaron en el suelo las cajas de las máscaras antigás y se

sentaron junto a la cabina de teléfono de la policía, fuera de las puertas de la escuela y protegida con sacos terreros. Wib se arrodilló junto al bordillo y, con la mente en otro sitio, empezó a rasgar las hendiduras del canalón, arrancando la mugre. Ninguno de ellos estaba muy seguro de lo que podían hacer.

—Yo creo que deberíamos ir a la comisaría de policía, Joyce -dijo Wib-, si no, nos vamos a pasar toda la noche por las calles. Y no creo que eso sea prudente, una vez que empiecen los bombardeos.

Joyce miró hacia el cielo. También ella había pensando en la posibilidad de un ataque aéreo y en que dentro de una hora más o menos se haría de noche. Esa idea le hizo abrocharse el abrigo y disponerse a caminar.

—De acuerdo. ¿Quién quiere tomar un té y un perrito caliente?

La sola idea de una salchicha rojiza y jugosa hizo incorporarse a Vee y Wib. En ese momento Wib divisó una vieja furgoneta Morris parada en la esquina. La conducía un policía y, en la trasera, vio Wib como una docena de perros que miraban atenta y tranquilamente a través de las ventanillas posteriores.

—¡Mira, Joyce, perros! — Vee y Wib cruzaron la calle en dirección al viejo Morris. Había toda clase de perros perdidos, la mayor parte callejeros, pero no había ni rastro de Darkie.

—¿No ha visto usted, por casualidad, un perro negro con una mancha blanca en la cara, señor? — preguntó Vee al policía que se hallaba en el asiento delantero.

—Mira, chica; no te puedes imaginar la cantidad de perros de todas clases que he visto en los últimos meses. Negros, marrones, rojizos. Dime uno cualquiera, que seguro que lo he visto. Tendrás que hablar con el encargado de la A. R. P. de tu zona, que lleva un registro.

—De acuerdo, gracias -dijo Vee. Pensó que quedaba alguna esperanza. Por

hoy, ya se las habían arreglado para perder a su madre y a sus dos hermanos pequeños, así que no había muchas posibilidades de encontrar un perro extraviado.

La señora Grabowski, que tenía una tienda de salchichas en la calle Laycock, había sentido siempre una cierta debilidad por Wib. Le llamaba su «monito desvergonzado». Wib se dejaba incluso pellizcar las mejillas porque siempre había la posibilidad de que le regalara un perrito caliente. Estos, en realidad, en tiempos de guerra, tenían más pan que carne, pero eran igualmente bien recibidos.

Joyce y Vee anduvieron por la calle Laycock, comiendo sus perritos calientes. Al doblar la esquina, la visión agradable de una furgoneta de la W. V. S. en la que daban té gratuitamente les hizo acelerar el paso. Se había formado la cola acostumbrada de personas que habían perdido su hogar. Los niños guardaron su turno hasta que les sirvieron, a través del mostrador, tres tazas de té caliente. Joyce se sentó en el antepecho de la ventana de una casa bombardeada. ¿Deberían volver a casa de la tía Dolly? Al fin y al cabo, allí era donde su madre les había dicho que fueran. A lo mejor hubieran podido convencerla de que les dejase quedarse. Debían haberse quedado esperando fuera de la carbonería. Llena de rabia, dio una patada a la acera, enfadada consigo misma por haber perdido el tiempo andando por las calles. Había tomado una decisión.

—Bien. Vamos a ir otra vez a casa de la tía Dolly.

—¡Oh no! —dijo Wib—, a ese horrible agujero, no.

—Mamá nos dijo que fuéramos allí, y no deberíamos habernos movido de allí.

Joyce agarró su máscara antigás y empezó a caminar por la calle empedrada. Wib ni siquiera pudo terminar el té. Empezaba a cansarse de estar perdido.

La vieja del delantal negro estaba echando los cerrojos de la carbonería

cuando llegaron los niños. Joyce subió corriendo las escaleras de piedra hasta llegar al piso de la tía Dolly.

—No están dentro, querida, pierdes el tiempo. Están todos abajo, en el Metro. Yo creo que, desde anoche, media calle está ahí abajo.

—¿No ha venido nuestra madre, señora? Llevaba dos niños. ¿La ha visto usted?

—Sí, la vi. Pero sólo había un chiquillo con ella.

—¿Adónde fue? ¿No le dijo por casualidad adónde iba?

—Ni idea. Me figuro que al Metro también. Ha estado mucho tiempo rondando por aquí, esperándoos.

—¿Qué Metro?

La mujer se encogió de hombros.

—Sabe Dios. Yo me refugio bajo las escaleras. A mí no me encontraríais en el Metro. Demasiado apretado para mi gusto.

Joyce dio las gracias y salió como un rayo a la calle, seguida de cerca por Wib y Vee.

—¿A qué estación de Metro vamos a ir, Joyce?

—A la que esté más cerca de aquí.

—¿Y cómo sabemos cuál es la más cercana?

—No lo sabemos.

—Tal vez vamos en dirección contraria.

—Preguntemos a alguien.

En la esquina, dos soldados jóvenes se dedicaban a llenar sacos de arena. Joyce se dirigió resueltamente a ellos.

—Perdón, ¿podrían decirnos dónde está la estación de Metro más cercana, por favor?

—Mile End o Bethanl Green, señorita. Están más o menos a la misma distancia. Tan cerca, que da lo mismo una que otra.

Joyce tenía que tomar rápidamente una decisión.

—¿Cuál es la que está en esta dirección?

El soldado señaló con su pala.

—Mile End. Seguid por esta calle hasta el final, giráis a la izquierda a la altura del parque, y seguís recto. La veréis al final de la calle Grove. ¿De acuerdo? Si no la encontráis, podéis preguntar a cualquiera.

Antes de que el joven hubiese terminado de dar sus indicaciones, Joyce escuchó el ruido que había estado temiendo: el sonido de la sirena. El soldado levantó la vista hacia el cielo. Era una reacción natural.

—Esta noche han venido pronto. Haríais mejor en marcharos, muchachos.

No hacía falta decírselo. Joyce, Vee y Wib ya estaban corriendo.

7. En el Metro

Los cañones del parque Victoria ya habían comenzado a hacer fuego cuando Joyce, Vee y Wib pasaban por allí. Las tremendas explosiones les hacían correr incluso más rápido. La caja de la careta antigás de Vee se bamboleaba de forma muy incómoda, mientras ella corría.

La claridad de la tarde invernal empezaba a desvanecerse y el obligatorio apagón significaba que no habría luz en las calles para guiarlos. Joyce sabía que tenían que llegar a la estación antes de que oscureciera. El paso que llevaban era demasiado rápido para las posibilidades de Wib. Sus dos hermanas fueron siempre mejores corredoras que él y, además, estaba empezando a sentir punzadas. Apretándose el costado, gritó a su hermana mayor.

—Joyce, párate un momento, por favor! ¡Me están dando punzadas!

Joyce miró hacia atrás sin dejar de correr.

—No podemos parar ahora, Wib. Tienes que aguantar hasta que lleguemos a la estación.

Wib no contestó, pero se detuvo y se recostó contra el escaparate de una tienda.

—¡Vamos, Wib! — gritó Joyce a su hermano que aparecía sofocado.

—¡Tengo que tomar aire, Joyce! Sólo un momento y sigo, de verdad.

En ese instante se oyó una enorme explosión que provenía del otro lado del parque. Era bastante lejos de donde ellos estaban, pero lo suficientemente cerca como para que Wib empezara a correr de nuevo. Otras personas corrían también por la acera y a Wib le parecía que todos eran más rápidos que él, como en una pesadilla en que uno corre y corre sin parar, pero

parece que nunca llega a ninguna parte. Hasta un hombre con muletas le adelantó. ¡Y eso que sólo tenía una pierna!

Joyce se detuvo un instante junto al muro de sacos terreros que rodeaban la oficina de correos. Le empezaban a doler los pulmones de tanto correr, pero no podía consentir que los otros dos se enteraran. Vee era la mejor corredora de su clase y no se la notaba cansada. Wib llegó el último. Su aspecto era terrible y casi no podía hablar, lo que resultaba insólito en él.

—Veo manchas delante de los ojos -dijo jadeando-. Creo que voy a morirme.

—No seas estúpido -dijo Joyce-. Ya queda poco.

—¿Cuánto falta? — Wib no era ciertamente un atleta y su mayor relación con cualquier actividad deportiva eran sus cromos.

—Puedo verlo desde aquí -mintió Joyce que, en realidad, no veía nada.

—¡Puñetero abrigo! — refunfuñó Vee mientras doblaba las mangas excesivamente largas.

—¡No seas mal hablada, Vee!

—Creo que voy a ponerme enfermo, Joyce -dijo Wib apretándose la frente con una mano.

En ese instante cayó otra bomba delante de ellos, lanzando grandes llamaradas de color naranja hacia arriba, que permitieron ver recortada sobre el cielo la silueta de la cúpula del cine *Odeón*, como si se tratase de un recortable de cartón negro. Ni que decir tiene que Wib echó a correr de nuevo. Joyce no tuvo necesidad de mentir más: a través de la luz vespertina debilitada por el humo, se divisaban las colas de personas que bajaban las escaleras del Metro. Los policías y los hombres de la A. R. P. daban órdenes tajantes para que la gente no corriera demasiado ni perdiera la calma. La mayoría de la gente se mantenía en bastante orden, pero las explosiones de las granadas antiaéreas y las de las bombas obligaban a acelerar el paso.

Joyce tomó a Wib de una mano y se unió a la multitud que, apretujada, bajaba las escaleras. No le hacía gracia a Wib ir seguro de la mano de una chica, pero, al aumentar los apretujones, se agarró a ella con fuerza para no perderse de su hermana.

Vee se dio cuenta, con terror, de que se estaba rezagando. Gritó por encima de una señora que iba delante de ella.

—¡Espera un momento, Joyce! ¡Vais demasiado rápidos!

—¡No te preocupes! ¡Te esperamos al final de la escalera!

Vee sujetó con fuerza su careta antigás y se dejó arrastrar por la multitud. Era una sensación agradable la de caminar casi sin que los pies tocaran el suelo.

Al pie de las escaleras y a lo largo de los intrincados pasillos recubiertos de baldosas de color crema, la situación no era tan mala. La gente había ido tomando posiciones para pasar la noche, envueltos en mantas confortables y provistos de termos de té. Había incluso un hombre de aspecto lastimoso, con un acordeón y un mono, que entretenía a un grupo de niños. La pinta de aquel hombre revelaba que la suerte no le había acompañado en su vida.

Había, literalmente, cientos de familias apiñadas hasta el mismo borde del andén. Wib miró hacia los raíles y se preguntó lo que pasaría si alguien, durmiendo se cayera abajo. Los niños vieron entonces lo que habían estado buscando durante todo el día. Bajo un anuncio de las sales de baño *Andrew Liver*, estaban sentados mamá y Sidddy.

Joyce gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Estamos aquí!

La señora Harris se incorporó de un salto y corrió hacia ellos sin preocuparse en absoluto de si pisaba a alguien.

—¡Cuidado, bestia! — gritó una mujer a la que, de un golpe, le había arrancado el sombrero.

La señora Harris estrechó con fuerza a sus tres hijos y los besó una y otra vez. Wib sentía un poco de vergüenza de que le besaran delante de tanta gente, pero no tenía más remedio que resignarse. Volvieron por entre la multitud hasta donde estaba Sidy, que sonreía beatíficamente al ver a sus hermanos. Joyce empezó a dar explicaciones, pero no eran necesarias.

—Fuimos a casa de la tía Dolly, mamá, pero no quiso que nos quedáramos. Y después, cuando volvimos, ya te habías marchado.

—No te preocupes, cariño. Ahora estáis aquí. No te preocupes.

Se sentaron bajo el anuncio de las sales y todos hicieron la misma pregunta:

—¿Dónde está Freddy, mamá? ¿Está todavía en el hospital?

—Sí, tiene que quedarse allí para que le curen los oídos. Tendrá que estar unos días más.

—¿Qué pasa con Darkie? ¿Hay alguna noticia?

—Ninguna, cariño. Al parecer, desde que comenzaron los bombardeos hay cientos de perros y gatos vagabundeando por la ciudad.

—¿Qué vamos a hacer, mamá? — preguntó Wib-. ¿Dónde vamos a ir a vivir?

La señora Harris colocó confortablemente la cabeza de Sidy en su regazo y pasó su brazo sobre Vee, que se recostó sobre su madre.

—Bueno, he estado pensando en eso. Vuestra tía Dolly no querrá tenernos, así que he hablado con... bueno... con el tío Stanley.

Joyce y Vee aguzaron sus oídos. Hasta entonces, su madre nunca les había

hablado casi de él.

—...He hablado con el tío Stanley y no tiene suficiente sitio en la parte de arriba del bar. Es sólo un pequeño apartamento, ya sabéis...

Tragó saliva y, mientras hablaba, apartó un mechón de pelo de los ojos de Vee.

—...pero dice que nos podemos quedar allí.

Joyce sonrió con la noticia, pero no por mucho tiempo.

—¿Todos nosotros?

La señora Harris bajó la vista.

—Bueno, no. Todos no. Solamente Sidddy y yo.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? ¿Dónde vamos a vivir?

—He pensado mucho en ello. Los bombardeos no paran y no podemos pensar en tener una casa, así que yo creo que lo mejor... o por lo menos lo más seguro...

—¿Qué, mamá? — Joyce urgió una respuesta de su madre.

—He decidido que seáis evacuados.

La noticia los dejó anonadados y sumidos en el silencio. Durante un rato largo nadie dijo nada. Tampoco hubieran podido oírse unos a otros, porque en aquel momento atravesaba la estación un tren, produciendo un gran estruendo. Wib y Vee se miraron mientras las luces del rápido tren iluminaban a ráfagas cortas sus caras.

La evacuación significaba ser enviados fuera, tal vez lejos de Londres. Era

un pensamiento aterrador. Hasta ahora, lo más lejos que habían ido en su vida era el recorrido que daban de sí cuatro peniques en autobús.

OceanofPDF.com

8. La pequeña coronela

La estación de Paddington era el edificio más grande que Wib había visto en su vida. Había gente por todas partes; niños que no paraban de hablar, madres que lloraban, padres con cara de circunstancias, autoritarios empleados de ferrocarriles, señoras de la W. V. S. enfadadas, enfermeras, soldados y policías. De todo. En realidad, salvo el día en que su padre le llevó a ver el final de la Copa, nunca había visto antes tanta gente.

Aspiró aire, percibiendo el característico olor a aceite y humo de los trenes que le agradó. La señora Harris se abría camino entre la multitud; a juzgar por su mirada perdida y atemorizada, estaba tan poco acostumbrada a las estaciones de ferrocarril como los demás. Wib estaba intrigado con tres policías con cascos en sus cabezas, que revisaban algunos equipajes. Se preguntaba qué estarían buscando.

Vee sujetó la funda de su almohada. Pensó que resultaba divertido llevar su ropa allí dentro. Después de todo sólo tenía como muda una camiseta, unos calcetines, unos pantalones y, eso sí, otro jersey de lana. Wib había atado un trozo de cuerda alrededor de la funda de su almohada, lo que significaba que se la podía echar por encima del hombro como si fuese un pirata. Con un ojo cerrado, avanzaba saltando a la pata coja, diciendo cosas como: «¡A mí, brutos! ¡Bandidos! ¡Os voy a despedazar!» Si hubiera sido consciente de la realidad, no hubiera estado tan contento. Pero Vee y Joyce se sonrieron porque, al fin de cuentas, todo aquello resultaba bastante emocionante y, en ningún caso tan desagradable como habían imaginado.

Joyce pegó un alarido al pisarla un mozo de tren, lo que hizo que se le cayera el paquete que llevaba, envuelto en papel marrón.

—¡Uy, mire por donde va!

—Perdona guapa. Hoy no veo nada, perdí mis gafas anoche cuando cortaron la luz.

—De acuerdo... -dijo Joyce, aunque poco satisfecha porque estaba segura de que le había espachurrado un dedo del pie, tan poco protegido por sus finos zapatos de lona. Un soldado levantó el paquete del suelo y se lo entregó.

—Se te ha caído el paquete de la ropa, guapa.

Guiñó un ojo a Joyce que se puso colorada al darse cuenta de que el paquete se había abierto y que asomaba un par de medias blancas.

—¡Vamos, niños, de prisa! —dijo la señora Harris. Estaba contenta de haber dejado a Siddy en la Cooperativa. Su amiga Marge lo cuidaría y así no se pondría triste al ver marcharse a los demás. Joyce, Vee y Wib le habían dado cada uno un beso muy fuerte, pero evitando decirle adiós. Con todo aquel jaleo, Siddy estaba un poco aturdido.

A Wib le llamó la atención un ciego que llevaba un bastón blanco. Había algo raro en él, pero Wib no acertaba a saber exactamente qué era. Tal vez todo se reducía al hecho de ver a un hombre con un bastón blanco, intentando a ciegas abrirse paso entre una multitud agitada y como loca. O tal vez fuese aquel modo que tenía de andar, con una peculiar caída de hombros que le hacía echarse tanto hacia adelante, que parecía que se iba a caer.

El hombre arrastraba los pies en su camino hacia el acceso al andén, donde discutió con el revisor quien, al final, de forma antipática y de mala gana, le dejó pasar.

La señora Harris trataba de llamar la atención de una señora menudita de la W. V. S. Vestía un uniforme verde que parecía de alguien tres tallas mayor que la suya. Los niños la conocían: era la señorita Duff.

—Perdone el retraso, querida -dijo la señora Harris-. Había un lío fenomenal en el Metro por culpa de una mina que habían descubierto, y al final tuvimos que tomar el autobús.

La señorita Duff sonrió con simpatía. Era profesora en la catequesis dominical de la Misión Parroquial de la calle Gaskill y se había ofrecido voluntaria, valiente, y en cierto modo alocadamente, para llevar a sus nuevos hogares a un grupo de casi treinta niños de Hackney. Llevaba el distintivo oficial obligatorio.

—No se preocupe, querida. Sois tres ¿no? — Miró a los tres Harris de arriba a abajo. Vee llevaba su abrigo nuevo y su gorrito de segunda mano. Se estiró el cuello del abrigo con un dedo. Le empezaba a picar el cuello y no sabía si era debido al cordel de la caja de su máscara antigás o a la tela del abrigo.

La señorita Duff repasó la lista:

—¿Caretas antigás?

Los niños asintieron y mostraron sus respectivas cajas.

—¿Identificación?

De nuevo asintieron. Cada uno llevaba una etiqueta marrón con su nombre, sujeta a la solapa. Wib dobló el cuello para leer lo que había escrito en la suya. Era correcto; decía William Harris y tuvo que hacer un esfuerzo para asegurarse a sí mismo de que era él. No había que olvidar que contestaba por el nombre de Wib, por lo que la etiqueta no sería de mucha utilidad para nadie.

—No comprendo por qué se preocupan en mandarnos en tren. ¿Podrían haberlo hecho por correo! — La señorita Duff, impaciente por terminar de revisar la lista, no hizo caso de la broma.

—¿La muda?

—La muda -repitieron los tres como un eco, acariciando sus paquetes.

—¿Comida para el viaje?

Vee palpó la barra de chocolate que llevaba en la funda de la almohada. Era un lujo que no había disfrutado antes y sentía tener que acabar comiéndoselo; sin embargo, el solo hecho de saber que estaba allí resultaba reconfortante.

Wib metió la cara dentro de la funda de su almohada, como un caballo al que le adosan la bolsa con la comida. Su voz apagada sirvió de respuesta.

—Tenemos mucha comida.

Ya había mordisqueado en secreto su chocolate en el camino hacia la estación. Los bocadillos de jamón los guardaba para más tarde.

—¡Qué abrigo más suave! — dijo la señorita Duff mirando a Vee, a quien seguía sin gustarle su abrigo nuevo, sin importarle lo *suave* que fuera.

—De acuerdo pues -dijo la señorita Duff-, todo parece estar en orden. Sois los últimos, así que os acompañaré yo misma.

—¿Puedo despedirme ahora -intervino la señora Harris-, o espero hasta que suban al tren?

—Creo que es mejor que lo haga ahora, señora. Cuando antes mejor.

La señora Harris sujetó a Vee y Wib con las dos manos y los atrajo hacia sí:

—Adiós, hijos, que seáis buenos chicos.

—Adiós, mamá.

—No olvidéis escribirme una postal diciéndome dónde estáis exactamente. No podré ir a veros en seguida, pero la señorita Duff se ocupará de dejaros bien instalados.

—¿Qué pasa con Freddy? — dijo Vee.

–Bueno, irá al campo en cuanto mejore de sus oídos. Ahora no vayáis a comer todo el chocolate de una vez.

Se separó de Vee y Wib y abrazó a Joyce.

–Joyce, cuida mucho de ellos.

No tenía sentido disimular el llanto y, por una vez, Joyce olvidó que era la mayor y comenzó a sollozar sobre el hombro de su madre. Wib y Vee se sorprendieron un poco. Joyce había sido siempre la más entera de todos ellos y era raro verla tan descompuesta. Se miraron, confusos, pensando que tal vez su hermana supiera algo que ellos desconocían. Sea lo que fuera, los sollozos de Joyce hicieron aflorar las lágrimas a los ojos de Vee y Wib.

La señora Harris acarició el pelo de Joyce.

–No seas tonta, hija mía. Ya eres mayorcita y no debes disgustarte. Esto no va a durar mucho. Parece que la guerra terminará pronto y volveréis nuevamente a casa en nada de tiempo.

Joyce levantó la cabeza del hombro de su madre.

–¡Pero si no tenemos casa, mamá!

–Por supuesto que la tenemos... *la tendremos*... tendremos un sitio precioso para cuando volváis. De verdad que lo tendremos, te lo prometo.

En aquel momento volvió la señorita Duff, y apoyó su mano sobre el hombro de Vee.

–Tenemos que despedirnos ya, señora Harris. El tren sale dentro de tres minutos.

La señora Harris abrazó a los tres niños una vez más. El altavoz anunciaba la salida de un tren de nombre raro hacia un destino de nombre aún más raro, pero ninguno de ellos lo oyó. La señorita Duff reiteró su ruego:

—Tenemos que irnos ya, señora Harris.

Los tres niños se apartaron de su madre y se dirigieron, pasando el control de salida, hacia el andén número 7. Vee y Wib gritaron ¡adiós!, pero Joyce siguió sin detenerse. La señora Harris fingía no verlos marchar mientras jugueteaba con su abrigo. Tenía abrochados los botones, pero se los abrochó de nuevo. A todo lo largo del andén, el vapor que salía de la parte inferior del tren de color marrón, envolvía a Vee, a Wib y a Joyce, y a la diminuta señorita Duff. La señora Harris levantó la vista de los botones para mirar, pero sólo pudo ver empleados del tren y humo. Empezó a caminar, alejándose, haciendo un esfuerzo para no volver la vista. Pero cuando llegó a la altura del estanco Smith, no pudo resistir más. Pero no vio nada. El tren empezaba a moverse y el vapor ocultaba todo.

Joyce apoyó la cabeza contra la ventanilla y vio cómo iban dejando atrás el andén. No había dicho adiós porque eso hubiera sido como un final. Las lágrimas habían dejado unos surcos blancos en sus mejillas y cerró los ojos para retener en su mente la estación, que se desvanecía con la distancia. La señora que se sentaba a su lado se dio cuenta de la situación y, sacando una bolsa de labor, ofreció a Joyce una madeja de lana.

—¿Te importa sujetarla un rato para devanarla, querida?

Wib y Vee no tuvieron tanta suerte como Joyce. La señorita Duff no pudo encontrarles asiento, así que tuvieron que permanecer en el pasillo junto a una multitud de evacuados que, sentados en sus maletas de cartón marrón, bebían refrescos y cantaban estrofas largas y aburridas de *Diez botellas verdes*. Wib se recostó sobre una gran bolsa de lona que pertenecía a una señora bastante gorda que llevaba un enorme abrigo marrón con cuello de piel de zorro. La piel tenía una cabeza auténtica de zorro, colgando, y Wib se preguntaba si aún estaría vivo, pues sus ojos parecían bastante reales.

A través de las ventanillas del tren, Joyce contemplaba las inacabables hileras de calles de los arrabales de Londres. Todas ellas tenían un enorme parecido con la suya.

Wib se fijó en un cartel que decía: *Huntley Palmer, Fábrica de galletas*, con letras bien grandes; se relamió los labios y recordó lo que llevaba en la funda de la almohada. Le dio un trozo de chocolate a Vee, que se sorprendió del extraño gesto de generosidad de su hermano.

Vee se asustó cuando una niña bastante fea, de tirabuzones rubios y una cinta rosa en el pelo, empezó una horrible imitación de Shirley Temple en *La pequeña coronela*. Su madre la miraba con orgullo, repitiendo entre dientes cada una de las palabras que cantaba su hija. Miraba a su alrededor esperando algún amable cumplido por la actuación de su hija.

La señorita Duff atendía a la gente del pasillo, tratando a duras penas de mantener el equilibrio, sin conseguirlo del todo. Su codo huesudo golpeó el estómago de un soldado que se había levantado para dejarla pasar. El soldado sonrió educadamente, mientras ella se arrodillaba para hablar con Vee:

—¿Va todo bien, pequeña? ¿Estás cómoda?

—Sí, gracias, señorita Duff.

—De acuerdo.

—Perdón, señorita Duff -dijo Vee interrumpiéndola-. ¿Adónde nos van a evacuar?

—No lo sé con seguridad. Creo que a algún sitio cerca de Bath.

A Wib no le hizo mucha gracia eso de *Bath*. Se imaginaba una ciudad llena de bañeras y lavabos[15]. La idea le horripiló. La señorita Duff miró hacia Joyce para ver si estaba bien instalada y se fue pasillo adelante. El soldado inspiró profundamente; no obstante, la señorita Duff volvió a golpearle en el estómago. El sonrió de nuevo educadamente, pero no tanto como antes.

Wib se agarró al tirador de la ventana. Durante un rato se divirtió sacando el tirador de su sitio, abriendo y cerrando la ventana. Una ráfaga de aire frío penetró en el pasillo, dando de lleno en la señora de la piel de zorro y haciendo que volara la gorra de su hijo.

—Deja eso, guapo, no juegues. ¿Con quién estás? ¿No estás con tu madre?

—No, señora, no le dejan.

—¿Que no le dejan? —dijo la señora sorprendida. Vee estaba algo inquieta, pues nunca podía adivinar las salidas de su hermano.

—Está enferma en el hospital. No le dejan viajar en tren, pues sería demasiado peligroso.

—¿Enferma? —dijo la señora, apartándose un poco de él y tapándose la boca con el pañuelo.

—Sí, la enfermedad del zorro. La cogió por culpa de una piel de zorro que solía llevar alrededor del cuello... bastante parecida a la suya.

La señora se separó de él, horrorizada, sin saber a ciencia cierta si estaba bromeando o no. Vee se llevó una mano a la cara para disimular su risa.

—Pero no es contagioso, señora.

—Eres un bocazas. Demasiado listo. Si yo fuera tu madre ya te iba a enseñar yo...

Wib no le hizo caso y se asomó al compartimento en que estaba sentada Joyce.

—Joyce, ¿puedo ir a dar una vuelta?

—No, quédate donde estás.

–Pero es que estoy harto.

–Cuenta los postes telegráficos. Dentro de unos minutos estaremos en el campo. Puedes mirar por la ventanilla.

Wib echó el aliento sobre el cristal y dibujó una cara con un dedo. En aquel momento escuchó el sonido de un bastón. Se volvió y vio al ciego de la estación, que caminaba hacia Vee. Wib estaba intrigado mientras le veía caminar por el pasillo. Había algo en su ceguera que le llamaba la atención. Era la forma que tenía de andar, sorteando la gente que estaba sentada en el suelo. Ni una sola vez pisó a nadie ni se dio ningún golpe.

–Ese ciego me mosquea, Vee, te lo aseguro.

Vee bostezó y sacó su *Beano* [\[16\]](#) para leer. Ni siquiera levantó los ojos.

–¡No me digas! Seguro que es un alemán.

–No lo tomes a broma. Podría serlo.

–Tranquilízate y lee tu *Dandy* [\[17\]](#)–dijo Vee–. Cuando termine el mío lo cambiamos.

Wib no leyó su *Dandy*, sino que se dedicó a mirar por la ventanilla del tren y a contar los postes telegráficos. En su intento de seguir con la mirada los cables, un poste tras otro, acabó mareándose un poco al cabo de un rato. La niña de los bucles cantaba y bailaba sobre la maleta de su madre. Los demás niños, los soldados y las enfermeras, hacía rato que habían acabado aburridos de la representación. Su madre, sin embargo, seguía tarareando animadamente mientras su hija cantaba.

–¡Vamos, Shirley, vamos! – exclamaba de vez en cuando.

De repente, la niña dejó de bailar y apretó sus rodillas. Su madre se asustó.

–¿Qué pasa, Shirley? ¿Por qué te paras? – La pobrecita Shirley se puso a llorar:

–El lavabo, mamá. Tengo que ir al lavabo.

–¡Ni hablar! Aún no has acabado la canción.

–¿Pero mamá, tengo que ir inmediatamente.

–¿Por qué?

–¡Porque me lo estoy haciendo...!

Se produjo una ligera conmoción con la revelación de Shirley. Un soldado la tomó inmediatamente y la pasó por encima de las cabezas de los otros niños a una dama de la W. V. S., que la llevó al lavabo situado al final del pasillo. Wib se partía de risa con los apuros de la rubia Shirley.

Decidió explorar un poco y descubrió un procedimiento ingenioso para recorrer el pasillo. Se dio cuenta de que, si gateaba con las manos y las rodillas, podía pasar por una especie de túnel que formaban los montones de maletas, paquetes y bolsas. Serpenteando con cuidado por entre los huecos más pequeños, se las arregló para llegar hasta el extremo del vagón.

Se incorporó para orientarse y se encaminó por el pasadizo de goma ondulada que unía los dos vagones. Vio en el suelo una caja de cerillas. Instintivamente la tomó y la agitó viendo con sorpresa que aún quedaban cerillas. Miró a su alrededor para ver si le observaba alguien y la metió rápidamente en la caja de los cromos.

A través de las ventanillas del tren, Wib se dio cuenta de que las calles oscuras, repletas de gente, empezaban a dar paso a campiñas verdes, las

más verdes que había visto en su vida. Durante un rato se entretuvo mirando absorto y con admiración aquellos enormes espacios abiertos. Al rato se dio cuenta de que no estaba solo. Vee se le había acercado y la miró con el rabillo del ojo.

—¡No hay gente, Vee, ni casas! Sólo césped. Montañas y montañas de hierba. ¡Más incluso que en el Parque Victoria!

—Así es el campo, tonto: hierba. Bueno, la mayor parte.

—Pero, no hay zonas para jugar. ¡Mira! ¡Un cerdo! — gritó Wib.

—Es una oveja -dijo Vee.

—Es un cerdo. ¡Mira! ¡Hay cientos!

—Son ovejas. Los cerdos no van en rebaños -Vee hablaba con firmeza-. De cualquier forma, los cerdos son de color rosado y no blancos. Las ovejas sí son blancas.

Una señora mayor escuchaba muy divertida su conversación.

—Son vacas, queridos.

—¿Vacas? — Vee y Wib enmudecieron asombrados. Se sentían realmente avergonzados de conocer tan poco el mundo en el que pronto iban a vivir.

En aquel momento el tren entró en un túnel y quedaron a oscuras.

—No sabía que estos trenes fueran bajo tierra.

Ambos miraban la negra pared del túnel mientras lo recorrían. Y de nuevo, a la luz del sol, las estaciones pasaban veloces a intervalos regulares. Pero era imposible leer sus nombres.

Las llanuras verdes se convirtieron pronto en laderas empinadas, moteadas

de animales que Wib y Vee no se arriesgaron a nombrar. A Wib le parecía que las casas estaban colgadas, casi columpiándose.

—Da la impresión de que las casas van a caer rodando por la ladera -dijo Wib.

Vee no le contestó. Había dejado de mirar por la ventana y había concentrado su atención en el pasillo.

—¡Mira ese hombre, Wib!

Wib siguió la mirada de ella y vio al ciego encorvado, en el que se había fijado anteriormente.

—¡Ya lo había visto antes! ¡Lo vi hace un siglo!

—¡Míralo ahora!

—Ya te dije que era un tipo raro, cuando lo vi en la estación.

—¿Ves tú lo mismo que yo?

Wib observó detenidamente al hombre, que estaba sentado en un rincón, lejos de los demás. Su bastón blanco descansaba entre sus rodillas. Wib se encogió de hombros.

—No sé, pero parece peligroso. No sé por qué.

—¡Pero si está leyendo! ¡Está leyendo un periódico!

Wib giró su cabeza. En efecto, aquel hombre se había quitado sus gafas oscuras de montura de acero y estaba leyendo con gran interés el *News Chronicle*. Al volver una hoja pareció darse cuenta de que le observaban los niños. Vee y Wib volvieron la cabeza, fingiendo que miraban por la ventanilla, pero su curiosidad se había apartado de las vacas y de las ovejas

y se había concentrado en el viejo Stooppy[18] con su bastón blanco. Un [ciego que no era tal.](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

9. Sesión de cine en el Palace

El tren disminuyó su velocidad casi hasta detenerse, al tiempo que Joyce tiró de ellos para hacerles volver a sus sitios. Un letrero junto a las vías decía *Silbar*, lo que animó a Wib a silbar unas cuantas notas de *El hombre del paraguas*.

El tren aceleró su marcha de nuevo y luego la redujo al entrar en una estación.

—¿Dónde estamos? — Wib fue el primero en preguntar, pero todos quedaron sorprendidos con la parada. Vee sacó la cabeza por la ventanilla y trató de leer el nombre de la estación. Al comenzar la guerra habían pintado de blanco el letrero, para engañar a los alemanes, pero hasta ahora sólo había servido para engañar a los propios ingleses. Sobre las letras se había depositado una capa de polvo y Vee consiguió averiguar el nombre, no sin dificultades.

—¿Dice Bath? — preguntó Wib.

—No. Es un nombre más largo... Patney y Churton.

—¿Patney y Churton? Nunca lo había oído.

En el andén, las damas de la W. V. S. y los empleados del ferrocarril conversaban con gran animación. Por todas las ventanillas asomaban las cabezas de los niños, que comentaban entre sí aguardando el desenlace. La señorita Duff subió al vagón y les notificó:

—Bueno, familia Harris, bajad y aguardad en el andén, por favor.

—¿Aquí es donde hemos sido evacuados, señorita Duff? — preguntó Vee.

—No. Tenemos que tomar otro tren. La mitad de nosotros cambiaremos la

línea de Devizes; los demás se van a Bath. – Wib nunca había oído hablar de Devizes, pero al menos no sonaba de forma tan rara como Bath.

Los niños se alinearon a lo largo del andén y agitaron sus manos despidiéndose de sus compañeros de viaje. Cuando el tren se perdió en la lejanía, se sentaron en sus maletas. Se veía ya otro tren, que estaba en vía muerta, acercándose hacia ellos ruidosamente. En aquel momento Wib volvió a ver el viejo Stoopy. No había descendido del tren por el lado del andén, sino por las vías del otro lado, y lo perseguían dos empleados del ferrocarril.

–¡Mira, Vee! ¡El viejo Stoopy! ¡Joyce, mira, es el ciego! – dijo Wib, al tiempo que aquel hombre subía al andén apoyándose en su bastón. Su abrigo se entreabrió, revelando el uniforme que llevaba debajo.

–¡Es un desertor!

–¿De quién hablas? – dijo Joyce, molesta por los golpes que su hermano le estaba dando en el costado.

Vee le contestó, pero Joyce no pudo oírla. El tren entró ruidosamente en la estación, mientras el *ciego* desaparecía a lo lejos, dejando a los empleados del ferrocarril en el andén.

Aquel tren no tenía tanto público, por lo que Vee y Wib pudieron conseguir asientos. Era una excelente oportunidad para descansar y dar buena cuenta de sus bocadillos de jamón, que los tres devoraron en un tiempo récord.

Empezaba a oscurecer cuando llegaron a Devizes. Media docena de sonrientes policías esperaban en la estación pero, al menos por ahora, ni rastro de una taza de té en señal de bienvenida. La señorita Duff los colocó de nuevo en filas impecables. El letrero de Devizes también lo habían pintado de blanco pero, aparte de esto, había pocos indicios de guerra en la pequeña estación rural. Por todas partes habían pegado esmeradamente atractivos carteles de propaganda. *Para el intestino, jarabe de California*, decía uno. *Si le huele el aliento, no puede sentirse a gusto*, decía otro que

hizo sonreír a Wib. En cambio, no le gustó nada el de *Pomada Sangre de Clarke: evita la gangrena*.

Alrededor de cincuenta niños y media docena de madres enfilaron la puerta blanca y, formando una procesión larga y desordenada, caminaron colina arriba, hacia el centro de la ciudad.

En la semioscuridad, los niños podían distinguir con bastante claridad, los viejos edificios campestres.

—Parece una cárcel vieja -dijo Wib a Vee al pasar ante un edificio grande que, a lo largo de su fachada, tenía un gran letrero que decía: «Almacén de cereales», pintado con grandes y desgastadas letras doradas. En lo alto de la colina estaba la Plaza del Mercado, y en el centro de ella había una atractiva fuente ornamental, no lejos de un antiguo monumento de aspecto feo.

La procesión recorrió la calle donde estaba el bar *El Pelicano* y siguió su camino ondulante, pasando por delante del *Salón de té* de Strong y de otro bar llamado *El cisne negro*.

—¡Está lleno de bares asquerosos! — dijo Wib.

—Podríamos tomar un trozo de tarta -dijo Vee en el momento en que pasaban ante una pastelería. Las palabras de Vee eran un poco optimistas, porque la extraña máquina de hacer tartas había dejado de utilizarse y se veía, cubierta de polvo, en el escaparate. Había un letrero que decía: *Lo sentimos, no hay tartas*. Otro decía: «*Blancanieves y los siete enanitos*, película que se proyecta en el Mission Hall, como contribución al Fondo de Ayuda de Evacuados organizado por el alcalde de Londres». Estas palabras levantaron un poco el ánimo.

—Eso se refiere a *nosotros* -dijo Vee, encantada de que los londinenses fuesen bien recibidos en aquella ciudad tan extraña.

—Al menos parece que les caemos bien -dijo Joyce.

—¿Quién les cae bien?

—Los londinenses. Lo digo por las cosas tan divertidas que cuenta la gente.

—¿Qué cosas?

—Eso de que a la gente del campo no le gusta la gente de Londres -dijo Vee.

—Bueno, no les queda más remedio que aceptarnos y aguantarnos; en caso contrario, me parece que nos volveremos a casa en el primer tren.

De pronto se detuvo la procesión, al tiempo que un policía, situado a la cabeza, hacía señas con las manos para que entraran en el cine *Palace*. Wib no podía creer tanta felicidad.

—¡Vamos al cine!

Los rostros de los niños, desencajados y cansados, se animaron ante la perspectiva de ir al cine. A la entrada, una cartelera anunciaba el programa que se estaba pasando: *Todo en el mar*, por Sandy Powell y Kay Walsh, seguida de *Gene Autrey, el vaquero cantante*.

Dentro, el pequeño cine se había transformado en un centro provisional de descanso. Había mesas en los pasillos, y mujeres elegantes que, con vestidos muy limpios, permanecían detrás de unas humeantes cacerolas de sopa. Los niños llenaron el interior poco iluminado y ellos mismos se fueron acomodando.

En la puerta delantera, un hombre alto y delgado, vestido con un traje gris arrugado, estaba subiendo al escenario, ayudado por dos policías. Llevaba un embudo de metal que se proponía utilizar como megáfono. Tosió ruidosamente para llamar la atención, pero los niños estaban charlando, colocando sus cajas con las caretas antigás o revisando sus preciadas pertenencias. La señorita Duff se dedicó a calmar a los ruidosos niños.

—¡Chis! ¡Callaos! ¡Este señor quiere hablaros!

El hombre del improvisado megáfono comenzó a hablar, de forma un tanto nerviosa:

–Esto... mi nombre es N. Fishpool.

Hubo algunas risitas[\[19\]](#), [pero el hombre continuó como si nada.](#)

–En mi calidad de secretario del Ayuntamiento de Devizes, deseo daros a todos la bienvenida a nuestra bonita ciudad, en nombre del Ayuntamiento, de la W. V. S. y del Comité de Recepción del señor Bozzard. Sé que habéis tenido un viaje agotador, dejando atrás... esto... seres queridos, etcétera, así que la señorita Edkins y sus eficientes ayudantes, aquí presentes, estarán encantados de daros sopa, pan y... *¡mantequilla!* -Hubo un murmullo de entusiasmo entre los evacuados ante este anuncio.

–¡Me atrevería a decir que es algo diferente a la margarina! – El señor Fishpool se rió de su propio chiste y le secundaron algunos niños.

–¡De acuerdo, pues! ¡No os entretendré más! ¡Estoy seguro de que estáis hambrientos!

–¿Dónde vamos a instalarnos, señor? – gritó uno.

Una mujer de aspecto rudo dijo con voz áspera desde la parte de atrás del cine:

–¿Dónde están nuestras casas?

El señor Fishpool era de esa clase de hombres que, aunque se incomodan fácilmente, nunca pierden su buena educación.

–Esto... luego les facilitaremos unas mantas. El señor Austin, el administrador de este cine, nos ha cedido amablemente *el Palace* para pasar

la noche. La señora Knapp-Jenkins, que es la persona encargada de encontrar alojamiento para los evacuados, les llevará mañana a sus nuevos domicilios.

Al oír esto, surgieron murmullos ruidosos y excitados de los niños.

—¿Podemos ver alguna película, señor? — dijo un chico con voz fuerte. El señor Fishpool lanzó una mirada nerviosa al señor Austin, quien movía sus brazos, indicando de forma muy clara un NO rotundo.

—Esto... me temo que no, niños.

—¿Por qué no?

—¡No fastidie!

—¡Ponga la película, hombre, no sea aguafiestas!

El barullo era realmente amenazador y el señor Fishpool murmuró algo en voz alta al señor Austin.

—¡Tienes que ponerles algo, Dennis!

El señor Austin aceptó de mala gana y se marchó en dirección a la sala de proyección. Hablaba consigo mismo, visiblemente irritado. Evacuados o no, una sesión gratis significaba que la próxima semana vendería cincuenta entradas menos.

Wib, Joyce y Vee durmieron muy bien esa noche. El viaje en tren les había cansado, pero la sopa caliente y la película gratuita les había entonado un poco, rematando magníficamente aquella tarde. Al principio resultaba difícil encontrarse cómodo, pero Vee y Joyce se acurrucaron una contra otra y se durmieron pronto. Wib se tumbó en el pasillo, cerca de los lavabos, de modo que le estuvieron pisoteando toda la noche.

A la mañana siguiente, la señorita Duff ayudó a la persona encargada de

encontrar alojamiento, la señorita Knapp-Jenkins, a preparar a los niños. Uno a uno los condujeron fuera, pasillo abajo, por la puerta que decía SALIDA.

La señorita Duff llamó a Wib, indicándole que saliera.

—¡William Harris, por favor!

—¡No, tengo que estar con mis hermanas! – Wib casi no podía hablar. No podía imaginarse que los separaran. Joyce tomó la palabra.

—¡Tenemos que estar juntos, señorita! Mamá me lo prometió.

La señorita Duff revisó su lista de nuevo e hizo un aparte con la encargada del alojamiento.

—¡Está bien, podéis ir juntos! – dijo la señorita Knapp-Jenkins-. Pero tendréis que hacer algún arreglo cuando lleguéis allí.

Los tres salieron del cine oscuro a la luz radiante de la Plaza del Mercado. Fuera esperaba un carro de cerveza, tirado por dos gigantescos caballos tordos. En un lateral del carro había un letrero que decía: *Cervecería Wadsworth. Las mejores cervezas.*

Ya había una docena de niños sentados encima. Un hombre muy alto, de pelo blanco y mejillas coloradas, ayudó a subir a los Harris. Sus manos y brazos parecían de acero.

—¡Ya están todos, señor Jobart! – dijo la encargada, al tiempo que él la ayudaba a subirse al asiento delantero.

—¡Arre, Mavis! ¡Arre, Martha!

Martha y Mavis obedecieron, y el carro de cerveza se alejó del bordillo de la acera.

Unas cuantas millas más allá de Devizes, el carro se paró junto a una puerta de barrotes de hierro. Sobre ella había un letrero: *Granja Torney End. Los intrusos serán denunciados*. Wib pensó que no era un buen recibimiento.

—¿John e Irene Kennedy? — preguntó la señora Knapp-Jenkins. Dos niños que estaban en la parte de atrás, alzaron tímidamente sus manos.

—Bajad, queridos. Os vais a alojar en Torney End.

Los niños retiraron sus bolsas y desaparecieron por el camino de acceso con la señora Knapp-Jenkins.

—¿Qué significa *alojar*, Joyce? — preguntó Wib.

—Es algo relativo al sitio en que uno se va a quedar -contestó Joyce imaginándoselo.

—¿Por qué no hablan inglés corriente en tiempo de guerra? — refunfuñó Wib.

El carro de cerveza continuó su camino y el sol iluminaba cálidamente sus rostros, mientras los niños eran distribuidos, uno a uno, en diferentes granjas.

Dada su situación en lo alto del carro, Wib podía ver por encima de los setos. Vio ovejas y vacas en todos los cercados. Como había supuesto, no había callejuelas, pero tuvo que admitir que parecía haber un sinnúmero de sitios interesantes para jugar: escondrijos, barrancos, matorrales, graneros derruidos que ofrecían amplias posibilidades de aventuras infantiles. Entonces fue cuando se llevó la mayor sorpresa. El carro de cerveza pasó sobre un puente en forma de arco, que dejaba ver una red de compuertas y canales.

—¡Mirad! ¡Canales! Compuertas como en Hackney, sólo que muchas más. ¡Hay docenas! ¡Mirad!

—¡Oh! Ese es el canal Kennet y Avon, hijo -aclaró el señor Jobart con su

acento ronco de Wiltshire. Wib estaba tan excitado que casi se cayó del carro al dar éste un brusco viraje para enfilarse un camino estrecho.

—Mira eso, Joyce. ¿Qué es?

Vee señalaba a un extraño monumento de piedra adosado a la esquina. Sobre él había la estatua de un hombre con un solo brazo, que parecía mirarles mientras pasaban. Una vez más, el guía, el señor Jobart, contestó con su característico acento con el que, más que hablar, parecía croar:

—Fue un hombre muy importante en este pueblo hace dos siglos. Se llamaba Sir Percival Squill. Dijo que daría su brazo derecho a cambio de una buena carretera para el pueblo. En aquella época todo el mundo tenía que recorrer varias millas, a través de esa gran colina, para llegar a él. El caso es que el Ayuntamiento construyó esta carretera hace unos cincuenta años y una noche, de repente, se cayó el brazo derecho de la estatua. «Algún bromista», opinó la policía. Pero los vecinos cuentan que el viejo Squill anduvo merodeando por aquí.

La señora Knapp-Jenkins observó una ligera expresión de preocupación en las caras de los londinenses y se rió con ganas.

—No hagáis caso del señor Jobart. ¡Sabe demasiadas historias! Viejos cuentos de bebedores de cerveza. ¡Bueno, ya estamos en Pottley!

El carro se detuvo ante un viejo abrevadero de piedra y Martha y Mavis zambulleron sus fauces en el agua.

Pottley era un pueblo muy pequeño, con una calle muy recta a la que vagamente se la podría considerar como la calle principal, salpicada de pequeñas tiendas pasadas de moda. Más arriba, en la cima de una pequeña colina, estaba la iglesia y, frente a ellos, la pequeña escuela.

Un hombre de cara redonda salió de la oficina de correos, que estaba en la esquina. Tenía el estómago que corresponde a un gran bebedor de cerveza, sujeto por un grueso cinturón de cuero. Las piernas arqueadas, lo que no era

de extrañar, dado el peso de su voluminoso cuerpo. Avanzó hacia el carro y saludó respetuosamente a la señora Knapp-Jenkins quitándose el sombrero.

—¡Hola, señora Napkins!

La señora Knapp-Jenkins lanzó una mirada desaprobadora ante la mala pronunciación de su apellido y se apresuró a corregirle:

—¡Knapp-Jenkins!

—¡Oh, sí, sí! ¡Bueno! Han llegado todos bien, ¿no?

—Buenos días, Bixey. Estos son sus nuevos huéspedes.

—¿Tres, señora? —dijo el viejo Bixey—. Creía que la señorita Doughbridge esperaba sólo dos.

—Habíamos hablado de dos hermanos en un sitio y dos en otro, pero el cuarto niño está en el hospital. Así que quizá puedan alojar aquí a estos tres. Parece absurdo separarlos.

«Muy cierto», pensó Wib. Para él, más que absurdo era imposible. En cualquier circunstancia estaba muy apegado a Joyce y a Vee.

—Con la señora Bixey no habrá problemas y conmigo tampoco, por supuesto. Pero tendré que preguntar primero a la señorita Doughbridge, señora.

Se adelantó para estrechar la mano de Joyce. Sus manos eran abultadas, y duras como el cuero viejo expuesto al sol. Eran manos de granjero, acostumbradas a trabajar duro.

—Bienvenida a Pottley -dijo.

—¡Gracias! —contestó Joyce, retirando rápidamente su mano de la nudosa del granjero.

—Me llamo Joyce Harris. Esta es Verónica y éste William.

Vee y Wib se miraron sorprendidos. Nadie los había llamado nunca por sus nombres verdaderos y, por supuesto, tampoco Joyce. Saludaron con un gesto al señor Bixey.

—¡Adiós! —dijo la señora Knapp-Jenkins.

—¡Cuidado con el viejo Squill el manco -gritó el señor Jobart-. Según dicen, su caballo viene a beber a este abrevadero. ¡Ja! ¡Ja!

La cara se le puso aún más roja mientras reía y tuvo que agarrarse con fuerza para mantener el equilibrio.

El señor Bixey retiró los bultos de los niños y echó a andar por el camino que había entre la escuela y la oficina de correos.

—Una escuela pequeña, Joyce -dijo Wib.

—Este es un pueblo pequeño -contestó rápidamente Vee, cosa que, por otra parte, era obvia.

—¿Os gusta el campo, muchachos? —dijo el señor Bixey, rompiendo el hielo.

—Todavía no lo conocemos; nunca habíamos estado antes -replicó Wib de forma brusca.

—¿Dónde está exactamente este lugar, señor Bixey? — Vee estaba decidida a ser educada.

—El pueblo se llama Pottley y vosotros vais a vivir en nuestra granja o, mejor dicho, en la granja de la señorita Doughbridge.

A Wib no le agradó el nombre de la señorita Doughbridge. Se parecía al de

uno de los profesores de la escuela, el viejo Drawbridge.

—¿Estamos muy lejos de Londres? — preguntó Vee.

El señor Bixey rió con ganas:

—¡Oh! ¡Os lo debía haber dicho! Esto es Wiltshire y estamos a un centenar largo de millas de Londres. ¡Gracias a Dios!

Wib silbó. ¡Cien millas! Parecía que estaban al otro extremo del mundo. Justamente entonces, el señor Bixey se detuvo ante un gran charco que cruzaba el camino de lado a lado. Desde luego era el charco más grande que habían visto en su vida. El señor Bixey lo atravesó con sus *botas Wellington*^[20]. *Los tres niños se quedaron parados, contemplando el charco. No había forma de que pudieran cruzarlo con sus zapatos de lona.*

—¡Está bien, quedaos donde estáis, jovencitos! — El señor Bixey retrocedió y, uno a uno, les ayudó a cruzar hasta la parte seca. Diez metros más adelante, se detuvo de nuevo.

—¡Bueno! Ya hemos llegado, muchachos. ¡Estamos en vuestra casa!

Los tres niños descubrieron, más allá de la puerta, un enorme caserón cubierto con preciosas flores amarillas. A un lado de la entrada había un camino que llevaba a la casa de labor, pequeña, de fachada blanca y tejado de paja. Todo les extrañaba. Nunca en su vida habían visto antes espacios abiertos, ovejas, vacas o cerdos. No había en los alrededores nada ni nadie conocido por ellos. Estaban a más de cien millas de Londres, y en un mundo muy diferente al del número 8 de la calle Paxton. Y aquel hombre, el señor Bixey, encima decía que aquella era «su casa». Les lizo sentirse extraños.

10. La Granja Butt

El señor Bixey les hizo señas para que le siguieran por la entrada de coches de aquella casa que parecía tan grande. En el muro delantero había colgado un letrero muy visible y Vee dio un codazo a Joyce para que lo leyera. Decía: *Este camino lleva a la CASA BUTT. Este otro (y había una flecha indicadora) a la GRANJA BUTT. Terminantemente prohibida la entrada a las personas no autorizadas. Propietaria: Señorita M. Doughbridge.* Quienquiera que fuese la vieja Doughbridge -pensó Wib- no derrochaba cortesía. Y, por supuesto, no le agradaban las visitas.

El señor Bixey llamó a la puerta de la casa. Joyce se dio cuenta de que frotaba nerviosamente sus botas altas contra la parte trasera de su pantalón de pana y se pasaba los dedos por su escaso pelo rubio, en un vano intento de adecentarse un poco. Era inútil que se preocupara: sus facciones irregulares y regordetas le daban permanentemente un aspecto desaliñado. Pero había tanta amabilidad en su sonrisa, que los tranquilizó. Los tres niños miraban a su alrededor mientras esperaban que abrieran la puerta. Todo estaba maravillosamente cuidado. El césped era resplandeciente, se veían macizos con hermosas flores y limpias paredes por las que trepaban plantas según unas direcciones bien trazadas.

El señor Bixey volvió a llamar a la puerta. Esta se abrió lentamente, pero no mucho. Él se colocó de costado, acercándose a la puerta, y susurró algo a alguien que estaba dentro. Joyce forzó la mirada tratando de ver un poco mejor, pero todo cuanto consiguió ver fue una figura borrosa.

—Esto..., perdón, señorita Liggerty, pero ¿sería tan amable de decirle a la señorita Doughbridge que los evacuados están ya aquí y que son más de los que esperábamos? Hay uno más, un muchacho... La señora Bixey, como usted sabe, sólo preparó dos camas.

—¡Tendrá que prepararla para esta noche! Ya lo hablaremos más tarde. Ahora la señorita Doughbridge está descansando.

—¡Sí, señorita! — el señor Bixey volvió a ponerse respetuosamente la gorra y la figura de la señorita Liggerty se desvaneció en la oscuridad. Cerró la puerta con un golpe suave y seco.

—¡Qué señora más divertida! — murmuró Vee al oído de Joyce, que estaba pensando lo mismo. El señor Bixey se ajustó los pantalones de pana, apretándose más el ancho cinturón de cuero.

—Bueno, voy a presentaros a Fay, la señora Bixey. ¡Por aquí!

Los tres niños le siguieron y se alejaron de la puerta en dirección al corral que, a diferencia de la casa, estaba lleno de barro y muy descuidado. Wib se volvió a mirar la casa y observó una figura extraña en una ventana del piso de arriba. Tenía la cara pálida y descolorida y los cabellos grises. ¿Sería la señorita Doughbridge? Fuera quien fuese él o ella, corrió rápidamente la cortina de encaje al darse cuenta de que Wib estaba mirando.

Las gallinas cacareaban y se alejaban alborotadas del camino, al tiempo que Joyce y Vee pisaban fuerte sobre el suelo embarrado del corral. Vee se acercó para mirar con más detenimiento las aves. Había visto películas de gallinas, pero nunca había visto antes una al natural. Excepto en Navidades, claro. Pero ésta que estaba mirando era diferente. Estaba viva, movía sus patas y no paraba de moverse delante de Vee, girando constantemente su cabeza en todas direcciones, aunque sin quitar sus ojos de ella en ningún momento.

Wib, que no miraba por dónde iba, pisó una moñiga de vaca. Miró la porquería verdosa en sus zapatos de lona.

—¡Esta vez sí que lo he pisado, Joyce!

Joyce y Vee hicieron un gesto típico con la nariz. Abriendo la puerta de

acceso a la granja, cuyo frente estaba pintado de blanco, el señor Bixey extendió su brazo en señal de bienvenida. Un perro grande y negro salió hasta ellos y empezó a lamer a su dueño.

—¡Quieto, Jip! ¡Sé bueno! Ya sé que te alegra verme, pero tenemos visita. ¡Fay! ¿Estás ahí, mujer? ¡Han llegado nuestros pequeños huéspedes!

El señor Bixey se volvió hacia los niños.

—¡Venga, vamos dentro! No tengáis miedo, que Jip no muerde.

—No nos dan miedo los perros, señor. Tenemos uno como éste en nuestra casa de Londres. Bueno, lo teníamos pero se perdió.

—Eso está bien. No dudo que haréis buenas migas con Jip el tiempo que estéis aquí.

Entraron los cuatro en el pequeño vestíbulo. Joyce sonrió a Vee, no por alguna razón especial, sino porque nada más entrar tuvo la sensación de que se trataba de una casa agradable. Era confortable, acogedora, con un fuego vivo en la sala y el maravilloso olor a pan casero que se esparcía por toda la casa.

El señor Bixey llamó otra vez a su mujer.

—¡Fay! ¿Dónde diablos se ha metido esta mujer? ¡Fay, han llegado nuestros visitantes! ¡Ah, estás ahí!

En lo alto de las estrechas escaleras apareció una mujer baja, muy baja -no era más alta que Vee- y fuerte, casi tan ancha como alta. Sus mejillas de campesina, grandes y rosadas, resplandecían a pesar de la distancia que había hasta lo alto de la escalera. Soltó el trapo que llevaba y corrió escaleras abajo para saludarles.

—¡Bueno, encantada de veros! He estado haciendo las camas. Espero que os guste vuestro cuarto; no es muy grande, pero sí bonito y cómodo. El fuego

está encendido desde hace una hora, así que las camas estarán bien aireadas y secas.

Hablaba de forma un tanto atropellada, porque probablemente estaba más nerviosa ante los chicos que éstos ante ella. Parecía también respirar con dificultad, como le ocurre a menudo a la gente rechoncha. De pronto vio a Wib, que había estado oculto por el reloj de la pared.

—¡Wilf, son tres! Creía que la señorita Knapp -o como se llame- había hablado sólo de dos.

Joyce tomó la palabra.

—Es nuestro hermano, señora. En principio lo iban a dejar con nuestro otro hermano, Freddy, pero éste fue alcanzado por la explosión de una bomba y sus oídos quedaron dañados, por lo que tuvieron que llevarlo al hospital y nos marchamos sin él, así que Wib está solo y no queremos dejarle.

Joyce respiró profundamente al terminar su larga explicación. Wib sonrió a la mujer, en un intento de conquistarla. No estaba seguro de si debía confiar en ella, pero tampoco se hacía a la idea de que lo separaran de Vee y Joyce.

El dormitorio de las niñas era muy pequeño, pero tenía una chimenea en una de las paredes y el fuego despedía un resplandor que hacía que la habitación pareciera y se sintiera muy acogedora. Había contra la pared un armario que hacía juego con las camas, y un aparador viejo con un jarrón de porcelana y una palangana encima. Las paredes estaban empapeladas con un dibujo claro y se veía un cuadro de colores, de una niña acariciando a un perro San Bernardo, con tres ángeles mirando por encima de sus hombros.

—Debíais deshacer vuestro equipaje -dijo la señora Bixey-, y colgar la ropa en el armario.

—No hemos traído mucho, señora Bixey -dijo Joyce-. Con el bombardeo hemos perdido toda nuestra ropa.

–Ni siquiera es nuestra la que llevamos puesta -añadió rápidamente Vee-. Nos dieron estos trapos en el centro asistencial.

–Bueno, quizá tengamos algunas cosas con las que os podáis apañar -dijo la señora Bixey.

Sacó una maleta de debajo de la cama y sacó un montón de vestidos realmente pasados de moda.

–¡Oh! ¡Eso nos vendrá muy bien! – dijo Joyce. Pero Vee frunció el ceño, como de costumbre, a espaldas de la señora Bixey.

–Tendré que preparar una cama en el suelo para el chico. Espero que no te importe, muchacho.

–Desde luego que no le importará, señora Bixey -contestó Joyce antes de que Wib pudiera dar su opinión.

–Y ahora -dijo la señora Bixey-, supongo que querréis cenar. ¿Os gusta la carne rebozada?

Aquello sonaba deliciosamente y lo era. Además, las salchichas caseras de la señora Bixey eran la cosa más sabrosa que habían tomado en su vida; en cuanto al *pudding*, la verdad es que realmente se deshacía en la boca, como decían los anuncios. Wib se frotó el estómago lleno y miró al señor Bixey. Se preguntaba si al final de su estancia allí, tendría una panza tan grande como la del granjero. La verdad es que se había atiborrado de pan casero.

La señora Bixey sacó todavía otra fuente del horno de la negra cocina de hierro:

–¿Tarta de fruta? Yo creo que todavía os cabe un trozo.

Joyce sonrió:

–Pensé que la comida estaba racionada, señora Bixey.

—¡Ah, bueno! En tiempos de racionamiento la gente del campo se defiende mejor. Mira: salvo un par de cosillas, todo es para nosotros.

Joyce miró hacia la enorme tarta de fruta y, después, a una fuente llena de natillas calientes. La señora Bixey le dio a Vee una cuchara de madera.

—¿Quieres revolverla, querida? No dejes que se apelmace.

El señor Bixey se echó hacia atrás en su silla y encendió su pipa.

—Yo no quiero tarta, querida. Estoy que reviento.

—¡Y que lo diga! —dijo Wib.

—Mi Fay es la mejor cocinera de Pottley, así que habéis tenido suerte en venir aquí, jovencitos.

Los tres sonrieron sólo de pensarlo. Wib tenía que hacerle muchas preguntas al señor Bixey sobre Pottley, pero sus intenciones se esfumaron con el ruido de una campanilla que, sobre la chimenea, empezó a sonar. El señor Bixey se levantó rápidamente y se acercó al fogón de la cocina para vaciar su pipa. Los ojos de Joyce siguieron el cable que hacía funcionar la campanilla. Recorría el techo, salía a través de la puerta y cruzaba el jardín.

—La señorita Doughbridge me espera -dijo Bixey poniéndose su chaqueta- ¡A ver si os coméis todo! ¡Cuando vuelva no quiero ver nada en esos platos! ¿Me oís?

Cruzó la puerta, peinándose con los dedos mientras salía.

—¿Pero quién es la señorita Doughbridge, señora Bixey? —preguntó Vee.

—Es nuestra ama. La dueña de esta granja y de otras dos más.

—¿Y de los animales también?

—De los animales, la tierra, los tractores; de todo. Y de nosotros -dijo con una risita ahogada-. La señorita Doughbridge es una mujer muy rica.

—¿Y quién es la señorita Lig... Liggy? — preguntó Joyce.

—Liggerty. Es la señorita de compañía de la señorita Doughbridge; más o menos, la que cuida de ella, ¿sabes? Tuvo un accidente, fue atropellada por un tractor en la calle principal. Fue algo terrible. Intervinieron los tribunales y todo. Nunca recuperó la pierna.

Vee y Wib estallaron en risas. Joyce se avergonzó de ellos.

—¡Chis! ¡No seáis brutos!

Pero la señora Bixey también había visto el lado gracioso del asunto.

—Me refiero a que nunca recuperó el funcionamiento normal de la pierna. Si algo sale mal, su pierna se resiente y, cuando eso pasa, bueno...

La señora Bixey levantó las manos e hizo un gesto como indicando que se hundía el techo.

—¿Quiere que le ayudemos a retirar esto, señora Bixey? — dijo Joyce.

—No, cariño. Os sugiero que deis una pequeña vuelta para conocer estos caminos. ¿Por qué no dais un paseo hasta el pueblo? Podéis cortar por el campo, por Oven Bottom.

Wib casi volcó la silla en su impaciencia por salir. Le siguieron Vee y Joyce. Ninguno tenía ni idea de lo que era ni dónde estaba Oven Bottom, pero sonaba demasiado bien como para perderselo.

—¡Adiós, señora Bixey, hasta luego!

—¡Tened cuidado y no tardéis mucho!

—¡No, se lo prometemos!

Los tres niños corrieron al corral y entraron en el primer granero. Su interior estaba a oscuras y olía a vacas y a otra cosa que Wib, una vez más, pisó accidentalmente. Allí había pocilgas de cemento, con un extraño armatoste de tuberías, y escaleras de madera que conducían a desvanes oscuros y secretos. Wib subió sin parar por la escalera más cercana y bajó incluso con más rapidez, saltando sobre una pila de heno que amortiguó su caída.

Joyce abrió otra puerta, que mostró ante su vista un largo gallinero. Las gallinas cacarearon al entrar la intrusa y la miraron con cierto aire de superioridad, como pidiendo que no se metiera donde no le importaba.

—¡Mira, Joyce! — dijo Vee mostrando lo que una de las gallinas había dejado tras de sí- ¡Huevos de verdad!

La puerta vieja del fondo del corral no ofreció dificultades para Wib, que saltó por encima de ella. Joyce y Vee la traspasaron de forma más elegante. El campo era el mayor espacio abierto que habían visto en su vida y bajaron corriendo por un pequeño talud, con todas las fuerzas de sus piernas. Joyce gritó cuantas tonterías se le ocurrieron, hasta que se quedó ronca. Wib cantó *El hombre del paraguas* más fuerte que nunca lo había hecho, sin que nadie le mandara callar. Vee se sentía muy valiente e invitaba a las ovejas a estrechar su mano. Naturalmente, la mayor parte declinaron la invitación.

Oven Bottom era una pequeña loma que había en la parte más lejana del campo y, sobre un muro de piedra había un canalillo estrecho pero muy profundo que atravesaba el campo, serpenteando, y llegaba hasta la puerta trasera de la oficina de correos. El canalillo fue rápidamente rebautizado por Vee con el nombre de «*Garganta de Cheddar*»; éste sería su atajo para ir a la escuela.

En la dehesa vallada que había detrás de la oficina de correos había un caballo viejo a quien Wib bautizó con el nombre de *Campeón*, en recuerdo

del mejor amigo de Gene Autrey[21]. Si alguna vez existió un caballo nada parecido al de la estrella de cine, ese era este triste ejemplar.

Bajaron corriendo por el camino empedrado que había entre la oficina de Correos de Pottley y el patio de la funeraria y se encontraron en la calle principal. Un hombre que iba en bicicleta les saludó con la mano cuando salían el camino.

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas! – dijeron los tres londinenses como si le conocieran de toda la vida. Pasaron junto al monumento conmemorativo de la guerra y el abrevadero de piedra para los caballos y allí, frente a la iglesia de Santa María, estaba su nueva escuela.

—Es demasiado pequeña, Joyce. No caben más de veinte niños -dijo Wib.

—Pero es bonita, muy bonita. – Vee empezaba a sentirse a gusto en Pottley.

—Una escuela nunca puede ser bonita -replicó Wib.

Recorrieron rápidamente el resto de la calle, examinando las tiendas: la peluquería de Spicer; la herrería de Bootwick, cuyo letrero había sido borrado y habían puesto en su lugar *Reparación de motores Bootwick*; la ferretería de Belcher; la tienda de ultramarinos Noblock; la peluquería de señoras *Madame Sonia*; la hostería *La Campana* ; el bar *Jorge y el Dragón*; el *Mission Hall*, centro del *Ejército de Salvación*[22]; *había incluso una tienda llamada Perrymead que vendía alimento para animales, fuese lo que fuese lo que eso significaba.*

—¡Corred hacia el abrevadero! – dijo Joyce, sacando una buena ventaja de cinco metros a los otros dos. En uno de los laterales del abrevadero había una inscripción esculpida, que decía: *Donada por suscripción pública a los*

caballos sedientos del pueblo de Pottley y Little Echilton. Wib, que ni era un caballo, ni siquiera tenía sed, ahuecó sin embargo una de sus manos y bebió agua. Sorprendentemente sabía muy bien.

Siguieron corriendo por el camino de Urchley abajo, pasaron la casa con tejado de paja, las casas de campo de Great Western, la granja Frogshitch y llegaron al camino de Butt. Esta vez corrieron por lo alto del talud para evitar los enormes charcos del camino.

De vuelta a la granja Butt, las gallinas se alejaron prudentemente del sendero que seguían los nuevos inquilinos. Dentro, el señor y la señora Bixey estaban sentados a la mesa, bebiendo té y comiendo pastas a dos carrillos. La ligera sonrisa del señor Bixey no era demasiado convincente cuando entraron en tropel en la pequeña cocina.

—¡Hola, muchachos! ¿Qué tal la visita a nuestro pueblo?

—Hemos llegado hasta la tienda de reparación de motores.

—¡No está mal! No queda mucho por ver más allá de eso; sólo la granja Castleton -dijo el señor Bixey que removía su té con la cucharilla y formaba una nube de humo con su pipa. Carraspeó su garganta como se suele hacer cuando hay que decir algo que resulta difícil.

—He... esto... he hablado con la señorita Doughbridge y cree que es mejor que el chico duerma allí. — Señaló en dirección a la casa.

—¿Esta noche? — preguntó Joyce.

—No. Todo el tiempo que estéis en Pottley.

—¿Y cuánto tiempo será?

—Jovencito, eso sólo lo sabe el señor Churchill[\[23\]](#).

–Pero yo prefiero quedarme con Joyce y Vee.

–Es que parece que a la señorita Doughbridge no le hace mucha gracia que os metáis los tres en el mismo cuarto, teniendo además ella tantas habitaciones vacías. Así que le ha dicho a la señorita Liggerty que te prepare la cama.

Wib bajó la vista al suelo. Sólo había estado una hora en casa de los Bixey, pero ya la consideraba como su propia casa. Se respiraba en ella un ambiente acogedor, mientras que la casa de la señorita Doughbridge parecía siniestra y fría. Y, por encima de todo, estaba la cocina de la señora Bixey.

–¿Vendré a comer aquí, señora?

–No lo sé, cariño -replicó la señora Bixey-. Eso lo decidirá la señorita Doughbridge.

–Es mejor que vayas retirando tus cosas, jovencito. Te llevaré en seguida.

–No estamos muy lejos, Wib -Joyce intentó consolarle pues estaba a punto de llorar.

–¡Mamá te dijo que estuviéramos juntos y ahora quieres que nos separemos!

–¡Pero si sólo es cruzar el patio de la granja!

Esto era demasiado para Wib, que subió como un rayo la estrecha escalera de madera en dirección al dormitorio. Vee, Joyce y la señora Bixey se miraron en silencio, mientras el señor Bixey jugaba con las llaves que llevaba en el bolsillo. Wib volvió con la funda de almohada y su abrigo al brazo.

–Nos veremos mañana por la mañana, Wib -dijo Joyce. Pero Wib ni le contestó. La señora Bixey le ofreció, con ánimo de consolarle, un plato de

pastas.

—¿Quieres una pasta?

—¡No quiero sus malditas pastas, puede tirarlas! — Wib dio un manotazo al plato, que salió volando por el aire lejos del alcance de la señora Bixey, desperdigándose las pastas en todas direcciones. El señor Bixey puso su fuerte mano sobre el hombro de Wib y le condujo hacia la puerta.

—¡Bueno, chico, vámonos! ¡Nada de lágrimas, que ya eres mayorcito!

Wib y el señor Bixey caminaron cruzando el patio, pasaron ante la vieja bomba de hierro de agua y subieron el sendero que conducía a la puerta de la casa Butt. Eran sólo diez metros, pero al pobre Wibb le parecieron kilómetros.

OceanofPDF.com

11. Ojos de Rana y Doreen Noblock

Lo primero que advirtió Wib en la señorita Liggerty fue que llevaba unas gafas con montura de acero, que agrandaban sus ojos hasta un tamaño doble del de una persona normal, de forma que sobresalían como dos caracolas marinas.

Hablaba arrastrando lentamente las palabras, lo que indicaba alguna dificultad en su boca, y se inclinaba ligeramente hacia la izquierda haciendo parecer un tanto fláccida su cara.

—Haz el favor de venir conmigo.

Wib obedeció, siguiéndola hacia la enorme y lustrosa escalera de madera, que olía a cera y a gato. En el recorrido hacia arriba había profusión de cuadros con escenas religiosas, que le recordaron a Wib la catequesis dominical.

En la parte superior de la escalera pudo distinguir un frágil figura, cuya silueta se recortaba contra la luz de la lámpara de gas. Pero no pudo ver ninguna cara. De hecho, durante un segundo pensó que no la tenía, pero rápidamente desechó esa idea que le asustaba. De la penumbra surgió una mano blanca y pálida y un dedo largo y huesudo que le señalaba el camino hacia un estrecho pasillo. La señorita Liggerty tomó una de las manos de la anciana y la ayudó a caminar. Con la otra mano se apoyaba en un bastón y caminaba lentamente, arrastrando su pierna derecha. Wib estaba seguro de que se trataba de la vieja Doughbridge.

Liggerty encendió el mechero de gas de la habitación de Wib y su resplandor amarillo iluminó el rostro blanco de la señorita Doughbridge. Llevaba empolvada la cara y, salvo la marca de la barra de labios, sus rasgos se distinguían con dificultad.

Wib, completamente aterrorizado, se quedó quieto bajo el dintel de la

puerta, temeroso de verse en la misma habitación con aquellas dos mujeres tan extrañas.

—¿No tienes nombre? — dijo la señorita Doughbridge en un tono arrogante que evidenciaba una clase elevada. Wib asintió pero no dijo nada.

—¿Has perdido la lengua, niño?

Wib negó con la cabeza.

—Venga entonces, debes tener un nombre.

Wib tragó saliva para aclarar sus cuerdas vocales.

—Wib.

—¿Wib? — inquirió la señora de la cara flácida y los ojos saltones.

—Es el diminutivo de William.

—El diminutivo de William es Bill.

—No, mi padre es Bill, por eso a mí me llaman Wib.

—No me gustan los mote -interrumpió la señorita Doughbridge-. A uno le dan un nombre cristiano y lo que se da en nombre de Jesús hay que conservarlo. Bien, William, ésta es tu habitación. En esa jarra tienes agua para que te des un buen lavado, y luego te aconsejo que te vayas a la cama. La señorita Liggerty te despertará por la mañana para el desayuno.

—¿No puedo desayunar con mis hermanas, señora?

—No. La señorita Liggerty se ocupará de ti a partir de ahora. La señora Bixey ya tiene bastante con dos niñas. Ahora, una vez que te arrodilles y reces tus oraciones, te puedes ir a la cama. Vamos, niño, arrodíllate.

Wib se arrodilló y juntó sus manos. Levantó la vista hacia la señorita Doughbridge y la señorita Liggerty, que aguardaban a que empezara.

—Es que... No sé ninguna oración, señoras. En Hackney no nos enseñaron. No me sé ni una línea de memoria.

La señorita Doughbridge juntó las manos y cerró los ojos:

«¡Señor! Protégenos esta noche, libres de todo mal. Que los ángeles nos guarden mientras dormimos hasta que vuelva la luz de la mañana. Amén.»

«Amén» -dijo Wib débilmente. Era todo lo que sabía.

—Mañana te lo escribirá la señorita Liggerty para que te lo aprendas de memoria. Buenas noches, William, apaga el gas antes de dormirte.

La puerta se cerró tras las dos mujeres, que se alejaron por el pasillo. Wib se encaramó a la cama de bronce y acercó su funda de almohada. Palpó su caja de cromos a través de la delgada tela. Ese fue su único consuelo mientras miraba la siseante llama de la lámpara de gas. No tenía prisa por apagarla. El estar en aquella habitación fría e imponente era el pensamiento más angustioso que se le ocurría. Observó uno de los cuadros religiosos que había en la pared. Representaba un grupo de niños vestidos de ángeles y, debajo, un letrero decía: *Sufrid un poco, niños*.

Wib pensó que él estaba, sin duda, sufriendo. Pero, para disgusto suyo, el blando colchón de plumas era muy confortable y se durmió en seguida.

A la mañana siguiente, cuando los niños se dirigían por la *Garganta de Cheddar* camino de la escuela, Vee enumeró cada una de las cosas que ella y Joyce habían tomado para desayunar:

—...luego tomamos tostadas con mermelada y trozos de fruta.

—¿Dos huevos? — preguntó Wib a Vee una vez más-. Su voz sonó un poco incrédula, con cierto deje de envidia.

–Así es -confirmó Vee.

–¿Cada una?

–Cada una, y una tetera para nosotras.

Wib no oyó con mucho gusto estas noticias. A él le habían dado un plato de gachas apelmazadas y una taza de té que, cuando se la tomó, ya estaba frío. La vieja «ojos saltones» Liggerty no parecía ser ciertamente una buena cocinera y, en cuanto a la vieja Doughbridge, nunca parecía comer nada.

En la calleja que había al lado de la oficina de correos, Vee se detuvo brevemente para acariciar a Campeón, mientras que la atención de Wib se centraba en las tapas de ataúdes alineadas en el patio de la funeraria.

–¡Vamos, vosotros! – dijo Joyce-. No vayamos a llegar tarde el primer día.

Joyce abrió la puerta metálica que conducía al patio de juego de la escuela. Esta era muy parecida a la de la calle Paxton. Más pequeña por supuesto, pero, en cierto sentido, resultaba más familiar. Había un cobertizo exterior de forma cuadrada, donde estaban los lavabos y una fuente metálica con una taza de acero sujeta por una cadena. Incluso los juegos parecían los mismos; un grupo de niños jugaba al *Warney-Echo* contra la barandilla (sólo que aquí lo llamaban el *Burro*)[\[24\]](#). Se jugaba también al *Hop-Scotch*[\[25\]](#), al *Five-stones*[\[26\]](#), a la *Comba*, al *British-bulldog*[\[27\]](#), al *Stickey-Toffee*[\[28\]](#) y, con gran contento de Wib, también se jugaba a los cromos.

Los niños de la localidad miraron con suspicacia a los londinenses a medida que éstos se acercaban. Una chica rellenita, de cara redonda, se acercó a ellos. Sus gruesos y carnosos muslos se bamboleaban al andar

como si fueran de gelatina. Su pelo rubio, casi blanco, lo tenía encrespado, tal como lo llevaba Pausy Potter en el *Beano* [\[29\]](#).

—¡Hola *Zapatillas*! ¿Sois de Londres?

—Sí -dijo Joyce-. ¿Puedes decirme dónde podemos encontrar a la señora Godball?

—Está allí, en la puerta que hay pasado el cobertizo de las bicicletas, pero no puedes entrar hasta que suene la campana.

—Ya -dijo Joyce-. Iré de todas formas. Vee, tú quédate aquí.

La chica de pelo encrespado se volvió a Vee, botando una pelota de tenis mientras hablaba.

—¿Evacuados?

—Sí, eso es.

—Sois de Londres, ¿no?

—Sí, de Hackney.

—¡Ah! Eso me había figurado por tu acento, que resulta gracioso.

Vee pensó que aquello era un tanto descarado por su parte, teniendo en cuenta su típico acento gangoso de Wiltshire.

—¿Quieres jugar conmigo?

—De acuerdo -dijo Vee, encantada de haber encontrado una amiga. La chica dijo que se llamaba Doreen Noblock y que su padre era el dueño de la tienda de ultramarinos.

Wib se fue acercando al grupo de muchachos que jugaban a los cromos en una esquina. Al principio no le prestaron ninguna atención. Al cabo de un rato, el más grandullón de ellos levantó la vista y le miró con cara de pocos amigos.

—¿Quién eres tú?

—Acabo de llegar. Soy de Hackney, en Londres.

—¿Para qué vienes aquí? A nosotros no nos gustan los londinenses, son sucios -dijo otro muchacho que llevaba un gorro de aviador de cuero, con orejeras-. Tienen un montón de enfermedades.

—¿Tienes liendres? – dijo un muchacho pequeño, cuyas orejas sobresalían como si fueran las portezuelas de un taxi.

—No, – contestó Wib, tratando de no enfadarse. Al mismo tiempo sujetó con más fuerza su cajita de cromos.

—¿Piojos?

—No.

—Tampoco lleváis trajes en Londres. Mi madre me ha dicho que os envuelven en papel de estraza.

—Pues yo tengo un traje -protestó Wib.

—¿Por qué no tienes botas, *Zapatillas*?

Wib miró sus sucias zapatillas de lona y comprendió por qué le llamaban *Zapatillas*. En su vida había tenido un par de botas o de zapatos, pero no iba a descubrirlo ahora.

—Las perdí en un ataque aéreo.

Orejas de Taxi, *Ojos de Rana* y *Gorro de Aviador* se retorcieron de risa. Wib empezaba a enfadarse con estos provincianos tan charlatanes.

—Es verdad, nos bombardearon. Vosotros no habéis visto aquí ni una bomba. No sabéis lo que es eso, ni siquiera que estamos en guerra.

Orejas de Taxi cesó de reír para contestarle.

—En eso te equivocas, *Zapatillas*. Cerca de aquí, al otro lado de Pottley, cayó un bombardero alemán. Era un *Junker 88* y todos tuvimos algún trozo de él. Aún está allí: bueno, lo que queda de él. Estoy seguro de que vosotros nunca habéis visto estrellarse un avión de verdad.

Wib quedó un poco chafado por esta revelación. Era verdad que, con todos los bombardeos e incendios que habían ocurrido en Hackney, nunca había visto estrellarse un avión. Cambió de tema, dirigiendo su atención a los cromos:

—¿A qué jugáis, a *encima* o a *tumbados*?[30]

—Eso a ti no te importa -dijo *Ojos de Rana*.

—Además tú no puedes jugar porque no tienes cromos -dijo *Orejas de Taxi*.

Wib enseñó su caja con cierta presunción y, con gran ceremonia, la abrió y enseñó sus cromos.

—Está bien -dijo *Ojos de Rana*; puedes jugar. Pero si los pierdes, luego no llores. Nosotros jugamos a que el que gana se lo lleva todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo -asintió Wib.

—*Encima*, -dijo *Gorro de Aviador*-. Tú primero.

Comenzó la batalla y, uno a uno, fue ganando Wib todos los cromos. En cada juego siguió la misma táctica: perdía un poco al principio, pero en el momento en que entraba en juego su cromo especial el de la señora Johnson, ganaba todo el montón. Para cuando la señora Godball, la profesora, tocó la campana, ya había desvalijado completamente a los tres chicos del pueblo. Como es fácil de comprender, éstos no estaban precisamente encantados. *Ojos de Rana* sujetó el jersey de Wib.

—Ese cromo no vale, *Zapatillas*. Déjame verlo. Es muy grueso para ser un cromo.

Wib lo apartó bruscamente:

—Estate quieto, *Ojos de Rana*, si no quieres que te dé una paliza.

Wib no era tan valiente como aparentaba, pero pensaba que uno tenía que causar buena impresión al llegar a una nueva escuela.

—Os advierto a los tres que tengo un gancho de derecha que es como un mazazo, con el que os puedo mandar a los tres al hospital.

La bravata surtió efecto, porque los tres muchachos dieron marcha atrás. Wib se remetiÓ la camisa, retiró su cajita y se alejó bastante satisfecho de sí mismo.

También estaba contento de que la cosa no hubiera ido a más porque, a decir verdad, su gancho de derecha se parecía más a una sacudida con un plumero que a un mazazo.

En la escuela de Pottley sólo había tres clases y, por ello, Wib y Vee estaban juntos en la misma.

Joyce estaba en una clase pequeña, con tres «mayores» y, salvo en las raras ocasiones en que la señora Godball asomaba por allí su cabeza, tenían que aprenderse las lecciones solos.

En la clase de Joyce había un gran *poster* del gobierno que decía: «¡Cuidado! La educación es la primera baja de la guerra.» Su lectura maravilló a Joyce, que inmediatamente se imaginó filas y filas de profesores con brazos y piernas vendados.

Vee encontró asiento junto a Doreen Noblock, a quien la señora Godball había encargado que cuidara de ella. A Wib le sentaron junto a un chico, aún más pequeño que él, y eso que Wib no era ningún gigante. Se llamaba Arthur Mortensen. Al otro lado de Wib se sentó un muchacho rollizo, con un pelo tan corto que lucía un espacio pelado de unas dos pulgadas por encima de sus orejas. Se llamaba Ciyril Spicer y su padre era el peluquero del pueblo, lo que explicaba su pelo, o mejor aún, la falta de él. A Cyril le apodaban *Winnie*, por la sencilla razón de que a la señora Godball le recordaba al primer ministro[31].

Afortunadamente para Wib, *Ojos de Rana*, *Orejas de Taxi*, y *Gorro de Aviator* estaban situados en el otro extremo de la clase. Sus verdaderos nombres eran Gilbert Bootwick, Derek Fith y Gordon Newman. Cuando Wib se sentó, los tres le miraron con caras de pocos amigos.

Mientras la señora Godball hablaba continuamente acerca de orden, puntualidad, trabajo y obediencia, Arthur Mortensen se acercó a Wib y susurró a su oído:

—Esta tarde vamos de topos, ¿quieres venir?

—¿Qué es eso de «ir de topos»? — preguntó Wib, utilizando su mano como pantalla.

—Pues ir a cazar topos.

—Pero yo no sé lo que es un topo.

Debía de haber elevado excesivamente el tono de voz, porque la señora

Godball interrumpió su plática sobre «comportarse correctamente y no tener miedo», para dirigirle una torva mirada. Arthur le pasó un dibujo a Wib. Se trataba de un animal de aspecto gracioso, que le recordó a un ratón peludo. O quizá Arthur era un mal dibujante.

—De topos, no te olvides. En el recodo de Cuffley -dijo Arthur como final.

Wib asintió y sonrió tímidamente. No tenía idea de lo que era el recodo de Cuffley, pero ya él se imaginaba a sí mismo cazando su primer topo. Cyril Spicer guiñó a Wib. No había duda de que él iría también.

De pronto, ante la sorpresa de todos, en la puerta, claramente visible a través de las cristaleras, apareció un policía.

Por toda la clase empezaron a levantarse manos llamando la atención de la señora Godball. Doreen Noblock fue la primera que habló.

—Señora Godball, señora Godball, ahí está el señor Keogh. Creo que quiere hablar con usted.

La señora Godball se volvió para mirar al inspector Keogh, quien le hizo señas de que saliera.

—Seguid leyendo, niños.

Todos en la clase empezaron a especular sobre los motivos de la visita, aunque no pudieron obtener ninguna pista por los gestos cómicos que ambos hacían. Habrán robado algo, susurró alguien.

Wib levantó la tapa de su pupitre y comprobó que su cajita de cromos seguía allí. Los fue pasando hasta que vio la cara de la señora Johnson de joven, sonriéndole. Con cuidado y cariño alisó los bordes antes de colocarlo de nuevo en la caja.

Desde el fondo de la clase, Gilbert Bootwick seguía cada movimiento de Wib con sus astutos ojos de rana.

OceanofPDF.com

12. Dingle's Piece y el recodo de Cuffley

En casa de la señora Bixey almorzaron un delicioso cordero estofado que les dejó tan satisfechos que les costó trabajo volver corriendo a la escuela. Wib, como se había decidido, comería al mediodía en casa de la señora Bixey para no molestar a la señorita Doughbridge. Esto le encantó a Wib, ya que, por lo menos, disfrutaría de una buena comida al día.

Por el camino de Urchley brincaron de nuevo por los ribazos para esquivar los charcos enormes que se encontraban en su recorrido. ¿Desaparecerían alguna vez?, se preguntaba Vee. ¿O es que iban a estar siempre allí como si se tratara de barreras que habrían de saltar todos los días?

La señora Godball agitó la campana con sus robustas muñecas anunciando el comienzo de las clases de la tarde. Los niños entraron ruidosamente en las clases atestadas y se apretujaron en los pupitres. Vee comentaba con Doreen Noblock las excelencias del cordero, pero ésta estaba más interesada jugando a la *cuna* [\[32\]](#) con Enid Skinner. La señora Godball dio unas palmadas.

—Bueno, niños, se acabó el recreo. Los mayores sacad el libro de lectura número 2 y los pequeños el libro verde de ejercicios.

Se produjo entonces como un estallido de disparos, al cerrarse las tapas de los pupitres. Cuando miró dentro del suyo, Wib sintió un nudo en la garganta. La caja de cromos estaba abierta y su contenido desparramado sobre sus libros. Y allí, encima de todo, estaba su cromo especial de la señora Johnson, roto en mil pedazos. Trató de recomponerlos pero no había solución.

—¿Te pasa algo, Harris? — preguntó la señora Godball, que observó que era el último en sacar su libro.

—No señorita -dijo Wib, haciendo un esfuerzo. Las lágrimas pugnaban por aflorar a sus ojos, pero estaba decidido a no llorar. En el otro extremo de la clase, *Ojos de Rana* y *Orejas de Taxi* se reían ostensiblemente tras sus libros.

Al terminar las clases, Joyce permitió que Vee y Wib se fueran con sus nuevos amigos. Wib iba a cazar topos con Cyril y Arthur al recodo de Cuffley, y Vee se había marchado con Doreen y Enid a un escondite que habían encontrado cerca del soto.

Joyce había prometido enviar las postales que les habían dado al llegar y la señora Godball le había permitido quedarse para escribirlas. Sus ejercicios de redacción en la escuela siempre habían sido buenos, pero nunca había tenido antes la oportunidad de escribir una carta o una postal. ¿Qué diría? ¿Lo que detestaban su nueva vida? Pero, realmente, eso no era cierto, excepto en lo que se refería a la señorita Doughbridge. Joyce mordisqueó el mango de su pluma y miró un mapa del Imperio Británico colgado en la pared. Inglaterra parecía en él tan pequeña que daba la impresión de que Wiltshire estaba al lado de Londres. Pero ahora no estaba ella para esos pensamientos. Metió la pluma en el tintero de porcelana y comenzó a escribir:

Querida mamá:

Estamos bien y a salvo, no en Bath como pensábamos, sino en un sitio que se llama Devizes, en el campo, y que, según dicen, se encuentra en Wiltshire. Nos han enviado a una aldea que se llama Pottley. Estamos al cuidado de un matrimonio, el señor y la señora Bixey, en una granja con vacas, pollos, sembrados, ovejas y otras cosas. La dirección es Butt's Farm, Urchley Lane, Pottley, Wiltshire. Wib no está con nosotras, pero no te preocupes porque está muy cerca, en casa de la señorita Doughbridge, que es también la dueña de la casa donde estamos Vee y yo...

A Joyce se le estaba acabando el espacio para escribir en la postal, así que no podía extenderse mucho más.

«...eso es todo por ahora. Besos para Freddy y Sidy, y para ti por supuesto. Vee y Wib te mandan muchos besos. No dejes de escribirnos pronto. Te quiere,

Joyce

A la derecha escribió la dirección: En *La Liebre y los Galgos* y el nombre de tío Stanley. Se echó el abrigo sobre los hombros y se apresuró a ir al correo. La señora Bixey le había prometido que si volvía pronto a casa le enseñaría a hacer pan casero.

Vee, Enid y Doreen se encaminaron por el callejón de Sloops, entre la peluquería de Spicer y la casa del viejo porche. La estrecha callejuela llevaba hasta Mission Hall, detrás de la cual había un talud verde que conducía a una colina llamada Dingle's Piece.

Mientras caminaban, Doreen le explicaba a Vee su «escondite». Al fondo de Dingle's Piece, el terreno descendía, y allí, oculta en la ladera, había una pequeña finca llamada la *Granja del Perro Negro*. El viejo señor Critchley, que era el dueño de la granja, se había muerto en enero y el sitio permanecía intacto. Su mujer se había muerto seis meses antes que él, según decía la madre de Doreen, de un ataque al corazón.

—¿Qué pasó con los animales? — preguntó Vee.

—Desaparecieron en seguida, escapados o robados la mayoría de ellos -dijo Doreen-. Mi padre tiene un par de sus gallinas. Todo el mundo hizo lo mismo, pero nadie tocó la casa.

–Resulta misteriosa -susurró Enid-. Todo está tal como él lo dejó, incluso está su cena sobre la mesa.

Doreen prosiguió:

–Y se puede ver la huella en la cama, donde él estaba cuando palmó.

–¿Palmó? – preguntó Vee.

–Dejó de respirar, se fue al otro barrio, se murió -dijo Enid a modo de ejemplo.

Saltaron por una valla rota, que se notaba abandonada desde hacía tiempo. Vee tuvo que poner cuidado para no engancharse el abrigo en el alambre de espino.

–¿Cómo sabéis todo esto?

–Porque hemos mirado por la ventana. No hemos entrado porque nos daba miedo.

Vee pudo distinguir, al pie de la colina, la pequeña casa y los cobertizos de la *Granja del Perro Negro*.

–¿Estáis seguros de que no hay nadie ahí? – preguntó un poco temerosa.

–Nadie en absoluto, excepto los fantasmas, claro -Doreen y Enid se rieron de buena gana y Vee se rió también. Doreen le puso un dedo sobre los labios.

–¡Chis! Cállate por si acaso... -susurró.

Las tres, lenta y silenciosamente, se acercaron a la solitaria casa de una planta.

En el recodo de Cuffley, Arthur Mortensen y Cyril Spicer enseñaban a Wib

el arte de cazar topos. Lo primero de todo, buscaron los inconfundibles montones de tierra que hacen los topos mientras horadan la tierra. Arthur abrió el saco que llevaba y sacó una ratonera metálica; la abrió y la colocó en el suelo, empujándola con el pie hacia el lugar adecuado. Luego se dirigió a otro montón de tierra y repitió la operación. Wib pensaba cómo sería de grande un topo, ya que la maloliente ratonera parecía capaz de atrapar a un pequeño león.

—Ya está -dijo Arthur Mortensen *El Topo*. Volveremos un poco más tarde para ver qué ha pasado. Ahora te vamos a enseñar las esclusas y el canal.

A Wib le encantaba la perspectiva de ver el canal. Se acordaba del muelle de Eagle en Hackney y también de su casa. Cyril Spicer sacó un pedazo grande de caramelo de miel de su bolsillo y partió unos trozos para Wib y Arthur.

—¿De dónde has sacado esto? — dijo Wib que no estaba acostumbrado a aquellos lujos.

—Lo hace mi madre, y es el mejor caramelo que se puede encontrar. Una vez en la feria de Devizes ganó un premio al mejor caramelo de miel del condado. Chúpalo, pues si no, se te pegará a los dientes.

Wib mordió el trozo de caramelo y el continuo movimiento que tuvo que imprimir a sus mandíbulas acabó dejándoselas doloridas, pero lo prefería a tener la boca cerrada. Mucha gente hubiera pensado que eso era una ventaja, pero Wib no.

Corría una fresca brisa por el recodo de Cuffley, que se dejó sentir en la nariz de Wib, quien tuvo que abrocharse el abrigo. Pero le animó un poco el ver, a través de los árboles, la luz resplandeciente del sol reflejándose en las aguas tranquilas del canal.

La alegría de Wib, sin embargo, se esfumó tan pronto llegaron a la altura de la segunda esclusa. En la orilla del canal vio a Gilbert Bootwick *Ojos de Rana*. Este y sus dos amigos se habían encaramado en la compuerta de

madera y estaban pescando con unas cañas de bambú de fabricación casera.

Wib, Cyril y Arthur se ocultaron de su vista. Wib vio tres bicicletas en el borde de un sembrado, más cerca de ellos que de sus dueños. No tenía ninguna duda de quién había roto su cromó de la señora Johnson y se le ocurrió devolverle la jugada.

Lentamente, arrastrándose sobre su vientre, se fue acercando a las bicicletas. Tenía un plan.

Vee, Doreen y Enid llegaron a la altura de la ventana de la casa. Doreen se puso de puntillas para mirar dentro.

—Mira, Vee; éste era el dormitorio.

Vee atisbo a través de los cristales sucios. Enid y Doreen no habían exagerado; el aspecto de todo aquello era, ciertamente, extraño. El dormitorio aparecía desordenado y se veían los objetos personales del viejo Critchley, fotografías, e incluso su dentadura postiza en un vaso, al lado de la cama. Pero la cosa más misteriosa de todas era la cama; se podía ver, por las huellas en las ropas de la cama, que había estado echado antes de morir. En la almohada se notaba incluso el hueco donde había reposado su cabeza.

Había una puerta entreabierta en uno de los lados de la casa. Doreen y Enid entraron cuidadosamente. Vee se quedó atrás.

—Ven, Vee -la animó Doreen.

—Suponte que viene alguien.

—Aquí no vive nadie, tonta.

—Entonces, ¿por qué entráis?

—Porque queremos enseñarte cómo dejó su cena antes de morir.

Doreen tomó de la mano a Vee y las tres chicas entraron de puntillas en la cocina.

—Mira, aquí está... -Los ojos de Doreen casi se salieron de sus órbitas. Había, desde luego, comida sobre la mesa, pero no era la del viejo Critchley, ya que éste había muerto hacía ocho meses y esta comida estaba recién preparada.

—Debe de haber alguien aquí -susurró Doreen. En ese momento oyeron a alguien que ponía una radio muy fuerte en el cuarto de estar que había al otro lado del vestíbulo. Ni que decir tiene que ni se pararon a ver quién era. Doreen fue la primera en salir, seguida muy de cerca por Vee y Enid. Las tres atravesaron el jardín a todo correr dirigiéndose hacia la valla. La más rápida era Vee, no sólo porque era mejor corredora sino porque, al abandonar la cocina, vio algo que no habían visto Enid y Doreen. Sobre la silla que había cerca de la estufa de gas se encontraba un uniforme de soldado. Y encima de éste, había un bastón blanco y unas gafas de ciego. La comida que había sobre la mesa pertenecía al viejo Stoopy, el hombre que habían visto en el tren.

Wib, mientras tanto, se había deslizado hasta donde estaba tirada la bicicleta de Gilbert Bootwick, en la orilla del canal. Era una *Hudson* nueva y reluciente y la cartera del sillín estaba al alcance de su mano.

Desabrochó con cuidado las hebillas y vio lo que esperaba: una cajita de herramientas. La abrió y sacó la llave inglesa.

Arthur y Cyril observaban todo desde una distancia prudente. Conocían de antiguo a Gilbert Bootwick y habían aprendido a evitarle a él y a sus compinches. El padre de Gilbert era un hombretón insolente, cuya voz estentórea y su forma de ser agresiva le habían granjeado la antipatía de sus vecinos. El fanfarrón de Gilbert era como una rama del mismo tronco.

Wib desatornilló cuidadosamente las tuercas que sujetaban las ruedas de la bicicleta y después, de forma sistemática, soltó la cadena y aflojó todas las

piezas, tuercas o tornillos que pudo encontrar.

Cyril y Arthur miraban a Wib con admiración.

—Debe de estar loco. ¿Qué está haciendo?

—Que me registren si lo sé.

En el centro del canal, los ojos de rana de Gilbert estaban fijos en el corcho de su hilo de pescar, que había empezado a girar sobre la superficie del agua. Sus dos acompañantes, uno a cada lado de él, estaban también concentrados en su tarea, así como en mantenerse en equilibrio sobre la compuerta. Wib siguió arrastrándose mientras le tapaba la hierba crecida. Después, despreocupadamente ya, se incorporó y corrió hacia la compuerta.

—Desde luego está loco -susurró Cyril a Arthur.

Antes de que Gilbert y compañía le vieran, Wib había llegado hasta la palanca que abría las dos mitades de la compuerta. Tiró con todas sus fuerzas de la palanca al tiempo que chirriaron los dientes metálicos del engranaje y, poco a poco, comenzaron a separarse las dos mitades de la compuerta. *Ojos de Rana* y sus amigos miraban fijamente, casi tan sorprendidos como Cyril y Arthur. Estaban sentados en la mitad de la compuerta cercana a la orilla opuesta y, por tanto, a medida que la separación interior se hacía mayor, se encontraban más aislados. Seguro de que no podían alcanzarle, Wib se dirigió hacia las bicicletas. Tomó las dos que no había tocado y las soltó por el talud que bajaba hasta el canal. Chocaron contra el bordillo de cemento y dieron un salto enorme antes de caer al agua. Gilbert Bootrick agitó un puño hacia Wib.

—¡Ya nos veremos cuando las saquemos, *Zapatillas*!

—¿Sí? —gritó Wib—¿Quién, tú?

Wib tomó la bicicleta de *Ojos de Rana* y, con grandes aspavientos, la soltó por el talud. Cuando chocó con el cemento, los ojos de Gilbert se

agrandaron aún más. Desde luego, cuando la bicicleta saltó hacia arriba era una sola pieza; pero el impacto fue tan fuerte que cuando entró en el agua eran veinte piezas diferentes.

—Pesca eso, *Ojos de Rana* -gritó Wib desafiante. Arthur y Cyril se destornillaban de risa pero, por si acaso, no asomaban sus cabezas. Después de todo, no les hacía gracia la idea de que *Ojos de Rana* supiera que también estaban ellos en el ajo, porque sabían que no lo olvidaría.

Wib empezó a pasearse despreocupadamente, silbando *El hombre del paraguas* con toda la fuerza de sus pulmones.

—Ven, Arthur; vamos a ver qué ha pasado con los topos.

OceanofPDF.com

13. Las botas

Las semanas siguientes constituyeron para Wib unos días maravillosos, con excursiones y exploraciones por los alrededores. Fueron días de ir a cazar topos o coger nidos en el recodo de Cuffley, en compañía de Cyril y Arthur; días de jugar a piratas en el canal o a vaqueros e indios en Oven Bottom. Fueron también días de luchas entre alemanes y franchutes en el viejo puente de cadenas, o bien entre caballeros y puritanos en la pradera de Cromwel. Y días de jugar a policías y ladrones en la *Granja del Perro Negro*, sin dejar de estar atentos al viejo Stooppy, el desertor del ejército.

En cambio, sus noches eran de pena. La señorita Doughbridge hacía tanto tiempo que había perdido la alegría de vivir, que era imposible que pudiera transmitir ninguna a un muchacho. Ella no veía nada bueno y para Wib todo era una nueva aventura. La señorita Liggerty era peor, porque la señorita Doughbridge la dominaba y la trataba como a una zapatilla vieja, y ella se desquitaba con Wib. Le obligaba a cenar solo en el comedor, en el extremo de una mesa enorme para doce cubiertos. La habitación era inhóspita y fría y, aunque la mesa era impresionante y resplandecía la cubertería, la comida era desastrosa y recibida sin ningún entusiasmo.

La señorita Liggerty solía ponerle delante su plato y permanecía el tiempo justo para bendecir la mesa y decirle qué cuchillo o tenedor tenía que usar; luego cerraba la puerta, dejándole comer solo. Alrededor de la mesa había once sitios vacíos y no le hacía gracia imaginarlos ocupados por once compañeros fantasmagóricos. Wib hacía un gesto con la cabeza para ahuyentar aquellas ideas.

La comida que le daban estaba fría, era insípida y siempre era escasa. Sobre la chimenea apagada había un reloj grande; su tic-tac parecía oírse más fuerte cuanto más solo estaba Wib. Si al menos estuviese allí Freddy, a pesar de lo inhóspito de cuando le rodeaba habría alguien con quien intercambiar alguna sonrisa cuando la cegata señorita Liggerty tropezaba con la mesa. Aquello, estando uno solo, no era tan gracioso.

Wib odiaba también a los gatos de la señorita Doughbridge. Se llamaban *Caín* y *Abel*, lo cual resultaba apropiado, ya que, mientras uno era tratado con un afecto exagerado, el otro recibía puntapiés con bastante frecuencia. Solían bufar cuando pasaba Wib a su lado, mirándole con una mirada traicionera y de superioridad que debían de haber aprendido de su dueña.

Wib había adquirido la costumbre de repetir cuando tomaba el almuerzo en casa de la señora Bixey, por lo que una cena insípida le preocupaba poco. Pero por la noche no podía hacer nada para combatir la soledad de su dormitorio alumbrado por la lámpara de gas.

Podía permanecer despierto durante horas pensando en las aventuras y excursiones del día, mientras escuchaba el silbido de la lámpara de gas y miraba los cuadros religiosos. El recuerdo de aquellos ángeles de brazos extendidos y la sensación permanente de frío era algo que le acompañaría durante el resto de su vida.

Vee y Joyce tuvieron más suerte. La señora Bixey era agradable y generosa y conocía muchas más recetas de cocina casera de lo que las chicas hubieran podido imaginar. En contraste con el de Wib, su dormitorio era acogedor y confortable y, en lugar de las oraciones al final del día, la señora Bixey les daba un tazón de cacao caliente, que podían saborear durante largo rato, sin tenerse que ir en seguida a la cama. El señor Bixey frecuentaba el bar *Jorge y el Dragón* y llegaba tarde, bastante bebido la mayor parte de las noches, y completamente borracho los sábados.

Una noche en que estaba más cargado que de costumbre, perdió las llaves del cobertizo donde se guardaba el preciado petróleo de la granja. La señorita Doughbridge había recibido un cupo para las tres granjas que poseía, y se guardaba cuidadosamente en bidones en el cobertizo. Joyce y Vee se rieron a gusto viendo al señor Bixey rebuscar, borracho, entre el barro del corral de la granja, hasta que encontró la llave. A partir de ese día la llevaba siempre cuidadosamente sujeta a un extremo de la cadena del reloj.

Vee había establecido una íntima amistad con Doreen Noblock y, como a Wib, le habían enseñado todos los rincones y lugares secretos de Pottley. Hacían ramos silvestres en los caminos y la señora Gubbet, de la granja Frogshitch, les dejaba retirar huevos en el gallinero. Vee se asombraba de que aún estuviesen tibios. Jugaban a *Tarzán* en la granja Castleford, donde había un granero con largas sogas de las que se podían colgar y gritar como el *Rey de la jungla*. Jugaban también a polizones, entre los barriles de cerveza que había en la parte de atrás del bar *Jorge y el Dragón*, lo que dejaba sus ropas impregnadas de olor a cerveza.

La señora Noblock había tomado también un gran cariño a Vee y le dejaba estar en su casa hasta tarde, jugando a un montón de juegos familiares y bebiendo tazas de cacao. No resultaba tan agradable como las tertulias en casa de la señora Bixey, pero le compensaba la presencia de Doreen.

A Joyce la autorizaron a asistir a un baile en Mission Hall, a beneficio del Fondo de Ayuda a los Refugiados. Lo había organizado la señora Townsend, la mujer del dueño de la funeraria, que se había pasado toda la noche animando a la gente a bailar, al son de un horrible trío traído de Urchley Marshes.

Joyce nunca había ido antes a un baile, y aquello representó para ella una experiencia maravillosa y excitante. Llevó uno de los vestidos que hacía tiempo se le habían quedado estrechos a la señora Bixey. Lo mejor de todo fue que Eric Spicer, el hermano de Cyril, con la cara llena de granitos pero encantador, le había pedido que bailara sola una danza popular. Luego bailaron juntos un vals y cantaron *Mira las pirámides junto al Nilo*, la canción de Vera Lynn y cuya letra conocía Joyce. Incluso, Eric se había atrevido a preguntarle si la podía acompañar a casa. Ella le contestó tímidamente que no, aunque, a modo de consuelo, accedió a tomar prestado su paraguas, ya que llovía bastante. Había quedado previamente en reunirse con el señor Bixey a las diez y media en la puerta del *Jorge y el Dragón*, para acompañarla a casa. Cuando llegó, el señor Bixey estaba tan borracho que fue Joyce quien le acompañó a el a casa.

Habían transcurrido tres semanas y los tres chicos se habían adaptado a la

vida campestre con tanta facilidad, que a veces se preguntaban por qué habrían podido dudarlo antes.

La señorita Doughbridge rara vez abandonaba la casa. El señor Bixey decía que se trataba de una extraña enfermedad nerviosa que, según había leído en la Enciclopedia Pear, consistía en «tener miedo a la muchedumbre». Incluso le oficiaban su propio servicio religioso en el salón de su casa, para no tener que ir a Santa María. La señora Liggerty acompañaba los cantos religiosos con un pequeño órgano de fuelles y los dos gatos de la señorita Doughbridge -*Caín y Abel*- completaban la pequeña asamblea.

Las dos iban el primer lunes de cada mes a Devizes, a visitar a la hermanastra de la señorita Doughbridge, al manicomio.

—Vamos a visitar a unos parientes en la casa de reposo -decía, pero los chicos sabían que iban al manicomio.

Al regreso de una de esas visitas, la señorita Doughbridge trajo unos regalos inesperados.

Llamó a los tres al vestíbulo y allí, cuidadosamente colocados sobre el linóleo, había tres pares de botas de cuero negro. La señorita Doughbridge les dijo que le agradecieran su generoso regalo, así como también a la señorita Liggerty, que había perdido parte de su tiempo para ir a la tienda de Herberts, el zapatero, a comprarlos. Vee, como de costumbre, frunció el ceño. Joyce se preguntaba si Eric Spicer la invitaría de nuevo a bailar con aquellas zafias botas de patán.

Por su parte, Wib estaba encantado con su nuevo calzado. Los clavos metálicos de la suela significaban que podía patinar por lo menos quince pies en el patio de la escuela. Algo que nunca podía hacer con zapatos de lona.

Al regresar a casa aquella tarde, Wib, Joyce y Vee se encontraron con el inevitable charco que cruzaba el camino de Urchley. En lugar de bordearlo, como solían hacer, Wib se metió por medio del charco con sus botas de

cuero nuevas. Joyce y Vee comenzaron a reírse e hicieron lo mismo. Wib empezó a chapotear y Joyce y Vee se rieron aún más, cosa que no deberían haber hecho, porque con ello le incitaban más. Dando un enorme salto, aterrizó a unos centímetros de Vee, salpicándola desde los pies hasta la parte superior de las botas. Ella dejó de reírse e hizo lo mismo con Wib, sólo que le salpicó hasta el abrigo. En unos segundos los tres saltaban como locos en el charco, igual que si chapotearan en un estanque del parque público. Pronto estuvieron chorreando de la cabeza a los pies y sus botas hechas una pena y empapadas de agua.

—Nos la vamos a cargar si nos ve la señorita Doughbridge -dijo Vee.

—No te preocupes -contestó Wib-. Estará echándose su siesta y no nos verá.

Wib se equivocaba, porque la señorita Doughbridge había seguido todo el espectáculo con unos prismáticos que utilizaba a menudo para controlar la entrada de intrusos en Oven Botton y en la granja Butt. Los estaba esperando cuando llegaron a la puerta.

—¡William, quítate las botas en la puerta y vete a la cama inmediatamente!

—¡Si aún es de día, señorita!

—¡A la cama! ¡Inmediatamente!

—Lo ha hecho sin querer, señorita -dijo Joyce intentado aplacarla.

—¡Cállate, niña! ¡No me vas a decir a mí si lo ha hecho queriendo o sin querer! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—Pero la culpa también es nuestra, señorita.

—Por supuesto que lo es y vosotras os vais a ir también inmediatamente a la cama. Ya he dado instrucciones a la señora Bixey para que no os dé de cenar. ¿Está claro?

Wib no se molestó en contestar y se fue derrotado a su habitación.

En casa de los Bixey, Joyce y Vee se quitaron las botas en silencio. Al tiempo que les daba una toalla, la señora Bixey les sonrió tímidamente, lo que podía interpretarse como un perdón o casi. Pero, y eso era más importante, significaba que, al final, acabarían recibiendo un tazón de sopa caliente.

Wib, como de costumbre, no tuvo tanta suerte. Su habitación estaba fría y húmeda como siempre. Sus dientes castañeteaban mientras se quitaba las ropas y las dejaba sobre la silla. Se calzó los zapatos de lona, que resultaban mejores y mucho más confortables que aquellas botas que estaba empezando a odiar.

Se secó las piernas con unas cortinas que tapaban una pequeña hornacina que había en un rincón de la habitación. Al deslizarse las cortinas sobre los rieles metálicos, chirriaron. Era el típico sonido que daba dentera y Wib pegó un respingo. Pensó que sería un buen martirio chino amarrar a la señorita Liggerty y correr y descorrer las cortinas hasta que se volviera loca y tuvieran que llevarla al manicomio.

La idea hizo reír a Wib, cuyos dientes dejaron de castañetear durante un momento. Entonces se dio cuenta de que en la parte de atrás de la hornacina había una grieta. No es que una grieta fuera algo especial, pues había cientos en aquella casa tan vieja. Pero esta era completamente recta y dejaba adivinar un rectángulo de unos cinco pies cuadrados de superficie. Wib se acercó para observarla mejor.

Su curiosidad le hizo olvidarse de sus ropas húmedas. Dio unos golpes ligeros al rectángulo y observó que no era de yeso, como el resto de la habitación, sino de madera contrachapada. Se las arregló para introducir las yemas de los dedos en una parte en la que la grieta era más ancha. Sin pensar en la decoración interior de la señorita Doughbridge, sacó de un tirón la plancha de contrachapado de la pared, depositándola boca arriba en el linóleo del suelo, lleno de trozos de yeso y de pequeñas astillas de madera. Descubrió entonces algo muy importante.

Al irse desvaneciendo la nube de polvo observó que la plancha de contrachapado había sido puesta deliberadamente para tapar una puerta pequeña. No tenía pomo, aunque había un agujero que probablemente había servido alguna vez para uno. Su mente empezó a fantasear inmediatamente sobre lo que habría en aquel escondite. ¿Cadáveres? ¿Un tesoro oculto? ¿Té del mercado negro? ¿O quizá billetes falsificados de diez libras? Con gran excitación, metió un dedo en el agujero y tiró de la puerta.

La puerta se abrió silenciosamente. Lo primero que pensó Wib es que habría más de un aposento, pues no veía anaqueles ni ganchos, sino sólo oscuridad. De repente oyó a la señorita Liggerty, fuera de su habitación.

—William, ¿estás dormido? — dijo ella con voz plañidera.

—Esto... ¡no, señorita... aún no!

Wib salió de la hornacina y corrió las cortinas. Ocultó con los pies los trozos de yeso y las astillas de madera bajo la cama y, de un salto, se metió bajo su edredón de plumas. La mano de la señorita Liggerty hizo girar el pomo de la puerta.

—¿Qué has hecho con tus ropas mojadas?

—Todo está en orden, señorita, puede pasar.

La puerta se abrió un poco más y la señorita Liggerty asomó la cabeza. Wib no podía ver el resto del cuerpo y le impresionó mucho ver una cabeza sin cuerpo, flotando en la oscuridad. El cuello largo, flaco y como de goma de la señorita Liggerty, le permitía realizar tales milagros de contorsión.

—¿Qué, señorita?

—¡Perdón, señorita! — le corrigió la señorita Liggerty.

—¿Perdón, señorita?

—¿Qué has hecho con tus ropas mojadas? No te habrás acostado con ellas ¿verdad?

—No, señorita; tengo puesta la camiseta, que no estaba mojada. El resto de la ropa está en la silla.

Señaló hacia su ropa y la señorita Liggerty entró en la habitación para retirarla. Pasó junto a la cortina que ocultaba la puerta secreta y Wib se mordió los labios. La señorita Liggerty recogió la ropa y al volverse pisó algo. Era un trozo de yeso de la pared.

—¿Qué es esto?

Wib se exprimió el cerebro buscando una respuesta.

—Esto... yeso, señorita... para el truco que jugamos en el recreo.

Afortunadamente, la señorita Liggerty se conformó con su explicación. Colocó el trozo de yeso sobre la cómoda.

—No lo dejes en el suelo, por favor. Nunca pongas bajo tu pie algo que no quieras pisar. Es un dicho que deberías recordar siempre.

—Sí, señorita. Me encantan sus dichos. Son muy ocurrentes.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, señorita! Siento lo de las botas. Nos hemos merecido que nos las quiten.

—Reconocer el pecado es el principio de la salvación, William. También esto deberías recordarlo siempre.

—Sí, señorita. Buenas noches.

Nada más cerrarse la puerta, ya estaba Wib fuera de la cama, en la hornacina. Tomó la caja de cerillas que guardaba en la caja de los cromos y encendió una. El resplandor le confirmó que lo que había descubierto no era una alacena, sino un pasadizo. Lentamente avanzó de costado. No era en realidad un pasadizo secreto, puesto que ahora que estaba dentro podía ver una especie de pila de porcelana y unos estantes llenos de orinales y frascos vacíos de todas clases. Todo estaba cubierto de una espesa capa de polvo y lleno de telarañas. No había duda de que nadie había entrado en aquel pasadizo desde hacía mucho tiempo. Probablemente, antes incluso de que la señorita Doughbridge viviera allí, si era posible remontarse tanto. Wib buscó otra salida.

—¡Uy! — se quejó cuando se consumió la cerilla y se quemó los dedos. No le agradaba la idea de estar a oscuras. Rebuscó otra cerilla al tiempo que las telarañas le acariciaban el rostro como si fueran los dedos de un fantasma amigo. A la luz de la llama pudo ver el otro extremo del pasadizo.

Estaba seguro de que tenía que haber otra salida y en esto oyó unas voces apagadas al otro lado de la pared. Se acercó un poco a ésta y no se equivocó en lo que era: la señorita Doughbridge gritaba como de costumbre a la señorita Liggerty, que se disculpaba.

A la derecha de la puerta vio Wib una estrecha escalera de madera. Con cuidado y en silencio bajó de puntillas la escalera de caracol.

Al llegar abajo se encontró con una pared que parecía el final. Palpó una superficie de madera y notó una llave. Hubo un «clic» y se abrió una puerta hacia dentro. La cerilla de Wib se apagó con la corriente de aire frío que entró de repente. Él se asomó a la luz de la luna.

Con gran alegría descubrió que la puerta conducía al campo, junto a la casa Butt, y que estaba completamente oculta por las ramas de la enredadera que cubría el muro.

Wib no podía creer en su suerte. Subió corriendo la estrecha escalera sin necesidad de ninguna luz. Tomó el edredón de su cama, se lo echó por

encima y volvió al pasadizo.

Una vez en el exterior corrió como un loco, disfrutando de la nueva libertad que acababa de encontrar. Ni siquiera se preocupó de la posibilidad de que la señorita Doughbridge le pudiera ver con sus gemelos, aunque ciertamente se hubiera llevado un buen susto al ver un edredón con piernas brincando por el campo.

De repente Wib se detuvo al oír ruido. Se encaramó al muro de piedra y miró dentro de la finca.

Había dos hombres tratando de capturar unas ovejas en los terrenos de la granja. Wib sonrió tranquilizándose a sí mismo, viendo cómo arremetían con *placajes* de rugby poco ortodoxos contra las ovejas que balaban asustadas. Su sonrisa se desvaneció cuando uno de los hombres capturó una oveja más lenta que las demás. De una forma brutal abrió las piernas del animal, se sentó encima y con una piedra grande empezó a golpear al pobre animal hasta dejarlo sin sentido. Wib estaba horrorizado y, sin pensarlo, corrió gritando hacia los dos hombres.

Levantando la vista del animal ensangrentado, los dos ladrones de ovejas se incorporaron al ver aquella aparición que corría hacia ellos. No podían ver la cabeza de Wib, cubierta por el edredón que se movía con el viento como si fuese una capa medieval. Él la sujetó contra sí y les apuntó con su brazo libre.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué es eso? —dijo el hombre que tenía la piedra en la mano.

—Es un demonio. ¡Mira, no tiene cabeza!

Las piernas cortas y blancas de Wib se asomaban por el edredón, lo cual, junto a la luz engañosa de la luna, le daba un aspecto amenazador. Los dos hombres no sabían qué hacer.

—¡Es Squill!

—¿Quién?

—¡El fantasma manco!

—¿Un fantasma?

—¡Sí, el de Sir Percival Squill!

—¡No digas tonterías, esas cosas no existen!

—¿Qué no?

Prefirieron no averiguarlo y, al acercarse Wib a diez metros de ellos, los dos hombres salieron corriendo. Al llegar a la altura de la oveja muerta se detuvo y se frotó los ojos para ver mejor a los ladrones. Podía equivocarse con la oscuridad, pero le pareció que el segundo hombre se inclinaba hacia adelante mientras se alejaba corriendo. Exactamente como el viejo Stoopy.

OceanofPDF.com

14. Freddy

¡Wib, Freddy va a venir! – estas fueron las primeras palabras que escuchó Wib a la mañana siguiente, al reunirse con Joyce y Vee en el patio.

–¡Viene en tren!

–¡Le han dado de alta en el hospital!

–¡Sus oídos están perfectamente bien, casi!

Joyce y Vee se pisaban las frases una a otra, en su deseo de ser las primeras en dar las noticias a Wib.

–¡Ha sido evacuado!

–¿Adónde?

Wib formuló esta pregunta rápidamente, un poco con temor de recibir una respuesta tal como «a Escocia», o incluso peor: «a Canadá».

–¡Aquí, tonto! – dijo Joyce.

–¿Con *vosotras*? ¿Con los Bixey?

–¡No, *contigo*! Doughbridge le ha encargado a la vieja Liggerty que cuide de vosotros dos.

–¿Cuándo viene?

–Adivínalo.

–¡No puedo adivinarlo!

—¡Hoy!

—¿Me estáis engañando?

—¡No, es la verdad! Mira, lee esta postal de mamá.

Wib tomó la postal y la leyó una y otra vez. Cada vez su sonrisa se hacía mayor, hasta que le llegó de oreja a oreja.

—¡Viene para estar conmigo! — le dijo Wib a Joyce, como si fuera él quien les estuviera dando la noticia a ellas.

—¡Eso es lo que te hemos dicho, tonto! El señor Bixey nos va a llevar a Devizes para esperarle.

Wib quedó convencido y salió corriendo al camino agitando la postal.

Arthur Mortensen y Cyril Spicer eran ciertamente los mejores compañeros que se podía encontrar, pero no era lo mismo que un hermano. Lo más importante de todo era que tendría a alguien con quien compartir por la noche la soledad de su dormitorio. Sus ojos chispearon maliciosamente ante esta idea. Las risas de los dos bastaban para hacer olvidar la habitación más fría y húmeda.

El viaje en autobús hasta Devizes fue una delicia. Producía una sensación agradable ir por el camino que el primer día habían recorrido como unos extraños. Ahora, sólo un mes más tarde, se habían convertido en unos maduros chicos campesinos.

Pasaron ante la estatua con un solo brazo de Sir Percival Squill que, en cierto modo, no resultaba ahora tan siniestra. Eso le recordó a Wib que tenía que contar a sus hermanas sus aventuras y descubrimientos de la noche anterior. La noticia de la llegada de Freddy los había alejado de su mente. Su descripción del edredón por la cabeza y del viejo Stoopy huyendo a todo correr en la oscuridad hicieron reír a carcajadas a Joyce y Vee. Naturalmente no le creyeron ni una palabra. El señor Bixey aguzó sus

oídos:

—¿Robando ovejas? ¿Decías algo de robar ovejas?

—No, señor Bixey -dijo Wib rápidamente-. Estábamos hablando de un ladrón de ganado que salía en la película de Gene Autrey que vimos en el *Palace*.

El señor Bixey volvió a enfrascarse en su periódico. Le llamó la atención un anuncio de jabón de tocador, protagonizado por evacuados, que decía: *Somos quince en casa, sin contar los microbios*. Encima, un anuncio de pasta de dientes decía: *Contra la piorrea*. El señor Bixey se pasó la lengua por los dientes. Aún estaban allí.

Pasaron por delante de la granja Torney Bird, donde estaban alojados los dos muchachos Kennedy. El letrero que antes decía: Prohibido el paso. *Los intrusos serán denunciados*, decía ahora *Los intrusos, con excepción de los carteros, serán arrojados en aceite hirviendo*, lo que era una clara prueba de que los londinenses hacían sentir su presencia.

Devizes era un tumulto de gente los sábados por la mañana y, salvo por los ¡Oh, Ah! y los ¡Ah, Eh! típicos del acento de Wiltshire que se oían por doquier, aquello podía haber sido Londres. Las calles y callejas intrigaron un poco a Vee, que leía sus nombres en voz alta, a medida que las iban pasando: *Monday Market Street, The Brittox, Snuff Alley*. Joyce estaba más interesada en las tiendas: *Confecciones de calidad Bon Ton; Madame Maureen, ropa interior de París; Zapatería Herberts*. Había incluso un *Woolworths*, como el que había en Hackney.

El cine *Palace* anunciaba: *Diana Durbin deleita a los espectadores esta semana con «Es una cita»*. Joyce pensó si Eric, el hermano lleno de granitos de Cyril Spicer, la llevaría.

Al final de la calle de la estación, se estaban celebrando unas prácticas de defensa contra el fuego en la vieja lonja de cereales. Una gran muchedumbre se había parado a mirar a los bomberos que dirigían las

mangueras sobre un fuego simulado. Wib preguntó a un chico de la localidad que estaba a un lado:

—¿Están practicando?

—¡*Oh, ah!* – replicó aquél sin quitar los ojos del chorro de agua.

—¿Por si hubiera un fuego de verdad?

—¡*Oh, ah!*

—¡Claro, de esto sabéis lo mismo que de la maldita guerra, amigo!

—¡*Oh, ah!* – El muchacho apartó sus ojos del agua por un momento para mirar a Wib que se alejaba. Wib llevaba una mirada de superioridad.

El estrecho andén de la estación de Devizes estaba abarrotado de gente que esperaba el tren de Londres. El señor Bixey se sentó en un banco de madera pintado de verde, junto a una gruesa señora que llevaba unas zapatillas de andar por casa, adornadas con un pompón. Tenía apoyado el pie sobre una rodilla y se lo estaba frotando.

—¡Estos pies me están matando!

El señor Bixey asintió educadamente, pero siguió leyendo la *Gaceta de Wiltshire*.

—¡*Carbunco*[\[33\]](#), [eso es lo que tengo!](#) ¿[Me oye?](#) ¡*Carbunco!*

—¡Molestos! – dijo el señor Bixey.

—¡*Terriblemente* molestos! ¿Son sus hijos? – inquirió la señora gruesa señalando a Joyce y Vee.

—No, son evacuados de Londres que viven con nosotros.

—Yo soy de Londres. Calle Cross, Islington. ¿La conoce?

—No, lo siento.

—Odio el campo. Los pájaros y los pollos me despiertan por la mañana. El *Woolworths* es más pequeño que nuestra tienda de la esquina, el servicio de autobús es más que malo y las frutas silvestres me producen diarrea.

El señor Bixey sonrió de nuevo, educadamente. Esta vez se animó a seguir la conversación:

—¡Oh, esto no es tan malo! Se está lejos de las bombas.

La mujer prosiguió como si no le hubiese oído:

—Y los de aquí no nos quieren. Nos tachan de sanguijuelas. Cada vez que sorprenden a alguien robando algo, a mis hijos los meten entre ellos. A veces por robar algo que, en realidad, no vale nada.

El señor Bixey no le hizo caso esta vez; por pura coincidencia acababa de leer un titular del periódico que decía. *Plaga de rateros; se culpa a los evacuados.*

Joyce miraba con impaciencia las vías del ferrocarril, esperando el tren de Freddy. Creyó ver un penacho de humo en la lejanía, pero desapareció detrás de una colina.

Wib y Vee miraban los anuncios, cuidadosamente pegados en las paredes de la estación. Uno decía: *Métase dentro de un salvavidas de jabón de baño* y mostraba una señora sin ropa, que le hizo gracia a Wib. Debajo había otro anuncio: *Sea severo con el B. O. pero suave con la piel.*

—¿Qué es B. O, Vee? ¿Significa quizá fuera bombas[\[34\]](#)?

—No sé, pero no debe ser nada fino.

—¿Por qué?

—Porque la gente te mira desdeñosamente.

—¿Por qué hacen eso?

Vee se encogió de hombros.

—No sé, pero lo hacen. Creo que se trata de algo que es sólo para mujeres.

El tren de vapor entró en la estación y treinta portezuelas se abrieron simultáneamente, al tiempo que empezaron a salir madres y niños. Muy pronto el andén se convirtió en una mezcla de gente bulliciosa que se abrazaba, sonrisas, lágrimas y vapor.

Freddy emergió de entre el vapor. Parecía casi como un actor en escena, salido de una de esas películas de guerra que daban en el *Palace*. Llevaba un vendaje blanco alrededor de la cabeza y todo él se asemejaba al héroe que regresaba. Sólo que en lugar del caqui llevaba el uniforme de los evacuados: impermeable azul marino, gorra escolar, chapa de identificación, máscara antigás, funda de almohada, calcetines arrugados de color gris y... sandalias nuevas. ¡Sandalias nuevas! Por lo menos Freddy se libraría de llevar las botas negras de «patanes» que ellos estaban obligados a llevar. Joyce le abrazó y Vee abrazó a los dos. Wib permaneció en segundo término hasta que terminaron aquellas estúpidas demostraciones propias de las chicas; luego, con un movimiento indolente de la mano, dio la bienvenida a su hermano:

—¿Qué hay, Fred? Ya veo que llevas sandalias nuevas.

—Sí, me las compró el tío Stanley. Mis zapatos de lona se perdieron en el hospital.

El señor Bixey se había quitado el sombrero y esperaba para saludarlo, así que Joyce se lo presentó.

—Freddy, este es el señor Bixey, a cuyo cargo estamos Vee y yo.

—¿Qué tal, jovencito? Bienvenido a Devizes.

Joyce daba explicaciones a Freddy, que se sentía un poco aturdido por todo el jaleo que había alrededor de él.

—Tú vas con Wib a casa de la señorita Dougbridge. Ella es... -miró al señor Bixey, cuya atención se había desviado hacia la señora gruesa de los carbuncos. Wib terminó rápidamente la frase de Joyce:

—...es horrible. La vieja Dougbridge no tiene rostro y la señorita Liggerty es la que cuida de nosotros y tiene unos ojos como malditas caracolas y las cenas son una porquería y hace frío por la noche... pero te encantarán el campo y otras muchas cosas.

Wib observó que el señor Bixey se había reunido de nuevo con ellos, luego de ser presentado a la nieta de la señora de los carbuncos.

—¡Ven, jovencito! Vamos a llevarte a tu nueva casa. Tenemos que tomar un autobús.

—Estos autobuses son de un solo piso, sin escaleras, — añadió Wib a sus espaldas. Pero ya Freddy había sido arrastrado fuera por el señor Bixey.

A Freddy le hubiera gustado irse a dormir en seguida aquella noche. El viaje de Londres a Wiltshire había sido largo, pero cada vez que se cerraban sus ojos su hermano tenía alguna otra historia que contarle.

Salieron a relucir el viejo Stoop y la *Granja del Perro Negro*, la escalera secreta, el recodo de Cuffley, Oven Bottom, los canales, las compuertas, los ladrones de ovejas, Jip el perro, los topos de Arthur Mortensen, la peluquería de Cyril Spicer, el jardín lleno de ataúdes, Gilbert Bootwick

Ojos de Rana; incluso Doreen Noblock sonaba interesante. A Freddy le empezaba a gustar la idea de ser un evacuado.

Tras una última mirada a la escalera secreta, Wib apagó el gas y la habitación quedó a oscuras. A Freddy no le había gustado nada el aspecto de «ojos de caracola» de la señorita Liggerty, y el rostro sin vida de la señorita Doughbridge le había aterrorizado. Sin embargo, no podía esperar hasta el día siguiente para que Wib le contara las maravillas de la villa de Pottley.

La luz llevaba apagada unos dos minutos cuando, de repente, Freddy sacudió a Wib para despertarle:

—Wib, se me olvidó decirte algo. Encontraron a Darkie. Está en una perrera en Greenwich.

—Eso está bien -murmuró Wib medio dormido-. Espero que le den de cenar mejor que a nosotros.

OceanofPDF.com

15. La correa

Freddy nunca se hizo pis en la cama, en Pottley. Wib le había dicho que la señorita Doughbridge le descontaría tres chelines y seis peniques a la semana si lo hacía, y se vio que aquello fue suficiente para disuadirle.

Wib era un buen guía y Freddy empezó pronto a conocer Pottley. Arthur y Cyril se portaron con él de la misma forma que lo habían hecho con Wib. Incluso, con disgusto por parte de Vee, Doreen Noblock se había prendado también de la forma de ser, tranquila y simpática, de su joven hermano.

Joyce, aunque era la mayor, fue probablemente la que quizá se adaptó menos a la vida de Pottley. No había chicas de su edad que vivieran cerca y había crecido apartada de las cosas que tanto placer producían a Vee, Wib y Freddy.

Había tomado la costumbre de ir al cine en Devizes dos veces por semana, y en ocasiones la acompañaba Eric Spicer. Era un muchacho amable, un poco soso en cierto modo, que había crecido tan rápidamente los dos últimos años, que medía 1,80 m., aunque sus ropas eran las correspondientes a una altura de 1,50 m. Su estatura le cohibía un poco e inclinaba constantemente la barbilla hacia el pecho, como suelen hacer las personas altas para parecer más bajas.

Tampoco parecía que pudiera librarse de sus granos de adolescente, lo que le retraía aún más de mostrarse en público. A Joyce le costaba trabajo convencerle de que fuera al cine con la misma frecuencia que ella.

Joyce vio todas las películas que echaron en el *Palace*: *El fantasma del circo*, con Rita Hayworth; *Paseo por el Muelle*, con Gracie Fields; *Jack el chico*, con Cicely Courtneidge, y muchas más. Cuando iba sola, con su vestido y sus zapatos de lona, podía entrar pagando medio billete, por ocho peniques. Pero cuando convencía a Eric de que abandonase el refugio de la peluquería de su padre, quería aparentar que era mayor, y pagaba un chelín

y dos peniques, que ganaba haciendo pasteles de crema para la señora Bixey.

Como contrapartida, Eric la convenció una vez para que visitara el museo de Devizes en la Calle Mayor. Pero, para Joyce, los restos de los antiguos bretones no podían compararse con la Greer Garson que ponían en el *Palace*.

Como reparación, Eric la llevó a tomar té y un trozo de tarta al *Salón de té Strong*. Desgraciadamente, la tarta parecía de cartón-piedra y el «granuloso» Eric se quedó hecho polvo cuando ella se lo dijo.

Una noche, mientras hacían cola para ver a Loretta Young en *Kentucky*, Joyce observó una nota escrita a mano, que había junto al cartel anunciador de la película. Decía: *Se necesitan acomodadores, por horas. Diríjanse a Dennis Austin, director*. Era la solución ideal: cine gratis.

Le dio un codazo a Eric:

—¡Mira, Eric, necesitan acomodadores por horas!

—Yo ya tengo trabajo.

—No hablo de ti, Eric. ¡De mí!

—¡Sería estupendo!

—Significa que podré entrar gratis en el cine. ¡Qué ganga!

—¡Sería estupendo! — Eric era un chico de pocas palabras.

—Entonces no hará falta que tú me acompañes.

—¡Sería estupendo!

—Así podrás quedarte en casa a limpiar las palanganitas para el jabón de tu

padre.

Eric lo pensó un instante y optó por no decir nada. Si había algo que odiara más que a Loretta Young, era limpiar las palanganitas para el jabón de su padre.

Freddy no tenía ningún deseo de visitar la *Granja del Perro Negro*. No sólo porque le recordaba a Darkie, sino porque el cuadro que Vee y Wib le habían pintado del viejo Stooppy y la casa horripilante y tétrica, le habían quitado la idea.

Su lugar favorito era la pocilga de los cerdos de la granja Frogshitch. Él y Wib podían pasarse horas enteras apoyados en la cerca, observando las repugnantes payasadas de aquellos animales gordos y de aspecto sucio. Comparados con ellos, Freddy y Wib se encontraban muy educados. En cambio, la comida de los pobres cerdos no parecía mucho peor que la que les servía la señorita Liggerty.

Doreen, Enid y Vee se reunieron con los chicos en el pajar. Habían ido a oír pasar los trenes por el túnel de Stubbs. Había un sitio, que sólo conocía Enid, en el que, pegando la oreja al suelo, podía oírse el estruendo de los trenes al pasar por el túnel, propagándose por la ladera.

Las chicas se rieron viendo a Wib que intentaba dar de comer a uno de los gorrinos un repollo que había colocado en el extremo de un palo. De repente, Joyce entró corriendo en el granero, con cara asustada:

—¡Wib, rápido! ¡Quieren que vuelvas a casa!

—¿Quién?

—La señorita Doughbridge y... el señor Keogh.

—¿El señor Keogh? ¿Qué quiere?

—Será por meterte con los cerdos de la granja -rió Enid-. A lo mejor han

descubierto que tienes la fiebre aftosa y estás contagiando a los animales.

—¡Vamos! — dijo Joyce-. ¡No tiene gracia! Quieren que vayas en seguida
¡Date prisa!

Enid y Doreen permanecieron allí, mientras los Harris se marchaban corriendo.

—Me voy a casa -dijo Doreen-. Los cerdos te dejan la ropa apestosa.

Los cuatro hermanos corrieron cuanto pudieron por el camino de Urchley, hacia la granja Butt.

—¿Qué crees que pasa, Joyce? — dijo Wib bastante preocupado.

—¡Ni idea!

—¿Crees que puede ser por apedrear las ovejas? ¿O quizá por lo del viejo Stoopy?

Paró un momento para recuperar el aliento.

—Quizá me lleven a los Tribunales a prestar declaración, o me concedan una medalla. La Cruz de la Victoria, por haberles hecho huir.

—La Cruz de la Victoria no se concede a los paisanos, bobo -le contradijo Vee.

—Pero yo no soy un paisano. Soy un escolar.

Alcanzaron la entrada de la Granja Butt y subieron corriendo la senda que llevaba hasta la puerta principal.

En la antesala estaba el policía Keogh.

—Ven aquí, muchacho, haz el favor -dijo con un tono de voz grave que,

francamente, no daba a entender que fuera a premiar a Wib con una medalla.

En el comedor estaban la señorita Doughbridge y la señorita Liggerty, apoyada, como siempre, sobre un codo. En una esquina estaba el señor Bixey, con la gorra en la mano. Los niños entraron en la habitación y el policía Keogh cerró la puerta tras ellos.

Sobre la pulida mesa del comedor de la señorita Doughbridge había una cartera de bicicleta, que Wib no había visto antes. Al lado había algo que, en cambio, reconoció en seguida. Era su lata de cigarrillos y, delante de ella, en cuidados montoncitos, a modo de prueba testifical, sus cromos. Reinaba un silencio sepulcral que hacía que se escuchara perfectamente el tic-tac del reloj de la repisa de la chimenea. Entonces fue cuando la señorita Doughbridge habló:

—William, hay una acusación muy grave contra ti... Por favor, señor Keogh.

Movió la cabeza autorizando al policía a tomar la palabra.

—Esto... parece, muchacho, que has robado unas bicicletas. Te hemos pillado con las manos en la masa, así que es mejor que hables.

—¿Bicicletas? ¿Qué bicicletas? Yo no he robado ninguna bicicleta. No tengo ninguna.

—El no ha hecho nada, señor -dijo Joyce.

—Cállate, Joyce -le cortó la señorita Doughbridge-. Deja que conteste él solo. Continúe, señor Keogh.

—Tenía la sospecha de que escondías un par de bicicletas en el granero. En las últimas semanas han robado varias. Una «epidemia» han dicho los periódicos. Y bien, para abreviar, he examinado el granero y he encontrado las bicicletas.

–No sé de qué me habla. Yo no las puse allí, palabra -protestó Wib.

–Bien, entonces ¿cómo explicas que hayamos encontrado esta lata y lo que contiene en una de esas bicicletas?

Joyce, Vee y Freddy permanecían en silencio. Sabían muy bien a quién pertenecía la lata de Player's. Pero ¿cómo había ido a parar a la cartera de la bicicleta?

–¿Y qué? – preguntó la señorita Doughbridge-. ¿Reconoces la lata, William?

Wib bajó la cabeza sin decir nada. La señorita Doughbridge insistió:

–Es tuya, William, ¿no es cierto?

Wib permaneció mirando fijamente el suelo y asintió. Joyce habló por él una vez más:

–De acuerdo en que la lata es suya, señorita, pero él no ha robado las bicicletas; ni siquiera le gustan. Hemos estado con él la mayor parte del tiempo y nunca le hemos visto que robara nada. Si quiere saber mi opinión, alguien está tratando, deliberadamente, de crear problemas a Wib.

–No estamos preguntando tu opinión, ¿sabes? – replicó la señorita Doughbridge.

El señor Keogh tosió para llamar la atención de la señorita Doughbridge:

–Señorita, por favor, ¿puedo hablar con usted a solas?

Los dos salieron al vestíbulo. El tic-tac del reloj, como los latidos del corazón de Wib, era tan fuerte que pensó que iba a estallar.

Fuera se escuchó el ruido de un motor en marcha y, a través de la ventana, Wib pudo ver el coche del policía que se alejaba hacia la salida. Al menos

no iría a la cárcel.

La señorita Doughbridge regresó y de nuevo cerró las puertas tras ella. Wib volvió a mirar a la alfombra. Era completamente inocente, pero no había forma de hacérselo creer a aquella mujer tan severa.

—El señor Keogh ha tomado una actitud muy considerada e innecesariamente generosa en este asunto. Ha hecho la vista gorda y lo ha dejado en mis manos.

Joyce y Vee dejaron escapar un suspiro. Pero su alivio fue efímero.

—Señor Bixey, la correa.

El señor Bixey se separó del rincón y los niños le miraron asombrados al verle desabrocharse su grueso cinturón de cuero.

—¡No le pegue, señor Bixey! —gritó Joyce—. ¡No ha hecho nada!

La señorita Doughbridge se volvió hacia Joyce y de su boca pintada de rojo salió una voz estentórea y diabólica:

—¡Quieta, jovencita, y haz el favor de no hablar mientras no te lo digan!
¡Señor Bixey, la correa!

El señor Bixey, con su cara de un rojo subido, preguntó con voz débil a la señorita Doughbridge:

—¿Cuántos, señorita?

—¡Seis!

La mano fuerte y nudosa de Wilf Bixey sujetó a Wib por el cuello de la camisa y lo inclinó sobre la silla de alto respaldo del comedor.

Echó hacia atrás su correa de cuero y a Wib le pareció una eternidad el

tiempo que tardó en entrar en contacto con su trasero. Pero cuando lo hizo, ¡vaya si lo notó! Sintió un alarido en su garganta, pero consiguió ahogarlo antes de que saliera.

...Dos...Tres...Cuatro... El señor Bixey se echaba hacia atrás todo lo que podía, pero la atención de la señorita Doughbridge estaba pendiente en que no le hiciera trampa:...Cinco...Seis.

El señor Bixey volvió a ponerse el cinturón en su sitio, alrededor de la cintura. La señorita Liggerty tenía, como de costumbre, una frase apropiada para cada ocasión. Habló por una comisura de su boca torcida mientras miraba con sus ojos saltones:

—Es mejor soportar todos los males del mundo antes que pecar.

—Así es, señorita Liggerty -repitió como un eco la señorita Doughbridge-. Muy bien dicho.

Pero Wib no pensaba así. Ninguna frase bonita, por muy adecuada que fuese, podría enfriar el ardor que sentía en el trasero.

OceanofPDF.com

16. El bamboleo de Doreen

El canal cercano al recodo de Cuffley se había convertido en el lugar preferido de Wib y Freddy. Era muy distinto de los canales que habían dejado atrás, allá en Hackney. Los navegantes Victorianos lo habían construido con un trazado claro y preciso entre espacios abiertos, y no a través de una ciudad llena de gente atareada. Como consecuencia de ello, se veían orillas verdes y márgenes cubiertos de hierba, en lugar de la parte trasera de mil fábricas diferentes.

Cierto que no había muros bajos que permitieran encontrar tesoros, como ocurría en la fábrica de rodamientos de bolas donde, si uno se agachaba lo suficiente para no ser visto por el capataz, podía salir sigilosamente con los bolsillos llenos de brillantes bolas de metal.

Cierto también que no había un agujero en la cerca que facilitaba el paso a la fábrica de muebles, donde se podían tomar trozos de madera de formas llamativas, sin contar las patas de las sillas, que simulaban unas estupendas ametralladoras ligeras.

Pero en cambio, en lugar de un agua oscura de color de sopa de rabo de buey, el canal era aquí casi transparente, más azul que gris.

Además, estaban también las compuertas. En Londres era necesario andar varias millas para encontrar una compuerta. Pero en Wiltshire, donde el terreno era escarpado, era necesario elevar drásticamente el nivel del agua y había compuertas cada cien metros o así, accionadas mediante largas palancas de madera de roble que movían enormes ruedas dentadas de metal para abrir las compuertas del canal.

Y lo mejor de todo, cosa que no pasaba en los canales de Londres, es que aquí no había vigilantes que persiguieran a uno por el camino de sirga. En la capital empleaban individuos de cara antipática, precisamente para echar de allí a niños como Wib y Freddy y evitar que cometieran travesuras. Eran,

por lo general, hombres mayores sin sentido del humor, que no comprendían la fascinación que ejercían los canales sobre los muchachos londinenses, asfixiados en su ciudad. Si uno se dejaba cazar por alguno de aquellos vigilantes, lo que era muy raro, recibía como castigo un fuerte bastonazo en los tobillos.

En el recodo de Cuffley, Freddy, Wib y Vee desafiaban al viento frío y a la llovizna, esperando ver una rata de agua que había construido su hogar invernal en la orilla del canal, bajo el puente Lock. Freddy se interesaba más por el juego de *Five stones*. Lanzaba las piedras al aire con gran habilidad.

El señor Bixey le había regalado a Wib un cortaplumas viejo y se dedicaba a pelar un grueso trozo de madera.

—Imagínate si hiciera una estaca grande con la punta afilada y se la clavara a ella en el corazón, como hacen con Drácula.

—No digas tontería, Wib -dijo Vee lanzando una ramita al agua.

—Otra cosa que podría hacer sería atarla y ponerla en el túnel de Stubbs y esperar a que un tren la partiera en dos.

—Eso no la mataría -dijo Freddy-. Lo más probable es que siguiera viva, como un gusano, y entonces tendrías dos señoritas Doughbridge retorciéndose.

Vee intentó apaciguar a sus dos hermanos que tanto se lamentaban.

—¡Dejad de protestar! Casi nunca la veis, y además no estoy muy segura de que sea tan mala como decís.

—¡Tú no has probado el cinturón del viejo Bixey! ¿Verdad, lista?

La respuesta de Wib la calmó durante un rato y luego Vee cambió de táctica.

–Dentro de un par de semanas será Navidad y vendrá mamá.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Creo que el señor Bixey recibió una carta, pero Joyce no quiso decíroslo por si mamá cambiaba de opinión.

–¿Por qué iba a cambiar de opinión? – preguntó Freddy.

–Por culpa del tío Stanley. Porque a las mujeres no les gusta dejar a sus amantes -comentó Wib con el tono de superioridad que empleaba siempre cuando se trataban asuntos mundanos.

–¡No es su amante! Va a ser su nuevo marido. Me lo ha dicho Joyce.

Era cierto que Joyce se lo había dicho a Vee. Pero también le había dicho que cerrara la boca y no se lo dijera a Wib ni a Freddy.

–¿Eso significa que él va a ser nuestro padre? – preguntó Freddy.

–Pero nosotros ya tenemos padre -puntualizó Wib.

–Mamá dice en su carta que la policía lo está buscando.

–¿La policía? – dijo Wib-. ¿Por qué la policía? ¿Es qué ha hecho algo malo?

–¡No, claro que no! Lo que pasa es que cuando alguien se larga, la policía tiene que buscarle para decirle que su mujer ya no lo quiere más. De lo contrario sería biga... boga... Bueno, no sé, pero que está prohibido tener dos maridos.

Wib utilizó su palo de punta afilada para pescar una vieja caja de manzanas que flotaba arrastrada por la corriente. En letras oscuras, marcadas a fuego, se leía en uno de los costados: *Manzanas Jolly's Choice Cox. Wiltshire y Londres. Se reciben diariamente.*

–¡Ya lo sé! ¡Ya sé lo que voy a hacer! – gritó Wib.

–¿Qué vas a hacer? – dijo Freddy, que seguía jugando con sus piedras.

–Podríamos construir una balsa. Por aquí hay madera suficiente como para construir el Queen Mary.

–¿Y qué? – preguntó Vee.

–Pues que podríamos navegar por el canal. – Y lo señaló con un palo grande-. Quizá encontremos un caballo que nos arrastre. He visto que lo hacen con las barcazas. Y habría que llevar comida suficiente...

–¿Comida suficiente? – preguntó Vee-. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer fuera?

–Siempre, tonta. Estoy hablando de escaparnos para siempre.

–¿Escaparnos? – dijeron Vee y Freddy, sorprendidos por igual de la afirmación de Wib.

–Esto es un canal ¿no? Y como en Hackney hay canales, pues tienen que encontrarse en algún sitio.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque esa carretera de ahí se llama *Carretera de Londres*. Así que éste debe ser el *Canal de Londres*.

–Pero se deben tardar *años* -dijo Freddy-. Nos haríamos viejos y nos crecería la barba antes de llegar a casa.

–Es una idea ridícula -dijo Vee, que ya se había desinteresado del tema y había iniciado el regreso hacia el camino de Urchley.

—¡No tan ridículo como vivir aquí, lista! – gritó Wib a su hermana que se alejaba-. Además, no necesitaríamos en la barca a una niña idiota; con tres a bordo, probablemente se hundiría.

Freddy guardó sus piedras en el bolsillo y, ante el asombro de Wib, inició también él el regreso.

—Freddy, ¿por qué no me ayudas?

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque me voy con Vee. Además, nunca me ha gustado el agua.

—¡Traidores! ¡Ojalá la vieja Doughbridge os encierre en el sótano y no os dé de comer más que verduras asquerosas!

Las palabras de Wib no hicieron mella en Freddy, que ya había alcanzado a Vee. Wib se enfadó cada vez más mientras recogía frenéticamente trozos de madera.

—¡Entonces me iré yo solo! ¡Sois todos unos imbéciles! ¡Me vuelvo a Hackney, donde no le acusan a uno de robar cosas que no ha robado!

La lógica del galimatías de Wib hizo poco efecto en Freddy, que siguió andando. Wib continuó gritando:

—¡Me voy! ¿Me oís?

Freddy y Vee ni siquiera le miraron:

—¡Ya te hemos oído!

—¿Dónde vais?

—¡Hemos quedado con Doreen y Arthur en la *Granja del Perro Negro*!
¡Adiós!

—¡Bueno, no me iré hoy! No he traído cuerda; pero me iré mañana. ¡Hablo en serio! — Evidentemente, la idea de ir a la *Granja del Perro Negro* era bastante apetecible y, tras una rápida carrera, alcanzó a los otros dos.

—No has ido demasiado lejos -dijo Vee irónicamente.

—Algunos podrían cerrar el pico...

Vee captó la indirecta y no dijo nada durante un minuto o dos.

—Ya sé que no es agradable eso de que le peguen a uno con una correa, pero no merece la pena huir. Podrías morir ahogado -dijo ella.

Los tres niños caminaron campo a través por detrás de la granja Frogshitch, y antes de que Wib contestara habían llegado nada menos que al camino de Urchley.

—Ahogarse no es tan malo. Tampoco me preocupan los correazos. Lo que no soporto es ese pescado cocido.

Doreen y Arthur estaban esperando en la esquina del callejón de Spoops, fuera de la peluquería. Dentro se podía ver al señor Spicer que sacaba una toalla humeante de un autoclave metálico y la colocaba sobre la cara de un cliente. Mientras la ajustaba con ligeras palmadas alrededor de los ojos, el hombre que estaba sentado dejó escapar un suspiro de satisfacción.

El joven Eric quitó el tapón del lavabo redondo de porcelana y el chorro de agua sucia cayó en un cubo colocado debajo. Wib, Freddy y Arthur pegaron las narices a la ventana para no perderse el ritual de Eric a la hora de manejar la brocha de afeitar. El señor Spicer gritó en dirección a la escalera, llamando a Cyril:

—¡Ciggywig! ¡Tus amigos te buscan!

Freddy y Wib sonrieron al oír el mote con el que el señor Spicer llamaba a su hijo. Más tarde le tomarían el pelo a Cyril a propósito de ello. Arthur permaneció en silencio. Le intrigaba el cliente que se reclinaba en la silla de barbero. Eric le quitó lentamente la toalla y empezó a enjabonar la cara de aquel hombre. Los ojos de Arthur se salían de sus órbitas cuando vio de quién era aquel rostro.

—¡Mirad! — dijo en voz baja—¡Mirad quién es el que se está afeitando! — Wib y Freddy dejaron de reír con aquello de Ciggywig en cuanto reconocieron los rasgos inconfundibles ocultos bajo el jabón de afeitar. Era el viejo Stoopy.

Les sobresaltó la campanilla de la puerta de la peluquería, pero suspiraron aliviados al ver que se trataba de Cyril.

—¿Qué miráis?

—¡Chis! ¡Es el viejo Stoopy!

Doreen y Vee ya habían llegado al Mission Hall cuando los cuatro niños les dieron alcance corriendo.

—¡Rápido, Vee, síguenos!

—¿Qué pasa?

—¡Cállate y síguenos!

—¿Por qué corréis?

—Porque Stoopy está en la peluquería...

—¿En la peluquería?

—... y queremos registrar la granja mientras está fuera.

Doreen y Vee corrieron tras los chicos. O, para ser más exactos, corrió Vee; lo que hacía Doreen podría describirse más apropiadamente diciendo que andaba bamboleándose. Arthur y Freddy canturreaban mientras ella se quedaba rezagada:

Mi hermana Kate

tiene un novio sentimental.

Se bambolea una y otra vez

como un plato de jalea real.

Quienquiera que fuese la tal Kate de la canción, indudablemente corría exactamente igual que Doreen Noblock.

Los niños salvaron el muro, trepando por donde estaba el cartel de Privado. *Prohibida la entrada*, que había colocado Stoopy. Aunque la hubiesen visto, probablemente no habrían hecho caso de ella. La granja seguía en un estado lamentable, más o menos como la había dejado el viejo Critchley cuando falleció, pero había en el lugar como una sensación de muerte que lo hacía muy diferente de las restantes granjas de Pottley. Ni siquiera a los pájaros parecía gustarles aquello. Arthur dijo muy convencido que se encontraría más a gusto en el cementerio de Santa María que allí.

Ayudándose unos a otros a subir hasta el alféizar de una ventana de poca altura, contemplaron la cocina de la vieja casa. El viejo Stoopy estaba viviendo allí, desde luego, pero no se hubiera llevado ningún premio como «ama de casa»; el interior de ésta se parecía muchísimo a la cochiguera de la granja Frogshitch.

De un lado a otro del patio había un granero grande de madera. Colgando de la barra metálica que cerraba la puerta, se encontraba la única novedad

visible de la granja: una gran cerradura metálica.

–Me pregunto qué habrá allí dentro -susurró Wib.

–Ni idea, – susurró igualmente Doreen.

–¿Por qué habláis tan bajo? – dijo Freddy en voz alta.

–¡Chis! Porque no deberíamos estar aquí.

–Pero Stoopy está a varias millas de distancia.

–Sí, pero tú no sabes si hay alguien más aquí, ¿no? – replicó Wib a su hermano.

–¿Quién? – dijo él, esta vez en voz baja.

–Alguien que ni siquiera te figuras podría estar rondando por ahí. Todo depende...

–¿Depende de qué? – preguntó Arthur.

–¿De qué está hablando éste? – Freddy se rascó la cabeza y se volvió a Cyril que estaba igualmente boquiabierto con el cuchicheo un tanto confuso y melodramático de Wib.

–¡Ni idea!

–¡Mirad! – dijo Vee-. Ahí arriba hay una puerta para subir el heno y las demás cosas.

–¡De acuerdo! – dijo Wib tomando el control de la operación-. Cyril, Arthur, tomad esa cuerda que hay sobre la lona que cubre el tractor y la lanzaremos sobre la polea, para que podáis atarme y subirme.

–¿Por qué a ti? – preguntó Doreen indignada.

—Porque soy el mejor escalador, por eso.

—¡No lo eres! — dijo Vee mostrándose en desacuerdo-. La mejor soy yo. Wib quedó confuso un momento. Indudablemente, ella era más ágil que él.

—¡Ah, pero yo lo pensé primero!, ¿no?

Aunque poco convencida, Vee aceptó de mala gana que Wib subiera por la cuerda. Después de tres intentos, Cyril consiguió meter la cuerda por la rueda de la polea. La ataron luego firmemente a la cintura de Wib con dos nudos marineros que hizo hábilmente Arthur, quien dijo que su tío había pertenecido en una ocasión a la marina. Vee, Doreen, Cyril y Freddy tiraron al mismo tiempo de la cuerda y levantaron poco a poco a Wib, hasta que éste quedó al nivel de la barra de hierro que sujetaba la polea. Con una mano en la cuerda y la otra en la barra, consiguió entrar por el agujero que había en lo alto del granero.

—¿Qué ves? — gritó Freddy tan alto como se atrevió. La respuesta de Wib les dejó impresionados:

—¡Cadáveres!

—¡No bromees! — dijo Vee no muy segura de que lo estuviera haciendo.

—No estoy bromeando. Hay sangre por todas partes. Es horrible.

Los cuatro niños que esperaban abajo quedaron aterrorizados. Las mejillas regordetas de Cyril, que normalmente estaban sonrosadas, se volvieron blancas.

—¡Vámonos, antes de que nos vean! — dijo.

Freddy gritó una vez más a Wib:

—¡No gastes bromas, Wib! En serio: ¿estás bromeando?

—¡No estoy bromeando! ¡Os lo juro! Hay cientos de cadáveres colgando de unos ganchos. A algunos les han cortado las extremidades inferiores.

Por su cara podían notar que estaba diciendo la verdad. Cundió el pánico en Vee y Doreen, y el cobardón de Cyril quedó tan aterrorizado que ya estaba a medio camino de la salida.

—¡Escuchad! Me tengo que ir, lo siento, pero ahora que me acuerdo, mi merienda debe de estar ya preparada. ¡Hasta luego!

—¡Cuidado que no te vea el viejo Stoopy! — La advertencia de Arthur detuvo la marcha de Cyril.

—Bueno, os espero. Pero no hagáis tonterías; daos prisa y vámonos.

Arthur mostraba una sonrisa inquisitiva en su cara de topo. Había leído todo lo relativo a asesinatos en masa en el Sunday Graphic de su padre y estaba muy excitado con el descubrimiento de Wib.

—¿Quiénes son esos hombres? — preguntó.

—¿Qué hombres? — contestó Wib, bastante sorprendido por aquella pregunta.

—¡Los muertos!

—¡No son personas, estúpido! ¡Son ovejas! ¡Ovejas muertas!

17. Mamá

La señora Bixey llamó a la puerta de la habitación de Joyce y Vee y lo hizo alegremente con su saludo mañanero habitual.

—¡El té está listo, despertad! ¡Vamos, dejad de roncar, que ya es tarde!

Vee saltó de la cama y se restregó los ojos. Vio que afuera, en las ventanas, se había formado una blanca capa de escarcha, lo que hacía incluso más apetecible el té caliente de la señora Bixey.

—¿Es nieve?

—No, querida, es escarcha. Pero no me extrañaría que nevara. El cielo tiene pinta de ello.

—No creo -dijo Joyce-. Nunca nieva en Navidad, salvo en los *Christmas*. El año pasado había mucha niebla en Hackney, tanta que uno no podía ver ni su propia mano.

Joyce sacó los brazos para estirarse, pero los volvió a meter corriendo bajo las sábanas al notar el frío que hacía.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media, así que levántate. — La señora Bixey vertió una cacerola de agua caliente en la palangana de porcelana del lavabo-. Tienes que ponerte bien guapa para causar buena impresión a tu madre.

Vee casi lo había olvidado. Ya era sábado y la señora Harris había escrito diciendo que ella y Sidddy iban a ir a verlos.

—¿Crees que vendrá de verdad? — dijo Vee echando el té en el plato para enfriarlo, lo que mereció la reprobación de la señora Bixey.

—Ya está bien con esas costumbres de Londres, Vee. Cuida tu forma de comportarte, porque si no hasta te va a crecer un rabo rizado como a los cerditos.

Abajo, el señor Bixey estaba limpiando sus botas en la mesa de la cocina. Tampoco esto le agradaba a la señora Bixey. Era el ritual de costumbre de cada sábado por la mañana. Extendía un periódico viejo, se servía el té, encendía la pipa y cepillaba durante media hora, deteniéndose a intervalos regulares para dar una chupada a la pipa, dar un sorbo y escupir.

—Fay, sírveme otra taza de té, por favor -dijo con voz fuerte.

—¿Ya se ha muerto tu criado, Wilf Bixey? — dijo por toda respuesta-.
¡Sírvetela tú!

—Estoy limpiándome las botas.

En un rincón de la cocina había un gran árbol de Navidad. En realidad no era tal, sino algo parecido que Joyce había encontrado en Oven Bottom. De cualquier forma los chicos Harris no notaron la diferencia, porque era el primero que tenían en su vida.

Vee y Joyce habían preparado toda clase de adornos con tapas de botella de leche y parecían tan bonitos como los de verdad. La señora Bixey había recortado un hada de cartón y la había recubierto con papel de plata.

Al otro lado del patio, en la casa Butt, Wib y Freddy hacía ya media hora que se habían levantado. La señorita Liggerty les había despertado a las siete, y después de tomarse dos platos de puré de legumbres bastante insípido, estaban listos para dar un paseo por el camino de Urchley. Freddy se asomó a la puerta principal. Una fina capa de escarcha helada lo cubría todo. Incluso la bomba de agua tenía un carámbano colgando de la boca.

—Hace un poco de frío aquí fuera, Wib. La bomba de agua se ha helado.

—¿A qué hora llegará mamá? — dijo Wib desde el interior del vestíbulo, que estaba algo más caldeado.

—No creo que llegue antes de las once. Aún queda mucho tiempo.

—Bien. Te echo una carrera hasta la estatua de Sir Percy -los dos hermanos salieron corriendo al camino, sorteando con habilidad los charcos helados.

En Devizes, el estrecho andén de la estación estaba repleto de familias de evacuados que esperaban el tren de Londres. El viento helado de diciembre corría por la estación, dejando las narices rojas y los oídos doloridos.

—¡Échate un poco hacia atrás, querido! ¡Gracias! ¡Buenos días!

No había duda. Se trataba de la voz ronca y estridente de la señora de los carbuncos. Llevaba un abrigo negro con cuello de astracán, demasiado elegante para ser de ella. Desgraciadamente había estropeado ligeramente su, por otra parte, elegante aspecto con un turbante verde y unas botas Wellington.

El señor Bixey intentó evitarla fingiendo que se le había desanudado una bota, pero ya ella lo había visto:

—¡Hola, jefe! ¿Se acuerda de mí?

—¡*Oh, ah!* Buenos días, señora -Bixey se quitó la gorra, más por costumbre que por educación.

—¡Tienen un descaro tremendo! ¿Ha visto usted esto? — carraspeó.

Tomó del brazo al señor Bixey y lo arrastró con una familiaridad que no correspondía realmente a sus dos breves encuentros. Señaló un cartel del Gobierno que habían colocado recientemente en el andén. Bajo el escudo dorado de la Corona, se leía:

Vuestro valor

Vuestro entusiasmo

Vuestra decisión

OceanofPDF.com

NOS DARÁN LA VICTORIA

El señor Bixey lo leyó y se quitó el sombrero para rascarse la cabeza, como hacía siempre que no sabía qué responder.

—¡*Oh, ah*, muy bien! ¡Eso es espíritu! — se le ocurrió decir.

—¿Cómo demonios que muy bien? Usted bromea, amigo. *Vuestro* valor, *vuestro* entusiasmo; eso se refiere a usted y a mí, amigo. *Nos* darán la victoria; eso se refiere a *ellos*. ¡Caraduras! Voy a buscar al tipo que puso eso ahí para decirle dónde debía haberlo pegado.

Se fue encolerizada por el andén, en dirección a la oficina del jefe de estación. Bixey se rascó la cabeza una vez más y leyó de nuevo el cartel tratando de averiguar el motivo del enfado de la señora.

En el andén, Wib y Freddy reían a más y mejor ante un anuncio de la tienda de Madame Maureen *Ropa interior de París*. Había un dibujo de una chica con muy poca ropa y debajo decía: *Bragas, combinaciones. Raso y crespón*. El ver la palabra *bragas* escrita en letras rojas de imprenta les hizo gracia a Wib y Freddy, sin que Vee y Joyce acertaran a comprender el motivo.

Los ánimos estaban excitados en la multitud que esperaba en el andén y, cuando el tren de Londres silbó bordeando la ladera y se detuvo en la estación, se organizó un barullo enorme.

Las puertas se abrieron ruidosamente y empezaron a salir soldados, parientes, novias y, lo más importante de todo, la señora Harris y Siddy.

—¡Mamá! ¡Siddy! — los cuatro niños dejaron al señor Bixey bastante atrás, mientras pugnaban por abrirse camino entre las parejas que se besaban y los familiares que se reencontraban.

La señora Harris estaba muy elegante con un abrigo nuevo y un sombrero. Hizo esfuerzos para no llorar al abrazar y besar a los niños. Joyce también trató, con poco éxito, de disimular sus lágrimas; para que no se le notara, tomó a Siddy y lo alzó. Vee, Wib y Freddy bombardearon a Vi Harris con más preguntas de las que ella podía contestar:

—¿Tenemos ya casa nueva?

—¿Todavía hay bombardeos en Londres?

—¿Cómo está Darkie? ¿Lo has visto?

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—¿No tendrás por casualidad un poco de chocolate?

—¿Dónde está tu maleta?

La última pregunta fue la única que mereció una respuesta, aunque ésta no fue la que ellos esperaban.

—La trae el tío Stanley.

La señora Harris terminó de abrazar a Vee e hizo una seña a Stanley, que esperaba respetuosamente unos cinco metros más allá.

—¡Stan, ven y saluda! ¡Chicos, éste es el tío Stanley!

—¡Hola! — los cuatro niños le sonrieron educadamente.

—Es más viejo que nuestro otro padre -murmuró Freddy a Wib.

El tío Stanley aparentaba unos cuarenta años, era alto, de pelo untado con brillantina y una mandíbula cuadrada como la de un boxeador. Tal vez se le hubiera podido considerar guapo, a no ser por su mala dentadura que

recordaba bastante al teclado de un piano.

—¿No habrás traído por casualidad un poco de chocolate, tío?

Wib dijo la palabra tío sin ninguna convicción.

—No seas tan glotón. Espera y verás -dijo la señora Harris-. Sigamos adelante.

Ella y el tío Stanley caminaron por el andén y saludaron al señor Bixey. Como de costumbre, él se quitó educadamente la gorra, murmuró un *Oh, ah* a la señora Harris y estrechó con fuerza la mano del tío Stanley.

El viaje en autobús a Pottley fue probablemente el más ruidoso que la Compañía de Autobuses de Wiltshire había conocido. La señora Harris escuchó pacientemente una docena de historias maravillosas del campo, de Vee, Wib y Freddy. Joyce enumeró la lista de las películas que había visto y describió detalladamente al tío Stanley sus escenas preferidas.

No mencionaron, sin embargo, la *Granja del Perro Negro* ni los correazos. El viejo Stoopy era un secreto que pertenecía a los niños y a Doreen, Cyril y Arthur. Igual ocurría con el asunto de los correazos, pues Wib les había hecho prometer que no se lo contarían a mamá. Y esperaba que la señorita Doughbridge no lo mencionara.

Los niños se rieron al ver cómo la señora Harris intentaba torpemente evitar los charcos del camino de Urchley. Se las arregló para salir con un solo pie mojado. El tío Stanley fue menos afortunado. Con valentía y haciendo un gran alarde, intentó saltar sobre un charco, pero con tan mala fortuna que cayó sobre un trozo de hielo, abriéndose de piernas y dando con su trasero en el agua. El señor Bixey se unió a las risas de los niños, al tiempo que le ofrecía su fuerte brazo para ayudarlo a incorporarse.

La señora Bixey y la señora Harris se entendieron de maravilla y, con gran satisfacción por parte de los niños, lo mismo ocurrió entre el señor Bixey y el tío Stanley. Indudablemente contribuyeron a ello unas cuantas jarras de

cerveza dorada del señor Bixey y una botella de whisky que Stanley había hecho aparecer del bolsillo sin fondo de su impermeable. Del mismo bolsillo milagroso salieron también una bolsa de caramelos rellenos, cinco barras de dulce y media libra de chocolate con leche *Rowntree*. La señora Bixey había tendido los pantalones de Stanley encima del fogón de la cocina para que se secaran y éste provocó la hilaridad de todos bailando una danza tropical con sus calzoncillos largos.

Los niños dejaron de pronto de reír al oír el sonido de la campanilla que había sobre la chimenea. El tío Stanley se sorprendió de perder tan bruscamente su audiencia.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? ¿Papá Noel?

—Es la señorita Doughbridge que llama al señor Bixey -explicó Joyce.

—¡*Oh, ah!* — dijo Bixey poniéndose rápidamente su abrigo y su gorra, mientras se limpiaba los zapatos en las perneras de sus pantalones-. Es mejor no hacerla esperar. En seguida vuelvo; sírvase otro vaso de cerveza.

Bixey se marchó rápidamente.

—¿Cómo es la vieja señora? — preguntó la señora Harris.

—¡Bien! — dijo Wib sin dudarlo.

—Cuida bien de vosotros, ¿no es cierto?

—La comida no es abundante, el pescado cocido es endemoniado y el puré de legumbres está lleno de grumos...

—Y no hay ni una freiduría ni donde comprar patatas fritas en todo el pueblo -añadió Freddy tratando de desviar el tema de la señorita Doughbridge.

—...pero, por lo demás, todo va bien -Wib se dio cuenta de que la señora Bixey había vuelto de la cocina-. Y espera a que hayas probado el estofado

de ave de la señora Bixey.

—Y sus tartas caseras -se le unió Vee-. Y todas las mañanas tomamos huevos con bacón.

—¡Válgame Dios! Nadie creería que estamos en guerra, ¿no es verdad? — dijo la señora Harris-. Esto no es como Londres.

El señor Bixey regresó de la casa Butt trayendo el recado de que la señorita Doughbridge quería ver en seguida a la señora Harris. Explicó cortésmente que el tío Stanley no había sido invitado.

—Creo que es mejor que la acompañe ahora, amiga mía.

Cinco minutos con la señorita Doughbridge le habían devuelto algo la seriedad, y los niños observaron que la sonrisa provocada por la cerveza había desaparecido de su rostro.

La señora Harris cruzó el patio hacia la casa Butt y notó que había empezado a nevar. El señor Bixey se esfumó y la dejó sola en el vestíbulo. La señorita Doughbridge salió de su dormitorio precedida de sus dos gatos, el gordo *Caín* y el flacucho y nervioso *Abel*. La vieja habló desde la penumbra, en lo alto de la escalera, como si la señora Harris tuviese una enfermedad contagiosa y se la pudiera transmitir. Habló con su voz altiva y fuerte, que asustó a la señora Harris tanto como anteriormente a los niños:

—¿Cuánto tiempo va a quedarse usted?

—Sólo tres días.

—No puede usted quedarse en esta casa.

—Eso está ya arreglado, querida. El señor Bixey ha tenido la amabilidad de buscarnos una habitación en la fonda *Bell* para mí, para Siddy y para mi prometido.

A la señorita Doughbridge no le gustó que la llamara querida, como tampoco le hubiera hecho gracia a Stanley que le llamara *prometido*.

Por el rabillo del ojo, la señora Harris pudo ver a la señorita Liggerty que estaba cotilleando por una rendija de la puerta de la cocina. La señorita Doughbridge prosiguió la tirante conversación:

—Son unos niños muy indisciplinados.

—Un poco revoltosos, eso es todo; pero son muy buenos -contestó la señora Harris, un poco atemorizada de discutir con aquella voz que venía de lo alto de la escalera.

—Necesitan disciplina y yo no tengo buena salud. Me gustaría que usted les hiciera comprender una cosa: esto no es un hotel; es una casa, y deben respetarla. No necesitamos su dinero. Por favor, tome los giros postales que usted ha enviado. Están encima del perchero.

La señora Harris miró los sobres que ella había enviado con la contribución de seis chelines semanales por niño, que el Gobierno había pedido que pagaran los padres de los evacuados.

—¡Oh, de verdad que me gustaría que aceptase el dinero! Ahora puedo permitírmelo...

—No queremos que se sienta obligada con nosotras. Lo hacemos porque somos buenas cristianas, no por dinero.

—Como usted quiera -dijo la señora Harris-. Hablaré con ellos para que se porten bien. Espero que no le causen demasiadas molestias.

—¡Me las causan! — dijo la señorita Doughbridge dándose media vuelta para regresar a su habitación-. Pero Jesús nos lo pide y hemos de obedecerle. Adiós, señora Harris. Por favor, asegúrese de cerrar la puerta cuando salga.

—Adiós, señorita... Esto... ¡Felices Pascuas! — pero la única respuesta que

obtuvo la señora Harris de la dueña de la casa fue el ruido de la puerta del dormitorio al cerrarse. Al fondo del vestíbulo, la señorita Liggerty estaba todavía husmeando.

—¡Felices Pascuas a usted también!

—¡Felices Pascuas! — contestó la voz plañidera.

—Parece que serán blancas después de todo -dijo la señora Harris. Pero perdió la esperanza de mantener conversación alguna con la señorita Liggerty, porque también esta había cerrado la puerta.

Bajo las miradas hurañas de *Caín y Abel*, la señora Harris retiró sus giros postales y salió rápidamente. En el patio la nieve había empezado a cuajar. Pero, en cierto sentido, el ambiente no era tan frío como en el vestíbulo de la señorita Doughbridge.

OceanofPDF.com

18. El trapero errante

El día de Navidad por la mañana, Joyce corrió la cortina y vio un paisaje que ella creía que sólo existía en los *Christmas*. Durante la noche, el campo había pasado del verde lozano al blanco más puro. Más allá de la finca Butt, a través del aire frío y claro, podía ver los tejados del pueblo de Pottley cubiertos de nieve.

Wib y Freddy también vieron la nieve, y por una vez se levantaron antes de que la señorita Liggerty golpeará la puerta para despertarles.

—¡Ya estamos despiertos, señorita! — gritó Wib. De hecho se habían levantado hacía mucho tiempo y se habían escabullido utilizando la escalera secreta para tocar la nieve que acababan de conocer. Wib agarró del brazo a Freddy cuando éste salía corriendo por la diminuta puerta oculta.

—¡Quieto!

—¿Por qué? — preguntó Freddy, extrañado del fuerte tirón que su hermano le había dado del jersey.

—Porque verán nuestras huellas en la nieve, tonto, y descubrirán la escalera.

En lugar de salir, los dos niños tomaron con cuidado un poco de nieve de la superficie y se la llevaron a los labios. Estaba casi tan rica como las bebidas de un penique de Granny Elliot, allá en Hackney.

La campanilla de la señorita Doughbridge sonó en la granja Butt y el señor Bixey cruzó el patio corriendo. Antes de que llegara a la mitad del camino, la señorita Liggerty abrió la puerta y le dijo:

—¡Traiga a las dos niñas, señor Bixey!

—Creo que están todavía desayunando, señorita.

–Dése prisa, señor Bixey. La señorita Doughbridge quiere verlas.

–Bien, señorita. En seguida.

La señorita Liggerty pidió a Wib, Freddy, Joyce y Vee que esperasen en el vestíbulo.

–La señorita Doughbridge vendrá dentro de un minuto. No os mováis ni hagáis ruido. Y tú, William, haz el favor de no jugar con los sombreros.

A Wib le habían reñido más de una vez por probarse los sombreros de mujer que colgaban del perchero.

Sea lo que fuera lo que quería la señorita Doughbridge, no había duda de que se trataba de una ocasión especial, pues nunca antes los había dejado entrar en su mejor salón. La señorita Liggerty emergió de la sala.

–Entrad, por favor.

Dentro, rodeada de un mobiliario apenas usado, estaba sentada la señorita Doughbridge en una mecedora de respaldo alto. Dormitando en su regazo estaba el gordo *Caín*, que ronroneaba mientras su dueña le acariciaba el lomo con su mano blanca y huesuda. La habitación tenía el olor inconfundible de la casa Butt, a cera de suelo y a gatos, pero había algo raro y poco común en la chimenea: un fuego vivo. Y sobre la mesa que estaba junto a la ventana, colocado en el centro de un paño de felpa de color castaño, había algo aún más raro. Si Wib no se equivocaba, parecía tratarse claramente de regalos navideños debidamente envueltos. Había también una bandeja lacada en negro, con una botella de jerez y varios vasitos de cristal. Wib sabía que no había ninguna posibilidad de que les diesen algo de beber, pero al ver los regalos cruzó los dedos por detrás de su espalda.

La señorita Doughbridge habló todo lo amigablemente que le permitía su voz aguda y áspera.

—¡Felices Pascuas, niños!

—¡Felices Pascuas, señorita Doughbridge!

—Supongo que iréis a ver a vuestros padres... esto... a vuestra madre y a ese señor.

—Sí, señorita, vamos a ir a Devizes, a ver la función navideña que organiza el Comité de Recepción de Evacuados.

Joyce habló de forma rápida pero educada; parecía que la Navidad había logrado incluso ablandar la austera y antipática forma de ser de la señorita Doughbridge. Vee también se dio cuenta del cambio de actitud. Y dijo:

—Luego vamos a ir a un festival musical en la Mission Hall; se ha organizado un concurso de variedades en el que Wib va a contar chistes de Tommy Mandley [\[35\]](#) y yo voy a cantar.

—Un villancico, supongo -intervino la señorita Liggerty.

—No, señorita, *Las rocas blancas de Dover*.

—No se preocupe, señorita -dijo Wib con grandes aspavientos-. Su voz es tan mala que probablemente sonará como *El buen rey Wenceslao*.

—Veo que lleváis jerséis nuevos.

—Sí, señorita -contestó Vee-. Nos los ha hecho la señora Bixey. La ayudamos a deshacer la lana de uno de los chaquetones del señor Bixey; con eso ha habido suficiente para dos.

—Son muy bonitos. Bueno, estamos en Navidad y a la señorita Liggerty y a mí nos gustaría que aceptarais unos regalos que os hemos comprado.

—Muchas gracias, señorita, son ustedes muy amables -dijo Vee, que se mostraba muy locuaz a causa del comentario de Wib. Navidad o no, él odiaba a aquella mujer sin rostro.

—Pero, antes de abrirlos, creo que lo más correcto y adecuado para adentrarnos en el espíritu de la Navidad es cantar unos villancicos. Señorita Liggerty, ¿quiere distribuir los libros de himnos, por favor?

Los niños tomaron un libro cada uno y miraron a la señorita Liggerty mientras sacaba una llave de una caja de porcelana azul y abría la tapa de una cómoda reluciente, que dejó al descubierto las teclas amarillentas de un viejo órgano de fuelle. Sonrieron mientras la señorita Liggerty golpeaba vigorosamente los pedales hasta que empezaron a salir de los tubos del órgano unas notas ahogadas. Iniciaron los cánticos con *Venid fieles todos*, siguieron con *Hubo tres reyes* y terminaron con *Una vez en la capital del reino de David*.

La voz aguda de la señorita Doughbridge parecía que daba unas notas diferentes a las de los demás y, en todo caso, diferentes de las que la señorita Liggerty sacaba del órgano.

—Señorita Liggerty,... los regalos.

La fiel acompañante de la señorita Doughbridge se secó la boca con un pañuelo. Su actuación la había dejado casi sin respiración y más parecía haber estado corriendo por el campo que tocando un instrumento musical.

—¿Podemos abrirlos ya, señorita?

—Sí, pero no rompáis el papel. Es muy difícil de conseguir y puede servir para otra ocasión.

Los niños desarrollaron cuidadosamente los regalos. Cada paquete contenía un libro, al parecer de segunda mano. El de Joyce era *La marcha del peregrino* de John Bunyan que, para ser sinceros, no parecía demasiado apetitoso; era una especie de libro religioso. Lo hojeó, deteniéndose un

poco en las ilustraciones de colores austeros de un hombre con una armadura. Vee fue algo más afortunada. El suyo era *Los viajes de Gulliver*, que había oído en un serial radiado. La señorita Liggerty había escrito en la portada: *Recuerda Vee. Gulliver era un gigante en Lilliput, pero nada más que un enano en Brobdingnag.*

La dedicatoria pasó inadvertida para Vee, pero al menos, el libro parecía un poco más interesante que el de Joyce. A Freddy y Wib les correspondieron dos volúmenes diferentes de *El almanaque de los niños*. Wib hubiera preferido *Biggles se enfrenta a la esvástica*, de Freddy, pero cambió de opinión al ver que había un capítulo entero dedicado a las colecciones de cromos.

Los niños dieron las gracias a las dos señoritas y salieron del salón deseándoles felices pascuas. Por un breve instante, mientras los leños crepitaban en la chimenea, las señoritas Doughbridge y Liggerty parecieron casi humanas.

La nieve en Oven Bottom tenía casi 30 cm de espesor y Freddy y Wib jugaron, rodando como bolas de nieve humanas. En la garganta de Cheddar, la nieve se había amontonado en la ladera y en algunas partes tenía un espesor de metro y medio, lo que originó que Vee se hundiera por completo al dar un salto ambicioso.

Los ataúdes, en el jardín del dueño de la funeraria, estaban también cubiertos de nieve y semejaban una versión a lo grande de los montones de harina del ultramarinos Noblock.

La calle principal aparecía también fría y blanca. En Hackney, a esas alturas, la densidad del tráfico ya habría convertido la nieve tan blanca en un fango sucio y gris. En Pottley, en cambio, salvo los surcos profundos dejados por el camión volquete del señor Bootwick, la nieve se mantenía intacta. El agua de la fuente se había helado por completo y la capa de hielo era tan espesa que Wib no pudo romperla ni tan siquiera con el tazón de hierro que colgaba de la cadena.

Una vez en la fonda Bell, les permitieron subir adonde estaba la señora Harris con Sidy y el tío Stanley. Sidy había abierto ya sus regalos y les recibió con una peonza que colgaba del extremo de una cuerda. La hizo girar con fuerza a su alrededor y alcanzó a Freddy accidentalmente en la barbilla. Sidy se llevó un tortazo por su torpeza.

El aspecto de los regalos de la señora Harris a sus hijos era un tanto patético, envueltos como estaban en un papel marrón y en trozos de papel viejo; tal era la escasez de papel navideño de colores en Londres. Pero lo importante era lo de dentro. Para Joyce un collar, y una polvera de baquelita con polvos de verdad. Para Vee un *puzzle* de la coronación del rey Jorge y un juego familiar. Freddy sacó de su paquete un tanque mecánico y un juguete repintado que representaba una camioneta de correos. Wib desenvolvió un viejo ejemplar del *Daily Mirror*, que contenía una colección nueva de cromos de artistas de cine.

—¿Qué pasa con el regalo de mamá? — dijo mientras examinaba minuciosamente el reverso del cromo de Clark Gable.

—¡Oh, perdón, casi se me olvidaba! — Joyce le dio a su madre un paquete pequeño cuidadosamente envuelto. La señora Harris lo abrió casi con la misma excitación que los niños.

—¿Qué es? — dijo un poco confusa.

—Es un asidor para la tetera -dijo Vee-. La señora Bixey nos ayudó a tejerlo.

—Se pone alrededor de la tetera y así no se quema uno las manos -explicó Freddy.

—Muy bonito -dijo la señora Harris.

—Sentimos no haberte comprado nada, tío Stanley -dijo Wib.

—No te preocupes, hijo.

—Es que no sabíamos que ibas a ser nuestro padre ¿sabes? Pensábamos que sólo eras un amigo de mamá.

Como es natural, hubo un silencio bastante embarazoso por el comentario de Wib. Joyce abría y cerraba nerviosamente su polvera fingiendo no haber oído nada. La señora Harris estaba más apurada que nadie y jugueteaba con el asidor para la tetera que acababa de recibir. El tío Stanley sonrió y rompió el hielo, cambiando de tema.

—¡Venga, muchachos! ¿Quién quiere venir al concierto?

—¡Nosotros! — Se produjo una ruidosa confusión mientras los niños se ponían los abrigos y bajaban la estrecha escalera. El tío Stanley acarició el pelo de la señora Harris y la besó en la frente. Ella dejó de jugar con su regalo.

—¡Lo siento, *Stan*! No lo han hecho a propósito.

El concierto del *Palace* había sido organizado por la señora Knapp-Jenkins, que alternaba con el señor Fishpool, el secretario del Ayuntamiento, en la presentación de las diferentes actuaciones. Primero fueron los «profesionales».

—A continuación, niños, padres... y demás... -anunció el señor Fishpool. Tartamudeaba y no había razón para que fuera el maestro de ceremonias; pero, como dijo la señora Harris, le sobraban agallas. Las necesitaba, llamándose *Fishpool*.

—¡El señor Spellgrove, nuestro mago de Wooton Basset! ¡Os encantará!

Se rió del juego de palabras y lo mismo hizo la entusiasmada audiencia. El señor Spellgrove resultó ser un mago malísimo y Wib descubrió todos sus trucos. Pero era Navidad y todo el mundo gritaba de admiración con lo que hacía.

La señorita Audrey Fishpool, la hija del secretario del Ayuntamiento, dio un

recital de *La canción del desierto*, cantando *Uno solo*, acompañándose a sí misma al piano que tocaba con mucho gusto.

La siguiente actuación corrió a cargo de uno de la localidad, que trabajaba en las *Cervecerías Wadsworth*, y a quien le rechinaban los dientes postizos cuando cantaba *Déjale ir, déjale quedarse*. Esto hizo reír tanto a Wib y a Freddy, que no tuvieron más remedio que ir al cuarto de baño.

Vino entonces un número inesperado. El señor Austin, el director del cine, salió al escenario y alzó las manos para apaciguar a la excitada multitud que estaba dispuesta a aplaudir a cualquiera, incluso a los directores de cine calvos.

—¡Señoras, caballeros, niños! ¡Realmente hoy estamos de suerte!
¡Aceptando la invitación de este cine, la dirección del *Palace* tiene el orgullo de presentarles... ¡ja la estrella del teatro y la radio, el *Trapero errante*!! ¡Sí, el mismísimo Syd Walker...!

El público lanzó un grito que, sin duda, debió ocasionar un daño permanente en las maderas del techo. El *trapero errante* de la radio hizo su entrada; inmediatamente fue asediado por todo el mundo, en demanda de autógrafos. Cientos de manos tendían trozos de papel, cartillas de evacuados, cajas de máscaras antigás, cualquier cosa en la que pudiera estampar su firma. Aquello fue un infierno durante media hora larga y, sólo cuando el señor Fishpool y el señor Austin lo arrastraron hacia la salida, las cosas volvieron a la normalidad. La gente hablaba entre sí animadamente mientras se sentaba de nuevo en sus asientos. No podían creerse que habían visto de verdad, e incluso tocado, a Syd Walker. Lo más gracioso de todo era que, por lo menos, un noventa por ciento de ellos no había oído hablar jamás de él.

El concurso de variedades fue presentado por la señora Knapp-Jenkins, quien agradeció a la señora Westmead el que se hubiera prestado tan amablemente a tocar el piano.

Se cantaron diez versiones diferentes de *Las rocas blancas de Dover* y la de

Vee no fue, ni mucho menos, la peor. Los chistes de Wib fueron bien recibidos por la audiencia, pero lo estropeó un poco al confiarse excesivamente y olvidar parte de la letra de *El hombre del paraguas*.

La niña rubia del tren de los evacuados cantó una vez más *Mi barco de caramelo*; a mitad de la canción se estremeció y salió corriendo llorando:

—¡Mamá, me lo he hecho otra vez! ¡Tengo que ir al lavabo!

Esto provocó grandes aplausos y el señor Fishpool anunció inmediatamente que la ganadora era la niña, pero, desgraciadamente, su madre no pudo convencerla de que saliera del lavabo de señoras para recibir su premio.

En el camino de regreso a la casa Butt toparon con el señor Bixey, que volvía del *Jorge y el Dragón*. Tras echar unos tragos en la botella de petaca del tío Stanley, los dos hombres se quitaron las chaquetas y organizaron un concurso de fuerza, lo que tuvo como consecuencia que los dos dieran con sus traseros en la nieve. Luego, el tío Stanley propuso una carrera a la pata coja hasta la granja Frogshitch. Resbalaban y daban traspiés continuamente sobre el suelo helado. El señor Bixey, resoplando pesadamente, abandonó a mitad de camino, al ver la figura odiosa de la señorita Liggerty, de pie junto a la puerta.

—Buenos días, señorita -dijo Bixey quitándose un sombrero imaginario, avergonzado de que le hubieran pillado sin chaqueta.

—Buenas tardes, Bixey. La señorita Doughbridge deseaba saber si usted y su esposa y la señora Harris y su prometido, querrían tomar con ella una copa de jerez. Aunque, por su aspecto, me atrevería a decir que ya han bebido bastante.

—Por supuesto, señorita, es un honor para nosotros. Desde luego que sí.

La señorita Liggerty regresó por el sendero. La señora Harris y el tío Stanley se tomaron del brazo y se echaron a reír. Wib tenía sus dudas:

—¡Tened cuidado, no os vaya a envenenar esa vieja vaca!

El almuerzo de Navidad en casa de los Bixey fue una fiesta que los niños recordarían durante el resto de su vida. El señor Bixey, todavía bajo los efectos de la cerveza, del jerez y del whisky del tío Stanley, comenzó a trincar el pavo más grande que habían visto en su vida, cortando unas lonchas blancas y deliciosas.

Después hubo empanadas y pastel de Navidad, y tuvieron que hacer esfuerzos para hacerlos llegar a sus estómagos ya llenos. Para la señora Harris constituía un misterio cómo se las había arreglado la señora Bixey para no acusar el racionamiento de guerra y la escasez que todo el mundo estaba padeciendo en Londres. La señora Bixey explicó que había llegado a un «arreglillo» con el ultramarino de Noblock, gracias al cual tendría siempre lo que necesitase.

El tío Stanley y el señor Bixey durmieron el whisky y la cerveza arrellanados en los dos sillones que había delante de la chimenea, donde daban unos sonoros ronquidos. Las dos mujeres terminaron de fregar y llevaron a los niños a cantar villancicos a la Mission Hall.

La tarde se ocupó con un concierto improvisado en el que participaron todos. Wib cantó -esta vez bien- *El hombre del paraguas* y el tío Stanley se destapó con algunas canciones chabacanas, que hicieron reír a los niños y enrojecer a la señora Harris. Hasta Freddy imitó a Arthur Askey, el actor de la radio, cantando *La abeja laboriosa*. Joyce bailó un vals con el tío Stanley. El señor Bixey ofreció su versión del *fox-trot* con la señora Harris, a quien dejó los pies un poco más planos que al principio. Hubo bebida para todos y el tío Stanley parecía una fuente inagotable de barras de chocolate. Cuando uno lleva mucho tiempo sin probarlo, una barra de chocolate es como un lingote de oro. Hubo también dulces, gracias a las colmenas de la señora Bixey, que los preparaba milagrosamente a base de miel y bicarbonato.

La velada se prolongó durante varias horas y, cuanto más ruido hacían, más temía Joyce que la señorita Doughbridge tocara la campanilla desde la otra parte del patio; pero no lo hizo. Sin duda estaba durmiendo bajo los efectos

de la desacostumbrada copa de jerez.

Fue entonces cuando la larga tarde desembocó en un final repentino y cruel sin que, por esta vez, la señorita Doughbridge tuviera nada que ver con ello. El tío Stanley obligó a la señora Bixey a levantarse de su cómoda butaca y a que se uniera a los demás en el *Hokey-Cokie* [\[36\]](#).

—¡Venga, Fay, no queremos mirones en esta fiesta!

La señora Bixey se rió a carcajadas y, al levantarse, casi derramó su vaso de oporto con limón. De repente se llevó sus manos rechonchas al pecho y se desplomó inconsciente al suelo, golpeándose al caer con el árbol de Navidad. El tío Stanley la apoyó y la reclinó en una butaca, mientras el señor Bixey le daba golpes en la cara para que volviera en sí. Los niños se limitaban a observar.

—Es el corazón -dijo Bixey preocupado-, es el corazón.

Nadie les había comentado antes a los niños que tuviese el corazón débil; tampoco había razón alguna para que ellos lo supieran. Nunca habían visto morir a una persona. No era posible. Al menos con esa rapidez. Tan sólo unos momentos antes había estado cantando ruidosamente, y ahora... se había marchado. Parecía una pesadilla horrible, pero desgraciadamente todo era real. Los niños permanecieron quietos, mirando en silencio, mientras el señor Bixey lloraba desconsoladamente en el regazo de su mujer muerta.

En cuestión de segundos, la mejor Navidad con la que podían haber soñado se había convertido en la peor que habían conocido.

19. Con las manos en la masa

La señora Harris se quedó al funeral de la señora Bixey, pero el tío Stanley tuvo que regresar a Londres. La señora Harris temía un poco a la señorita Doughbridge al no tener a Stanley a su lado para respaldarla, y cuando volvió del funeral fue llamada a la casa Butt.

La señorita Liggerty la pasó al comedor y sirvió una taza de té en la mesa, delante de ella. La señorita Doughbridge entró arrastrando su pierna mala.

—Buenos días, señora Harris.

—Buenos días, señorita. — La señorita Doughbridge se acomodó en una de las sillas de alto respaldo del comedor y apoyó sus manos delgadas sobre el puño del bastón. La señorita Liggerty se situó muy cerca de ella y los inevitables *Caín* y *Abel* se echaron a sus pies.

—Trágicos acontecimientos. Muy trágicos. La señora Bixey era una buena mujer. Muy buena mujer.

—Lo sé. Todos estamos consternados. Me da mucha pena el señor Bixey. Está fuera de sí. No sé qué va a ser de él.

—Es evidente que sus hijas ya no puedan quedarse en la granja Butt. El señor Bixey no puede cuidarlas estando solo.

—Así es. Lo entiendo. — La señora Harris se revolvió inquieta en su asiento y jugueteó con su cabello. Los pequeños ojos azul-grisáceos de la señorita Doughbridge aparecían brillantes y penetrantes en medio de su cara empolvada y de rasgos inexpresivos.

—Esto... pensaba ir a Devizes a consultar con la señora... Knapp... o como se llame, la encargada del alojamiento. Tal vez las niñas puedan mudarse a otro alojamiento -dijo la señora Harris.

—No es necesario -contestó la señorita Doughbridge-. Se quedarán aquí. La señorita Liggerty puede cuidar de cuatro lo mismo que de dos. Hay sitio de sobra y la señorita Liggerty aceptará de buen grado la tarea.

—¡Oh, no! No quisiera causarles ningún problema...

La señorita Doughbridge no la escuchaba; agitó su mano huesuda al tiempo que la señorita Liggerty la ayudaba a levantarse de la silla.

—Ya está todo arreglado. Le sugiero que vayan trayendo sus cosas inmediatamente. La señorita Liggerty ya ha hecho las camas.

Los cuatro niños cruzaron el patio en dirección a la casa Butt en completo silencio. En la puerta de la granja, Joyce volvió la vista al zaguán que un día fue agradable y acogedor. La señora Bixey se había ido para siempre.

Al final del camino de Urchley, los niños esperaron tranquilamente hasta que llegó el autobús, de un solo piso, procedente de Pewsey. La nieve ya había empezado a derretirse cuando la señora Harris se despidió de ellos con un beso. Joyce, como de costumbre, era la más afectada.

—No te preocupes, cariño. Es muy triste lo de la señora Bixey. Era una mujer estupenda, pero a todos nos ha de llegar nuestra hora.

—No es eso, es que...

—¿Qué?

—Es que...

Wib terminó la frase por ella.

—Es por la vieja Doughbridge. No podemos soportarla y las chicas no quieren quedarse con ella. Y Freddy y yo, tampoco. El puré de guisantes tiene grumos y las camas están húmedas.

—¡Vamos, señora! — dijo la conductora del autobús-. Ha tenido usted no sólo todo el día, sino todas las Navidades para saludarles y despedirse.

—¿En qué casa queréis quedaros?

—¡En la de Cyril!

—¡En la de Arthur!

—¡En la de Doreen!

Los tres más pequeños querían la solución que egoístamente les interesaba más, lo que enfadó a la señora Harris. Ésta negó con la cabeza y subió a Sidy al autobús.

—Ahora escuchadme todos. La vida no es siempre como uno quiere. No todo son indios, vaqueros y películas gratis. Hay una guerra y no queda más remedio que aceptar una serie de cosas aunque no nos gusten en absoluto. Yo las he soportado; ahora os toca hacerlo a vosotros. Así que dejad de lloriquear y haced frente a la situación.

—¿Ya ha terminado, señora? — dijo la conductora del autobús, una mujer bastante desagradable-. O es que vamos a esperar aquí todo el día...

La señora Harris recogió su maletín y subió al autobús cuando éste ya empezaba a ponerse en movimiento.

Ella y Sidy sacaron la mano por la ventanilla trasera en señal de despedida, pero los cuatro niños se alejaron por el camino de Urchley sin volver la espalda. En cierto modo se sentían abandonados. Al otro extremo del camino la nieve se había derretido y los charcos parecían mayores que nunca.

Durante las semanas que siguieron, Arthur, Cyril, Doreen, Vee, Freddy y Wib se dedicaron a vigilar a Stoop y a la *Granja del Perro Negro*. Se

tumbaban en lo alto de la colina, mirando con los prismáticos nuevos de Arthur y anotaban todas las idas y venidas en un diario. Arthur había dicho que esto sería necesario como prueba ante los tribunales.

Ya habían anotado las visitas regulares de dos carniceros de Devizes; el señor Wilson, gerente de la casa proveedora de alimento para animales Perrymead, era otro de los asiduos visitantes.

Wib, Freddy y Arthur estaban tendidos en la hierba, sobre una vieja manta del ejército, y se turnaban para observar con los prismáticos. La tierra, debajo de ellos, estaba dura por la helada y Wib se incorporó para frotarse sus rodillas doloridas. De repente vio llegar a un nuevo visitante a la granja de Stoopy; era el camión del taller mecánico de Bootwick.

—¡Eh vosotros dos, mirad! ¡Es el camión del padre de *Ojos de Rana*!

El señor Bootwick descendió de la cabina con bastante soltura y, para sorpresa y regocijo de Wib, también lo hizo el propio *Ojos de Rana*, el joven Gilbert Bootwick.

Los tres niños contemplaron boquiabiertos cómo abrían la trasera del camión y el señor Bootwick descargaba seis bicicletas Hudson relucientes y nuevas, iguales a las que el señor Keogh había encontrado en la granja Butt. Stoopy llevó las bicicletas hasta el interior del granero y apareció el señor Bootwick con dos ovejas muertas al hombro. Sacó un cuarto de cerveza Wadsworth y se dirigió a la casa. Al joven Gilbert se le excluyó de esta operación y se quedó sentado en el estribo del camión leyendo un ejemplar del *Hotspur*.

—Bueno -dijo Wib-, los hemos pillado con las manos en la masa. ¡Vosotros dos, id corriendo a avisar al señor Keogh! ¡Pero rápido! ¡No hay tiempo que perder!

—Tenemos justo el tiempo que se tarda en beber una botella de cerveza -añadió Arthur inteligentemente.

—¿Y tú qué? — preguntó Freddy a Wib—. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Por qué no vas tú? ¿Por qué nos toca siempre a nosotros?

—Yo me voy a quedar a ver qué hacen; a ver lo que se traen entre manos. Venga, iros ya. ¡Rápido! Arthur, déjame los prismáticos.

Wib se quedó vigilando mientras Freddy y Arthur bajaron la colina corriendo, y se dirigieron a la Mission Hall y el callejón de Sloops, cortando campo a través. La comisaría de policía de Pottley era una antigua tienda pequeña arreglada para su nueva función, que se encontraba junto a la ferretería Belcher. Wib cruzó sus dedos para que encontraran al policía Keogh. Le vino a la mente el viejo dicho de su madre de que siempre había montones de policías por todas las partes menos cuando uno los necesitaba.

Allá abajo, en la granja, *Ojos de Rana* seguía absorto en la lectura de su revista; mordisqueaba con indiferencia una zanahoria que había sacado de una bolsa que había junto al depósito del agua. Estaba claro que Gilbert conocía perfectamente su cometido en la *Granja del Perro Negro*.

Wib oteó los alrededores con los prismáticos de Arthur y vio otra figura que se dirigía hacia la granja por la senda que salía de la carretera principal de Devizes. La ruedecilla que servía para enfocar los prismáticos estaba algo dura y a Wib le costó trabajo obtener una visión clara del nuevo visitante.

La imagen borrosa que se veía a través de los cristales fue aclarándose gradualmente. Wib no podía creer lo que estaba viendo, así que hurgó una vez más en la ruedecilla de enfoque. Pero no había error sobre la identidad del visitante. Hacía más de un año que no lo veía, pero era él con toda seguridad. ¡Era su padre, el señor Harris!

Wib se mordió nerviosamente las uñas mientras su padre avanzaba confiadamente hacia la granja. Le vinieron a la cabeza todas las cosas que su madre había dicho siempre sobre su padre. Le llamaba a menudo «derrochador» y «transnochador». Wib recordaba cómo la policía llamó en más de una ocasión a la puerta de la calle Paxton. El señor Harris saltaba rápidamente el muro trasero, que conducía a la parte posterior de la casa, y

obligaba a Joyce a acudir a la puerta principal y mentir diciendo que no veía a su padre desde hacía mucho tiempo. No era una tarea agradable y aquello le disgustaba a Joyce.

Recordaba también el día en que les dio un susto de muerte cuando llegó a casa sin respiración, con la pierna sangrando por el mordisco de un perro vagabundo. Su maleta se abrió, esparciéndose por la cocina su contenido, un montón de relojes despertadores. Ellos no comprendían para qué necesitaba tantos despertadores. Pero Wib sabía que eran robados. En aquella ocasión, el señor Harris permaneció durante una semana en el refugio del jardín, y los niños le llevaban la comida, con miedo de que les pudiera contagiar alguna enfermedad a causa de aquella horrible herida de la pierna.

Cuando los abandonó hacía un año, la señora Harris se había mostrado indiferente. «Tenemos suerte al librarnos de él», había dicho. Y los niños parecían estar de acuerdo con ella.

Desde su posición en la colina, Wib pudo ver al policía Keogh que, acompañado de cuatro tenderos de la localidad, se dirigía a la granja por la dirección opuesta. Arthur y Freddy los seguían, a una distancia lo suficientemente grande como para no correr peligro, pero lo suficientemente cerca como para no perderse nada.

El señor Harris llevaba una maleta de cuero, que debía pesar bastante a juzgar por las veces que la cambiaba de mano mientras caminaba. ¿Llevaría en ella mercancías robadas para intercambiarlas con Stoopy? Wib no sabía qué hacer; aunque el señor Harris fuese un ladrón, era su padre.

Metió los prismáticos en su funda y bajó corriendo la ladera de la colina hacia el sendero. El señor Harris tenía la vista clavada en la *Granja del Perro Negro*, por lo que no vio a su hijo, que se le acercaba por detrás. Wib no se atrevió a acercarse demasiado y, a unos diez metros de su padre, se detuvo y le llamó:

—¡P... p... papá!

Al escuchar aquella voz tan familiar, el señor Harris se volvió. Se restregó los ojos y examinó al muchachito que se encontraba a un lado del camino.

—¡Soy yo, papá, Wibby!

—¿Wibby? ¡No, no es posible!

El señor Harris soltó la pesada maleta y frunció el ceño, sorprendido, como si realmente no creyera lo que estaba viendo.

—¡Bueno, estoy asombrado! No puedo creerlo. Me dijeron que habíais sido evacuados,... pero no tenía idea de que había sido aquí. ¡Acércate, deja que te vea! ¡Parece mentira! Tanto rodar por ahí y con quien me voy a topar es con mi propio hijo -hizo señas a Wib de que se acercara, pero éste se quedó donde estaba.

—¡Ven aquí, muchacho, no tengas miedo! ¡Soy yo...!

—No irás a la *Granja del Perro Negro*, ¿verdad, papá?

—Sí, muchacho, un asuntillo con un viejo amigo. — El señor Harris palpó su maleta-. ¡Una ganga!... Sólo hay que sacarla de la parte trasera del camión, si entiendes lo que quiero decir.

Le guiñó un ojo a Wib, quien comprendió perfectamente su significado. El contenido de la maleta sería seguramente robado, y de un interés indudable para el señor Keogh, que llegaría de un momento a otro con Freddy y Arthur. Su padre sería capturado con las manos en la masa, exactamente igual que Stooppy y los Bootwick.

—Ese amigo tuyo ¿es por casualidad un poco jorobado?

—Sí. Harri Benson. ¿Le conoces?

—No... es que... Mira, me tengo que ir. Mi cena ya debe de estar preparada.

Wib empezó a subir por el ribazo junto al camino. El señor Harris le llamó:

—¿Dónde vives aquí? ¿Está tu madre contigo?

—No, sólo yo, con Fred, Vee y Joyce.

—Aguarda un momento, hijo, no me has dicho dónde vives ni nada. Me gustaría ver a Joyce y a los otros antes de marcharme.

—En la casa Butt, en el camino de Urchley. Me tengo que ir... ¡Adiós!

Wib se alejó corriendo y su padre prosiguió su camino, una vez retirada su maleta. Movi6 la cabeza, sonriendo por el comportamiento de su hijo.

Wib se detuvo para mirar atr6s. El se6or Harris estaba silbando *El hombre del paraguas*, su canci6n favorita. ¿Qu6 estaba haciendo 6l? Aquel hombre era su padre, hasta se le parec6a. ¡Su padre! Y le dejaba irse para que lo capturara la polic6a. ¿Qu6 clase de hijo era 6l? Hubiera preferido que no silbase aquella canci6n, con todas las que hab6a.

—¡Pap6..., pap6... no vayas!

El se6or Harris dej6 de silbar y se volvi6.

—¿Qu6? ¿Ad6nde?

—A la *Granja del Perro Negro*. La *poli* est6 all6...

—¿La *poli*? — dijo el se6or Harris, al que de repente se le cambi6 la cara paternal y amistosa por la del ladr6n ego6sta a la que Wib estaba m6s acostumbrado-. ¿Est6s seguro?

—¡Claro que s6..., les avisamos nosotros!

Wib no esper6 una respuesta; conoc6a muy bien el car6cter de su padre.

Corrió con todas sus fuerzas hacia la cima de la colina y se dirigió hacia la calle principal. Si tenía suerte, Cyril estaría allí y podría esconderle. El señor Harris soltó la maleta y se precipitó hacia la colina detrás de su hijo.

En la *Granja del Perro Negro*, el policía Keogh hacía sonar su silbato frenéticamente. Con la ayuda del señor Belcher y del señor Noblock, consiguió apresar al corpulento señor Bootwick y ponerle las esposas. Llevaba veinte años esperando hacerlo.

El señor Jerem, dueño del *Jorge y el Dragón*, no tuvo ninguna dificultad para reducir al débil Stoop. Eran ciento diez kilos contra setenta, y los brazos fuertes y grandes del señor Jerem, acostumbrados a levantar los pesados barriles de cerveza, le hicieron una llave que casi le retuerce la cabeza a Stoop.

Arthur y Freddy se erigieron en improvisados comisarios y detuvieron al joven *Ojos de Rana*, que intentaba escabullirse por detrás de los establos.

Al otro lado de la colina, el señor Harris alcanzó a Wib y lo agarró fuertemente por la bufanda.

—Escúchame, Wib -el señor Harris, jadeante, trataba de recuperar el aliento-. Escúchame y entiéndelo bien. Te veré esta noche y recuerda que tienes que mantener la boca cerrada... si no, te acordarás de mí. ¿Has comprendido?

Wib asintió.

—¡Entonces, ni una palabra!

Wib asintió de nuevo y el señor Harris apretó un poco más la bufanda en torno a su cuello.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor! —replicó Wib que hablaba en serio. El señor Harris volvió corriendo al sendero para retirar su maleta y se dirigió hacia la

carretera principal de Devizes.

Wib se aflojó la bufanda y corrió hacia la *Granja del Perro Negro*, ansioso de contarle a Freddy todo lo referente a su encuentro. Pero sabía que no podía hacerlo. Era un secreto que no podía compartir ni siquiera con su hermano.

OceanofPDF.com

20. Pool [\[37\]](#)

Wib se sabía de memoria cualquier detalle, por mínimo que fuera, de los cuadros religiosos que había colgados en la pared del dormitorio de la casa Butt. El pequeño haz de luz emitido por la siseante lámpara de gas los iluminaba sólo a medias, pero, aun con los ojos medio cerrados, Wib los veía con bastante claridad. Freddy suspiró al reclinar su cabeza en la mullida almohada de plumas. Lo había pasado muy bien jugando a policías y ladrones -exactamente igual que en la película del sábado por la mañana- y, como consecuencia de ello, llevaba una sonrisa triunfante al irse a dormir.

El cuadro que miraba Wib representaba un hombre encadenado a la puerta de lo que podría haberse tomado por una cárcel inglesa, si no fuera porque había arena y palmeras por doquier. Otro hombre con barba y que llevaba una larga vestidura blanca estaba desatando los grilletes del primero, ayudado por un grupo de niños harapientos. Debajo, en elegantes letras negras, había un letrero que decía: *No se puede llamar desventurado a quien, cualquiera que sea el mal que sufra, tiene un niño al que amar.*

A la escasa luz de la habitación, el hombre encadenado se parecía enormemente a su padre. Wib apartó el edredón y saltó de la cama. Una inspección más cuidadosa del cuadro le reveló que no se parecía nada al señor Harris. De hecho era la viva imagen de Syd Walker, el *Trapero errante*.

Wib aguzó el oído al notar que se abría la puerta trasera del patio. Apagó el gas, se acercó de puntillas a la ventana y descorrió suavemente la pesada cortina. No le extrañó ver a su padre. El señor Harris distinguió a Wib casi al instante y le hizo señas de que bajara al patio. Wib movió su cabeza de un lado a otro.

—No puedo -cuchicheó a través de la ventana-. No me dejan.

—¡Baja aquí en seguida! — El señor Harris, al hablar, escupió por los huecos de sus dientes marrones.

Wib se puso el abrigo, descendió por la escalera secreta y salió al otro lado del patio.

—¡Aquí estoy, papá!

El señor Harris se volvió sorprendido de la llegada de su hijo en dirección opuesta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? No has salido por la puerta.

—Hay una puerta lateral.

—De acuerdo. Ven aquí. — El señor Harris señaló hacia el cobertizo de la gasolina del señor Bixey-. Huele a gasolina. ¿Estoy en lo cierto?

Wib asintió:

—Sí, hay mucha. La dueña de la casa, la señorita Doughbridge, tiene tres granjas y ahí se guarda la gasolina para los tractores.

El señor Harris movió el candado.

—¡Maldita sea! ¡Está cerrado!

—Hay una llave.

—¿Dónde?

—La tiene el señor Bixey.

—¡Tráemela!

—No puedo. Vive en la otra casa.

—¡Tráemela!

—Pero es que la lleva en la cadena del reloj.

—¡Tráemela!

Nunca se cerraba la puerta trasera de la granja Butt y Wib sólo tuvo que levantar el picaporte para entrar. El señor Bixey no oyó a Wib subir la escalera chirriante, pero sí lo hizo Jip. Gruñó amenazadoramente al intruso desde la oscuridad del descansillo.

—¡Quieto, Jip! —susurró Wib— ¡Soy yo, Wib! ¡Tranquilo!

Wib acarició al perro para que se tranquilizara. Jip lamió la cara de Wib y luego, perezosamente, volvió a tumbarse en su rincón.

El cerrojo de la puerta del señor Bixey no estaba echado y algo sonó cuando Wib levantó el picaporte. Cualquier ruido, por pequeño que fuera, le parecía enorme a Wib, y las maderas del suelo parecían crujir mientras cruzaba el dormitorio de puntillas. El señor Bixey había pasado la tarde en el *Jorge y el Dragón* y roncaba a todo pulmón en la cama. No podía decirse que fuera un hombre pulcro y sus ropas aparecían desperdigadas por el suelo. Wib encontró su chaleco tirado sobre una silla, junto a la ventana, y sacó del bolsillo la cadena del reloj con sumo cuidado. El señor Bixey se agitó entre sueños y sus mofletes temblaron antes de volverse hacia la pared. Wib sacó de la cadena la llave del cobertizo y regresó de puntillas a la escalera, acariciando de paso la cabeza de Jip.

Ya abajo, el señor Harris le arrebató la llave y abrió el candado que cerraba la barra de hierro de la puerta. Los vapores del cobertizo le revolvieron el estómago a Wib, que permaneció junto a la puerta abierta para poder respirar aire puro. El señor Harris le dio una antorcha.

—Sujeta esto... y, por el amor de Dios, cierra la puerta.

Wib cerró la puerta y encendió la antorcha.

El señor Harris sacó de una caja un artefacto que semejaba algo así como varias máscaras antigás conectadas entre sí.

—¿Qué es eso? — preguntó Wib.

—Esta no es gasolina normal, es *pool*. Tengo que filtrarla para quitarle el colorante que tiene.

—¿*Pool*? ¿Qué es *pool*?

—Es gasolina teñida de rosa, especial para granjeros. Si te pillan vendiéndola en Londres, seguro que te metes en un lío. Por eso la filtro con este aparato, ¿ves? y la gasolina sale incolora. Luego puedo llevarla adonde quiera y nadie sabrá dónde la he conseguido. Acerca la antorcha aquí para que pueda ver.

Wib acercó la antorcha al aparato filtrante y, uno tras otro, el señor Harris vació los bidones en el embudo.

A Wib le entró sueño y bostezó, ladeándose la antorcha que sostenía, hasta casi caerse.

—¡Wib! ¡Mira lo que haces!

—Lo siento, papá.

Resultaba gracioso llamarle papá cuando no le apetecía nada. En realidad, no quería en absoluto estar allí. Fuera, Wib oyó otra voz.

—¡Eh! ¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Wib?

—¡Es Joyce! — dijo Wib a su padre.

El señor Harris tomó la antorcha de las manos de Wib.

—Sal y dile algo. No dejes que me vea.

—¿Y qué le digo?

—Dile lo que quieras, pero que no entre.

Wib salió al patio. En medio de la oscuridad distinguió a Vee y Joyce de pie junto a la puerta de la granja. Llevaban sus abrigo sobre los hombros pero no paraban de tiritar.

—¡Wib! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Nada, nada de particular.

—¿Nada? Algo estarás haciendo.

—No. Por favor, Joyce, vete. Ya te lo contaré mañana. No te acerques, por favor. Vuélvete a la cama...

Wib no pudo decir nada más, porque le interrumpió una fuerte explosión al tiempo que salía del cobertizo de la gasolina una gran lengua de fuego.

—¡Es papá! — gritó Wib-. ¡Está dentro!

El señor Harris salió tambaleándose, con la chaqueta envuelta en llamas. Se echó al suelo y se revolcó en los charcos para apagarlas, mientras gritaba a los niños:

—¡Fuera de aquí, antes de que estalle todo!

Wib, Vee y Joyce salieron corriendo y se ocultaron tras el muro de piedra.

—¿Qué está haciendo él aquí? — dijo Joyce.

—Ha aparecido de pronto. Andaba detrás de la gasolinera de Doughbridge. Debe de haber saltado una chispa o algo así.

—¿Estás ahí, papá? ¿Qué está ocurriendo?

El señor Harris tosió y carraspeó, arrastrándose fuera del charco de barro. Lanzó una última mirada al cobertizo en llamas y se perdió corriendo en la oscuridad. Lo hizo a tiempo, pues en aquel momento se produjo otra explosión y las llamas subieron al cielo, lanzando en todas direcciones maderas ardiendo. Las llamas iluminaron el cielo y pudo verse claramente al señor Harris huyendo por la granja Butt. Era obvio que no le preocupaba la seguridad de los niños y cojeaba ostensiblemente a causa de sus quemaduras.

—¡Papá! ¿Dónde vas? — gritó Joyce-. ¿Dónde vas?

—¡Deja que se vaya y no digáis nada! ¡Nada en absoluto! — dijo Wib.

—¿Por qué?

—Porque he dado mi palabra de honor de no decir nada.

—¿Pero por qué?

—¡Porque es nuestro padre, eso es todo! Ahora, dad vuestra palabra también.

—¿Pero por qué, Wib?

—¡Dad vuestra palabra!

—¡Palabra!

No adivinaban los motivos de Wib, pero aquello parecía tranquilizarle.

—¡Mirad!— Vee se había vuelto hacia la granja Butt, y vio con horror que el tejado de paja se había incendiado.

El señor Bixey corría por el patio en pijama y Jip iba a sus talones ladrando. Freddy había llegado también hasta la puerta, seguido muy de cerca por la señorita Liggerty en camisón. El señor Bixey accionó la vieja palanca metálica de la bomba de agua para llenar un cubo de agua, pero no funcionaba. Para entonces, las llamas se habían propagado de un granero a otro y estaban ya acercándose a los tejados de la propia casa Butt.

—¡Señor Bixey, ayúdeme, por favor! – gritó la señorita Liggerty-. ¡Tenemos que sacar a la señorita Doughbridge!

Bixey gritó a los niños que permanecían anonadados ante la magnitud del incendio, que les recordaba algo las bombas incendiarias de la calle Paxton.

—¡Vosotros! ¡Fuera de ahí! ¡Iros al camino!

Los niños obedecieron inmediatamente y corrieron hacia la puerta.

—¿Cómo ha empezado esto? – preguntó Freddy-. ¿Ha sido una bomba?

—¡Ya te lo contaremos luego! ¡Date prisa! – dijo Wib volviéndose hacia su hermano que estaba como aturdido.

Bixey y Liggerty ayudaron a la renqueante señorita Doughbridge a salir al patio. Joyce y Vee sonrieron al ver el camisón tan cómico que llevaba y su peinado de noche. *Caín* y *Abel* se escabulleron por el muro, lejos de las llamas. Los pollos corrían por todas partes, ya que el fuego se había propagado hasta los gallineros.

El señor y la señora Gubber llegaron desde la granja Frogshitch para prestar su ayuda, pero nada se podía hacer. Para entonces el incendio abarcaba todo e iba consumiendo sistemáticamente los tejados; las llamas lamían las ventanas de la granja y la casa. La señorita Doughbridge estaba tan abatida que tuvo que sentarse. La señora Gubber le echó su abrigo por los hombros y la persuadió de que se fuera a la granja Frogshitch.

Los niños miraban tristemente cómo se convertía en humo negro aquella casa que habían llegado a conocer, pero nunca a querer. El pobre Wilf Bixey miraba todo con sentimientos encontrados. Había vivido con Fay su mujer durante veinte años en la granja Butt, y en el espacio de un mes había perdido las dos.

OceanofPDF.com

21. Seis meses

Joyce tenía la terrible sensación de que aquello no era nada nuevo para ella. Sufrir un incendio no era muy diferente a ser bombardeado. Uno se quedaba sin casa, y siempre se terminaba en el vestíbulo de una escuela. Esta vez era el vestíbulo de la escuela de Pottley, mucho más pequeño que el de la escuela de la calle Larkwood, en Hackney. No tenía más de 6 metros de lado, pero en un domingo por la mañana, sentados como estaban en un banco de poca altura que había en el centro, el vestíbulo parecía mayor de lo que en realidad era. La desnudez de la habitación devolvía el eco de sus voces y los sonidos se elevaban, de modo que las conversaciones parecían tener lugar en las vigas del techo.

Todo estaba inmaculadamente limpio y en aire flotaba el olor a fenol. A través de la mampara de cristal podían ver a la señora Knapp-Jenkins, la encargada de buscar alojamiento a los evacuados, enfrascada en una conversación con la señorita Godball, su profesora, la señora Noblock, el policía Keogh, el señor Bixey y la señora Spicer. Los cuatro niños veían los movimientos de sus labios, pero el cristal era demasiado grueso para que pudiesen oír nada. Era divertido, pensó Joyce, algo así como ver una película muda en el cine *Tuppenny rush* de Hackney[38]. [Sólo que aquellas personas eran de verdad y lo que hablaban les afectaba a ellos.](#)

Después del incendio, la señorita Liggerty y la señorita Doughbridge habían sido atendidas en el puesto de socorro de Devizes de un *shock* nervioso, y pasaron la noche en el hotel Bear. Los niños fueron alojados provisionalmente en la granja Frogshitch, y ahora estaban sentados tranquilamente en el vestíbulo de la escuela, esperando su destino.

—Hay un hogar para niños abandonados y descarriados -dijo Vee rompiendo el silencio.

–¿Un qué?

–Un hogar para niños abandonados y descarriados.

–¿Dónde?

–En Seagry Manor, al otro lado de Devizes. Doreen me dijo que allí llevan a todos los huérfanos.

–¡Nosotros no somos huérfanos! – dijo Wib algo enfadado.

–Bueno, de alguna forma lo somos...

–Nosotros somos evacuados, estúpida, lo cual es muy distinto. Huérfano es el que no tiene a nadie.

–Pues como si fuéramos huérfanos. No tenemos madre. Está en Londres y sabe Dios dónde estará papá...

–¡No vayas a decir nada de él! ¡Diste tu palabra! – Wib estaba empezando a enfadarse. Eso de que le llamaran huérfano le sentaba fatal y cualquier mención del señor Harris rompía el pacto secreto que habían hecho los niños de no contar a nadie lo de la gasolina y las intenciones de su padre.

El señor Bixey había achacado el incendio a algún abono químico que quedaba en el cobertizo. Debió pudrirse y explotar, había dicho; pero ellos sabían que había sido por otra cosa.

–Joyce, ¿quieres decirle que cierre la boca? – dijo Wib.

–Cállate, Vee -dijo Joyce de forma enérgica pero tranquila-. No somos huérfanos, ni mucho menos. Ya nos buscarán un sitio donde podamos vivir. Lo dice la ley.

–¡Con tal de que no sea con Dougbridge! – dijo Wib.

—¡No podrá ser! — contestó bruscamente Joyce, molesta de que no la dejaran concentrarse.

Seguía intentando adivinar las palabras que decía la señora Knapp-Jenkins al otro lado de la mampara.

—Doughbridge y Liggerty se van a un sitio llamado Weston-Super-Mare, a un hotel para conva... convalecencia. Me lo dijo el señor Bixey.

A Joyce se le trabó la lengua con aquella palabra tan difícil.

—¿Qué es eso? ¿Las matarán a las dos? — preguntó Wib esperanzado.

—Es para que se repongan.

—¡Qué pena!

—¿Qué pasará con el pobre señor Bixey? — preguntó Vee; pero nadie contestó porque la señora Knapp-Jenkins y los otros entraron en el vestíbulo.

—Bueno, niños... Supongo que estaréis un poco hambrientos, así que la señora Noblock os ha invitado amablemente a comer.

Esta noticia les puso contentos: las mujeres de los tenderos siempre tienen la despensa llena.

—Hemos decidido escribir a vuestra madre -prosiguió la señora Knapp-Jenkins-, para darle la noticia. No tiene teléfono y un telegrama la preocuparía innecesariamente.

—¿Qué pasa con nuestro nuevo alojamiento, señorita? — preguntó educadamente Wib-. ¿Dónde cree que vamos a vivir?

—Bueno -contestó la señora Knapp-Jenkins-, no es una cosa fácil. Como sabéis, las casas de Pottley están abarrotadas y no todo el mundo está... bueno, dispuesto a aceptar evacuados.

—No tendremos que ir al orfelinato ¿verdad, señorita? — a Freddy se le escapó esta pregunta sin querer. Sólo el nombre de tal establecimiento le llenaba de espanto. En Hackney había oído historias espantosas sobre los hospicios.

—Nosotros no hemos hecho nada malo -añadió Wib-, y no somos huérfanos, así que, la verdad, no queremos ir a un orfelinato...

—¡Ni que nos corten el pelo al cero! — dijo Freddy-. ¡No nos gustaría en absoluto!

—¡La verdad es que lo detestaríamos!

La señora Knapp-Jenkins sonrió con una de esas sonrisas indulgentes que tienen siempre los «bondadosos» profesionales de nombres compuestos.

—No, por supuesto que no vais a ir a ningún orfelinato. Además, estas personas tan amables que veis aquí no tienen inconveniente en hacerse cargo de vosotros.

—¿De todos nosotros? — preguntó Vee de inmediato.

—Bueno, tendréis que separaros, lo siento. La señora Noblock está conforme en que te quedes en su casa, Vee. Doreen podrá hacerte un hueco. En cuanto a Wib y Freddy, bien, Eric, el hijo de la señora Spicer se va a incorporar al ejército, así que deja una habitación libre para vosotros...

—Excepto cuando esté en casa con permiso... -añadió la señora Spicer-. En ese caso os arreglaremos una cama en la tienda.

La sola idea de pasar la noche en una peluquería atrajo una tímida sonrisa a los labios de Wib.

—¿Y qué pasa con Joyce?

La señora Knapp-Jenkins recogió sus papeles y los guardó en una cartera pequeña, antes de proseguir de una forma amistosa pero realista:

—Bueno, lo de Joyce es un poco más difícil. Tendrás un empleo que te ocupará toda la jornada, o sea que vas a trabajar. Se acerca la Pascua y el señor Austin te ofrece un puesto de acomodadora en el *Palace*. Sugiere que vayas a vivir a casa de su hermana Rita, que tiene un pequeño apartamento encima de correos, así que tu trabajo te pillarás muy cerca. ¿Qué opinas, Joyce? ¿Te parece bien?

—¡Oh, sí, señorita...!

Y más que bien. Tener en aquellos tiempos un apartamento *dentro* de un cine, era más de lo que podía haber soñado.

—Eso creo yo. Será algo así como vivir con Clark Gable.

Los seis meses que siguieron fueron los mejores que los niños pasaron en Pottley. En realidad, era probablemente la mejor época que habían vivido hasta entonces.

Freddy y Wib estaban sólo a dos pasos de Vee, que vivía con los Noblock, los de la tienda de ultramarinos. Y ellos se llevaban estupendamente con los Spicer. Los viernes, cuando casi todo el pueblo iba a cortarse el pelo, los tres niños ayudaban en la peluquería, barriendo los cabellos cortados y colocando las toallas en el autoclave; y en una ocasión le dejaron a Wib sujetar la vela de cera, mientras el señor Spicer chamuscaba la punta del pelo a un cliente. Por otro lado, proseguían los juegos habituales en la colina, en las esclusas y en el recodo de Cuffley. A veces jugaban a ser un escuadrón del D. S. O.[\[39\]](#) y el que más se distinguía era Wib.

Incluso los sitios vulgares parecían más atractivos sin la presencia de *Ojos de Rana* Bootwick. Wib se partió de risa cuando se enteró de que a Gilbert lo habían enviado a casa de un tío suyo, que tenía un bar en Penzance.

Ahora iba a saber él lo que era estar en un lugar extraño, lejos de casa. Pensándolo detenidamente, sintió bastante pena por él y se arrepintió de haberse reído. No tenía ninguna gracia tener a su padre en la cárcel.

Vee disfrutaba cada segundo de su vida con los Noblock. Hasta le había llegado a gustar el cacao diluido de la señora Noblock. Pero lo que más le gustaba de todo era ayudar en la tienda de ultramarinos después de la escuela. Vee soñaba siempre con trabajar en Woolworths cuando fuera mayor y resultaba maravilloso que le confiaran tareas como la de atar paquetes, tachar cupones de las cartillas de racionamiento, o colocar cosas en las repisas.

Joyce pasó también seis meses maravillosos, rodeada de Claudette Colbert y Rita Hayworth. Al principio se había sentido un poco extraña sin los demás, pero entabló amistad con Rita Austin, con quien vivía, y poco a poco había empezado a valorar positivamente su independencia. Era casi como ser una persona adulta. Incluso se había convertido en una experta para parar los pies a los soldados jóvenes del regimentó de Wiltshire, que hacían comentarios algo atrevidos cuando los conducía a sus localidades en el *Palace*.

Iba a Pottley dos veces por semana a visitar a Wib, Freddy y Vee. Ganar un salario con regularidad significaba que se podía permitir algún lujo poco frecuente, como comprarles una tableta de chocolate *Rowntree*, cuando se encontraba. Wib estaba encantado de tener una hermana mayor que ganaba dinero de verdad. Aquello le enorgullecía.

Joyce visitaba también al señor Bixey, que había conseguido un empleo en la granja Mili y una habitación encima del *Jorge y el Dragón*. El señor Jerem había autorizado incluso que se quedara Jip. Estar sobre un bar le facilitaba el dedicarse a su favorito, y ahora único, ejercicio de entrenar su brazo levantando la jarra de cerveza. Cada vez que Joyce le veía, tenía la sensación de que había aumentado en estómago y se le habían enrojecido aún más las mejillas. Se mostraba siempre bastante alegre, pero Joyce sabía que yacía latente su soledad en lo más profundo de su ser y que su sonrisa se debía a la mejor cerveza amarga de Wadsworth.

Para Vee, Wib y Freddy supuso un nuevo placer ayudar a los granjeros a segar el trigo, trillar y preparar las pacas de paja. Pero a Vee le entristecía mucho ver cómo la zona de trigo sin cortar se hacía cada vez más pequeña y los conejos corrían desesperada y alocadamente buscando su libertad. Las escopetas de los granjeros los mataban sin gran esfuerzo y pronto había por lo menos treinta conejos colgando en la valla, cabeza abajo. Los Spicer y los Noblock tenían estofado de conejo para varias semanas.

Cosechar la fruta era otra delicia. Freddy y Wib recorrían agachados los sembrados de fresas, con los carrillos llenos de fresas grandes, frescas y, sobre todo, gratis. Mientras caminaban, cantaban Todas las cosas buenas que nos rodean las envía el cielo. Eso causaría buen efecto si los descubriese el vicario, pero no tanto si quien los descubriese fuese el granjero.

22. El señor Churchill dice...

Joyce fue la que recibió primero la carta. Se la llevó el señor Austin una mañana que había ido temprano a repasar sus libros. Estaba programada *Bajo dos banderas*, con Ronald Colman, y esperaba una semana provechosa.

El sobre iba dirigido a *Joyce Harris. Cinema Palace. Plaza del Mercado. Devises. Wilts.*

Joyce reconoció la letra. Además, Devizes aparecía escrito erróneamente, así que sólo podía ser de su madre. Rasgó el sobre con el dedo pulgar y se sentó en el brazo del diván para leerla.

Mi querida Joyce:

Tengo unas noticias maravillosas. Hemos podido conseguir un piso grande -edificio Peabody, en Shoreditch- aprovechando una oportunidad muy buena, y el tío Stanley lo ha estado arreglando cuidadosamente. Hemos utilizado nuestros cupones para algunas cosillas y muebles -útiles, por supuesto, pero bonitos-, nada demasiado elegante. También parece que los bombardeos han cesado. Hace semanas que no sufrimos ningún ataque aéreo y el señor Churchill dice por la radio que ya hemos pasado lo peor, por lo que dio las gracias a los londinenses por todo lo que habíamos hecho.

Volviendo al piso, el tío Stanley dice que le gustaría -y a mí también, por supuesto- que vinierais todos a casa. Por ello he escrito a la señora Spicer y a la señora Noblock para decírselo. Estoy muy contenta, Joyce, ya que será estupendo estar todos reunidos, de nuevo en familia, y el tío Stanley es un hombre encantador que sé que os va a gustar a todos.

Bien, pronto estaremos de nuevo en contacto una vez que haya arreglado

todas las cosas pendientes.

Miles y miles de besos.

MAMA

P. D.: Sidy te manda su cariño. Te incluyo un dibujo que ha hecho para ti. Ahora es ya todo un hombre y habla de vosotros todo el tiempo, especialmente de ti, Joyce. Ahora debo irme para ver si alcanzo el último correo.

Besos de nuevo.

MAMA

Joyce desdobló el dibujo de Sidy. En él aparecían infinidad de cañones antiaéreos, sacos terreros, explosiones y un garabato con una svástica en un costado, que representaba un bombardero alemán en el momento de explotar. Debería haber producido cierta nostalgia en Joyce, pero no fue así. Le evocaba un mundo que había olvidado que existía y no estaba segura del todo de si quería volver a él.

La señora Noblock llamó a Vee y a Doreen al salón, situado encima de la tienda, y leyó en voz alta la carta.

—¿Eso quiere decir que me tengo que ir a casa, señora Noblock?

—Me temo que sí, cariño.

—Pero la guerra no ha terminado aún -protestó Vee. Además, era que le gustaba aquel sitio.

—Te echaremos de menos, cariño -dijo la señora Noblock tristemente. Vee no contestó. Abrió el libro donde guardaba pétalos de flores prensados y lo ojeó en silencio. En cada una de las páginas había recuerdos del campo. Sentía un ahogo progresivo en la garganta y se le humedecieron los ojos. Pero se propuso no llorar. No debía hacerlo. Después de todo, debería sentirse contenta de volver a casa.

La señora Spicer no quiso decirles a Wib y Freddy el contenido de la carta y encargó la tarea a su marido.

—Creo que el señor Spicer quiere decirnos algo, chicos. Deberíais bajar a la tienda -dijo, mientras retiraba las cosas del desayuno.

El señor Spicer estaba haciéndole a uno de sus clientes un corte de pelo «apurado por detrás y por los lados». Daba la espalda a los muchachos, pero los vio a través del espejo cuando bajaban por la escalera.

—¿Queréis afilarme la navaja, chicos? Tened cuidado cómo lo hacéis. Mucho cuidado.

Los chicos no podían dar crédito a lo que acababan de oír. Afilar aquella navaja asesina del señor Spicer era el trabajo más apetecido de la peluquería, y normalmente lo realizaba Ciggywig, Cyril.

Freddy se acercó el primero, tomó la banda de cuero que colgaba de la pared y la estiró. Wib tomó la navaja abierta y, con cuidado, la pasó hacia arriba y hacia abajo por la superficie suave del cuero.

El señor Spicer tomó un espejito de mano y mostró al cliente la parte de

atrás de su cabeza.

—¿Está bien así, señor?

—¡Oh, ah! ¡Estupendo! —replicó el cliente con el áspero acento de Wiltshire. Luego, el señor Spicer, casi como si continuara hablando con el cliente, soltó la noticia a los chicos:

—¡Oh, por cierto, chicos! Nos ha escrito vuestra madre. Está preparando las cosas para que volváis a Londres.

Luego, como desentendiéndose del tema, siguió hablando con su cliente acerca del tiempo.

Wib y Freddy dejaron de afilar la navaja de acero. Freddy quedó tan desconcertado con la noticia que levantó la vista de lo que hacía y casi se corta con el filo de la navaja. Wib se dirigió despacio hacia la puerta y salió a la calle. Freddy le gritó a través del escaparate.

—¿Dónde vas?

—Al recodo de Cuffley.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

—¿Por qué?

—¡Porque puede ser nuestra última oportunidad, tonto!

Freddy dejó la navaja en la bacía y se lanzó a la calle detrás de Wib. El señor Spicer vio que torcían la esquina de la oficina de correos hacia el camino de Urchley y sacó el pañuelo del bolsillo de su chaleco. No había resultado agradable darles la noticia y no estaba tan indiferente por ello como había aparentado. Estornudó con fuerza en el pañuelo. Uno de los

inconvenientes de ser el peluquero del pueblo eran los pelos que se le metían por la nariz.

El tren de vapor de la *Great Western* estaba negro por la suciedad y por el humo de un millar de viajes. Las enormes ruedas de la locomotora empezaron a moverse al unísono, arrastrando los seis mugrientos vagones fuera de la estación de Devizes. Wib, Freddy, Vee y Joyce apretaron sus caras contra los cristales de la ventanilla del estrecho pasillo para decir adiós. Se estorbaban con las cajas de sus máscaras antigás; había pasado demasiado tiempo sin usarlas.

Cyril y Arthur corrieron por el andén, a la altura de la ventanilla, seguidos de cerca por Doreen que, como era habitual en ella, se bamboleaba tras ellos. Siguieron así hasta que llegaron al final del andén y no pudieron continuar. Doreen agitó su brazo con tanta fuerza que creyó que se le iba a salir. Desde el tren, su cuerpo regordete, la cara de topo de Arthur, las mejillas sonrosadas de Cyril, el señor Bixey, los Spicer y los Noblock, fueron haciéndose cada vez más pequeños y, cuando el tren dobló la colina, todos ellos desaparecieron para siempre.

Resultaba agradable ir de nuevo en el asiento delantero de la parte de arriba de un autobús de dos pisos, pero fue un trayecto anodino desde Paddington hasta el edificio Peabody, en Shoreditch. Por las ventanillas se veían por todas partes ruinas ennegrecidas y colas de gente vestidas de gris, con rostros también grises y sin expresión.

Wib observó un conocido anuncio en la residencia del Ejército de Salvación donde, por dos peniques, se podían escuchar los compases de *La hora feliz* y mirar diapositivas de misioneros. Si había suerte, se podían ver incluso algunas mujeres nativas sin ropa en la mitad superior del cuerpo. Pero todo aquello parecía superado.

Las baldosas de color crema y verde de la escalera las habían limpiado recientemente, y no había duda alguna de que la nueva casa suponía una mejora notable con respecto a la de la calle Paxton. Vee se asomó a un balcón y vio un enorme *hop-sotch* en forma de tirabuzón, dibujado en el

patio, que llamó su atención de experta.

El tío Stanley los pasó al salón y descorchó una botella de porcelana de un refresco de nata.

—¡Champán para todos! — la señora Harris se rió nerviosamente de la ocurrencia del tío Stanley—. Apuesto a que estáis sedientos, ¿verdad? No seáis tímidos, quitaos el abrigo; estáis en casa, en *vuestra* casa.

Siddy sonrió tímidamente a Joyce y, para ocultar su turbación, siguió jugando con su juguete.

Wib y Freddy observaron con detenimiento la habitación, pequeña y atestada, y miraron a través de la ventana. Al exterior vieron un centenar de cuerdas de tender la ropa que se entrecruzaban. En modo alguno se podía comparar con los espacios verdes y suaves del recodo de Cuffley o con la empinada colina de Dingle's Piece. Wib sentía aún en la boca el sabor de los caramelos de melaza de la señora Spicer y ni siquiera un sorbo del refresco de nata, aunque era delicioso, podía borrarlo de su memoria.

Los pensamientos de Freddy se dirigieron en otra dirección. Después de la guerra, con tantas ruinas, Londres sería un paraíso para cualquiera que tuviese vista para realizar toda clase de travesuras y fuese ciego ante las indicaciones de prohibición. Había miles de escondites secretos; iglesias bombardeadas cubiertas de hierbajos, patios ocultos sin vallar, donde uno podía jugar días y días sin que ningún adulto compartiera su mundo privado.

Pero lo más importante era que todos ellos estaban en casa. Joyce levantó a Siddy y lo abrazó con fuerza. Vee se desprendió de la máscara antigás, se quitó el abrigo y vació una caja de fichas de dominó sobre la mesa.

—¡Wib, Freddy! ¿Quién quiere echar una partida?

—¡Yo! — contestó Freddy, quien, por una vez, fue más rápido que su hermano. Wib tomó la caja de cartón del paquete de Siddy y sacó un

puñado de viejos cromos con las esquinas dobladas. Se sentó en el sofá nuevo, entreteniéndose en leer la información de la parte de atrás. Las cosas no habían ido tan mal después de todo. Tenían un piso decorado con gusto, con relucientes muebles nuevos y las paredes empapeladas en tono claro y limpio. Tenían incluso la perspectiva de un padre recién estrenado, que parecía querer a su madre.

En conjunto, el último año había sido un año feliz para ellos. Habían estado a salvo de la destrucción de la guerra y conservarían para siempre los recuerdos, la mayoría de ellos entrañables, de la campiña exuberante y verde y de los charcos en el camino.

[1] Juego de niños cuyos elementos básicos son simplemente un cuadrado o rectángulo pintado con tiza en el suelo, y una piedra que se lanza sobre cada una de las partes en que aquél se divide. Variantes del mismo son, entre otros, el armario, el avión, etc.

[2] Cuerpo civil de defensa aérea (*Air Raid Precaution*).

[3] *Worm* = lombriz.

[4] El lector debe recordar la importancia que la Corona tiene para los británicos. Tanta, que lo que no tiene un dueño determinado, sea lo que fuere, pertenece a «Su Majestad».

[5] Marca de cigarrillos.

[6] El palmoteo de los cromos es un juego que consiste en darles la vuelta con un golpe seco con la palma de la mano.

[7] Tipo de refugio metálico, de pequeña capacidad, muy popular en Inglaterra durante la guerra.

[8] En Londres se celebra la *Noche de Guy Fawkes* en recuerdo de la «conspiración de la pólvora» contra Carlos I, con fuegos artificiales y quemando unos muñecos.

[9] A. R. P. (*Air Raid Precaution*). Servicio de alarma aérea.

[10] Gorro de lana, con orejeras, muy popular en la guerra de Crimea.

[11] d = penique (de *denarius*).

[12] W. V. S. = Servicio femenino de ayuda a los damnificados.

[13] Arrope = caramelo oscuro, provisto de un palillo de madera.

[14] Camino de sirga: Camino que sirve para arrastrar las embarcaciones desde tierra en la navegación fluvial.

[15] Bath, en inglés, baño, bañera.

[16] Revista infantil.

[17] Revista infantil.

[18] Stoopy: encorvado, jorobado.

[19] Fishpool podría traducirse como piscifactoría.

[20] Botas de goma o katiuskas.

[21] Actor de cine americano de los años 30, que interpretó numerosas películas del Oeste. Su caballo se llamaba Campeón.

[22] El Ejército de Salvación, muy popular en Inglaterra y Estados Unidos, es una organización que se dedica a recaudar fondos para ayuda de los necesitados y para rehabilitación de individuos marginados.

[23] Primer ministro por entonces, durante la segunda guerra mundial.

[24] El *Warney-Echo* se juega entre dos equipos. El primer equipo se pone en fila con la cabeza agachada. El primero de los miembros de este equipo se apoya contra una barandilla o una pared. Los jugadores del otro equipo saltan sobre el «burro» con la intención de hacerlo caer al suelo.

[25] Truque.

[26] El *Five-stones* es un juego tradicional de la calle que consiste en lanzar pequeñas piedras al aire, recogéndolas luego de diferentes maneras, lo que da origen a diversas variaciones del juego (*Cobo, Gobs, Jacks, Lobsters, Crabsies*, etcétera).

[27] El *British-bulldog* lo juegan dos equipos que se alinean uno frente al otro. Los jugadores cruzan los brazos y saltan contra sus respectivos oponentes, tratando de hacerles perder el equilibrio. El equipo que queda con más jugadores, gana.

[28] *Stickey-Toffee* es un juego en el que las personas tocadas van uniendo sus manos. Cuanto mayor es el número de personas tocadas, mayor es la cadena.

[29] El *Beano* es un tebeo publicado a partir de 1938, uno de cuyos personajes es Pausy Potter.

[30] El juego de cromos se puede hacer según dos variantes. Cuando se juega a *tumbados*, se coloca un cierto número de cromos contra la pared y se palmotean individualmente otros cromos colocados en el suelo, para que den contra los de la pared. Los cromos que son derribados o tumbados pasan a poder del jugador que los ha derribado. Cuando se juega *encima*, sólo pasa a propiedad del jugador el cromo sobre el que haya caído otro.

[31] El primer ministro de Inglaterra, a la sazón, era Winston Churchill a quien cariñosamente llamaban *Winnie*.

[32] La *cuna* se juega con las manos y un trozo de cuerda, anudado en forma de círculo. Los jugadores, que son dos, realizan alternativamente un sinfín de combinaciones.

[33] Enfermedad infecciosa de los animales, conocida también como *enfermedad de Chabert*.

[34] Fuera Bombas = *Buzz off*. En realidad B. P. (*Body Odour*, olor corporal) es un eufemismo de «apestar a sudor».

[35] Popular presentador de un programa de radio titulado *De nuevo ese hombre*.

[36] Baile tradicional de la clase obrera, que se ejecuta por un grupo de personas en círculo.

[37] El nombre de POOL (*Petrol Oil Or Lubricant*) se daba, al estallar la guerra, a la única clase de gasolina disponible. Estaba racionada y se controlaba su uso. La que se utilizaba para usos industriales estaba teñida con un color rosáceo para evitar un uso inadecuado.

[38] En el argot de Hackney podría traducirse como «el cine de dos peniques la entrada».

[39] D. S. O.: *Distinguished Service Order*, Orden de Servicios Distinguidos.

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
03/09/2008**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com